

Tercera edición

Warikasaya

Cuentos Stronguistas

Una jugada de Ricardo Bajo
René Villegas
y Aldo Mercado.



BIBLIOTECA STRONGUISTA

“Vivir Aprendiendo Enseñando”

Warikasaya cuentos stronguistas

© Ricardo Bajo Herreras

© René Gabriel Villegas Campos

Cuidado de edición:

La Biblioteca Stronguista “Iván Aguilar Murguía”

(Todos los artes fueron extraídos del libro:

En amarillo y negro de Aldo Mercado)

Nueva edición digital: Septiembre de 2021

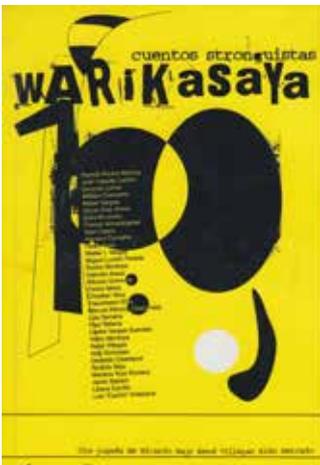
Publicado en La Paz, Bolivia.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Prólogo a la 3ra edición | 5 |
| Prólogo a la 2da edición | 7 |
| Prólogo a la 1ra edición | 9 |
| Tigre virtual (Ramón Rocha Monroy) | 15 |
| Camba stronguista (Juan Claudio Lechín) | 21 |
| Radiografía de un gol (Gonzalo Lema) | 25 |
| Forever friends (Willy Camacho S.) | 31 |
| Mermelada y gol (Mabel Vargas M.) | 37 |
| El Dios Tigre (Oscar Díaz Arau) | 38 |
| El Pierrot (Erika Bruzonic) | 39 |
| El ojo de Dios, el Rostro del Tigre (Francis Schwitzgebel Torres) | 47 |
| Tigre para el tango (Alan Castro) | 35 |
| La esposa del Jugador (Homero Carvalho Oliva) | 65 |
| Choclo con queso (Pedro Susz K.) | 69 |
| Vidas no paralelas (Walter I. Vargas) | 71 |
| Descenso (Alfonso Gumucio Dagron y Carlos D. Mesa Gisbert) | 79 |
| Céspedes (Mariana Ruiz Romero) | 88 |
| Cuando Thor odiaba los goles de Strongest (Miguel Lundin Peredo) | 89 |
| Al Chupa Riveros (Rodny Montoya) | 91 |
| El despertar (Germán Araúz Crespo) | 92 |
| El oro de los tigres (Christian Vera) | 93 |
| De equipo no se cambia (Francesco Díaz Mariscal) | 97 |
| Bloqueo (Manuel Monroy Chazarreta) | 107 |
| María (Luis Serrano) | 109 |
| La revancha (Paul Tellería) | 111 |

| | |
|--|--------------|
| El tigre y las cachinas (Carlos Vargas Guevara) | 119 |
| El chanco colorado (Inés Gonzáles) | 123 |
| Chayñita de acero (René “Ciruja” Villegas) | 125 |
| La mañana en que me convertí en Tigre (Ricardo Bajo H.) | 129 |
| 34 de abril o la noche del siglo (Oswaldo Calatayud Criales) | 133 |
| El tigre de Achumani en el sueño (Víctor Montoya) | 139 |
| El hincha (Javier Badani Ruíz) | 141 |
| No había sido choli (Liliana Carrillo V.) | 143 |
| La marca del cóndor (Pamela Tamayo) | 145 |
| El otro tigre (Dira Cajías) | 150 |
| Los Tigres (Marcelo Villena Alvarado) | 151 |
| Luis “Cachín” Antezana | (Contratapa) |

Tapa 1ra Edición



Tapa 2da Edición



PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

En los ciento trece años del Club The Strongest se han materializado significativas publicaciones que han remarcado su trayectoria institucional, como los primeros estatutos de los años veinte del siglo pasado hasta, casi una centuria después, la labor generacional que la memoria del club nos ha encomendado como Biblioteca Stronguista. Esto sin olvidar que sus galeras han encumbrado en el tiempo a autores como Felipe Murguía, Francisco Villarejos, Víctor Zalles, Freddy Oporto Lens, Iván Aguilar, Raúl Calderón o Ricardo Bajo, y más recientemente a entusiastas investigadores como Marcelo Ramos, Ariel Sanjinéz, Katherine Gallardo o Jorge Luis Molina.

En todo este trayecto literario e historiográfico del The Strongest, el libro de cuentos Warikasaya ha marcado sin duda un punto de inflexión. Con su hechura, sus ideólogos Ricardo Bajo y René “Ciruja” Villegas (más las inolvidables ilustraciones de Aldo Mercado), han iniciado una fecunda zaga de literatura futbolera. Ya en su primera edición por el centenario del Club, en abril de 2008, el Warikasaya juntaba en un solo libro a autores de renombre (varios ganadores de premios nacionales de novela y cuento y hasta un expresidente de Bolivia) y a escritores de a pie que hilaban sus historias desde la perspectiva de las tribunas, en ángulo a la cancha y más allá, en dirección a la sagrada historia del club.

Los mil ejemplares de esa primera edición son hoy míticos, lo mismo que su tapa original y el listado de 31 autores que se encargaron de transitar la fina frontera que divide la realidad de la ficción, en algún caso haciendo de la prosa futbolera un verdadero poema lleno de metáforas y recursos literarios que, a la manera de una finta o una gran tapada, permiten también disfrutar este deporte que amamos, el fútbol. Este recordado gol stronguista en el campo literario no parece tener antecedentes y constituye, sin duda, un nuevo motivo de orgullo para los stronguistas, siempre a la vanguardia en el deporte como en la cultura general.

Particularmente para la naciente Biblioteca Stronguista, aquel libro nos inspiró a completar con el tiempo una trilogía de literatura futbolera (libros Kalatacaya y Hurra Hurra), después de reeditar el año 2012 el Warikasaya con tres textos inéditos y una nueva tapa. Desde entonces hemos publicado una decena de libros, aunque sin duda el Warikasaya es el alma mater de todos ellos, pues encierra una metodología -por así decirlo-

que harto hemos puesto en práctica: dejar que los propios hinchas narren sus vivencias y que aquellos tribuneros consuetudinarios testimonien su pasión, transcribiendo o traduciendo aquella historia que los jugadores escriben en la cancha, años tras año, desde nuestra fundación en 1908. Todo esto siempre contrastado (o complementado, como se lo vea) por los historiadores, escritores y periodistas que desde su oficio han terminado de enhebrar la legendaria historia del Club The Strongest.

Por todo esto, a más de una década de su publicación, esta tercera edición digital del “Warikasaya - Cuentos Stronguistas” es una suerte de homenaje a ese gran libro, y un acto de reciprocidad con todos aquellos que lo han leído, agotando sus dos ediciones anteriores. Liberar la edición, junto a un par de textos más y una nueva tapa, es asimismo un acto de justicia con una escritura que debe seguir circulando entre los stronguistas de todo el mundo, de cualquier edad y en cualquier tiempo. Por tal posibilidad, agradecemos a Ricardo Bajo y René Villegas, el “Gaucho”, quienes han dado su consentimiento, así como a todos sus autoras y autores, sin olvidar a la editorial que primero apostó por este proyecto, Gente Común, en persona de Marcel Ramírez y Ariel Mustafá.

Seguro habrá quienes, en su momento, se animarán a publicar una cuarta edición (nuevamente física) de este libro fundamental en el estante de los seguidores del gualdinegro. Entre tanto, como directores de la hoy Biblioteca Stronguista “Iván Aguilar Murguía”, nos complace dejar que este libro eche a andar por sí solo, en completa madurez y seguros de que cualquiera de sus historias tocarán en lo más profundo el alma o los intestinos de esta gran hinchada, en vísperas de una nueva celebración del Día del Hincha Stronguista.

La Paz, Bolivia, 27 de septiembre de 2021.

Oswaldo Calatayud Criales & Pamela Tamayo

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Warikasaya, una “pasión” más para ser más stronguista

Cuando uno tiene este libro en las manos significa que está un poco más allá del alambrado en la pasión por el club de nuestros amores. Significa que ha buscado como nosotros todas las formas posibles de demostrar la razón de una vida identificada con los colores amarillo y negro.

Si tuviste la oportunidad de leer la primera edición, es un hecho que te has alegrado, has llorado y has festejado con el libro como si estuvieras en el mismísimo Hernando Siles. Es así como nosotros también hemos atravesado muchos escollos extra futbolísticos para poder llevar esta prueba material del orgullo atigrado a la vida real.

El ser después de cuatro años el único libro de literatura de fútbol en el país y el único libro de literatura futbolera dedicado a un club en particular es una vez más como dice un “trapo” de la curva Sur ese pequeño pero gran lema de estar primeros en todo, años luz de los del frente, un equipo hecho como este libro a puro huevo y corazón; jamás seremos una empresa porque vivimos y respiramos gracias a nuestro sentimiento atigrado.

Esta perla de la literatura es un rugido de tigre en la historia de la literatura mundial (humildad aparte), pero así también es un claro reflejo de la “enfermedad” que aqueja a todos quienes participaron del mismo y a quienes lo están degustando entre manos, inclusive para quienes aprovecharon de él (nos ahorramos sus nombres pues el mayor desprecio es no hacer aprecio).

Este libro (en su segunda versión, corregida y aumentada) es para nosotros una loca forma de dar razón a nuestra pasión (sabemos que muchos podrán discutir esto, pero es así). En realidad es como la prueba material del raciocinio sentimental del hincha gualdinegro. Es además, para nosotros gestores de esta suerte de tesis futbolera, el orgullo de decir que fue el único regalo material que recibió nuestro club en sus 100 años, año más que difícil para todos; pero a la vez con este producto, la confirmación de que este equipo hecho a lo largo de la historia por luchadores depende pura y exclusivamente de cada uno de sus hinchas

y de lo que ellos consiguen para hacerlo cada vez más grande, y por su puesto cada día, cada hora y cada segundo hacerlo “el más fuerte”.

En las páginas que a continuación siguen desde el prólogo de la primera edición en adelante, van a corroborar que la literatura de fútbol no solo es un conjunto de relatos de partidos o aventuras dentro el campo de juego, sino la confirmación una vez más que el principal actor es el hincha, tú, yo, nosotros, todos. Como se preguntaba un viejo tanguero, ¿que sería del fútbol sin hinchas? Acá en este universo ficcional de letras aurinegras, podrán encontrar esa explicación que la ciencia se niega a dar, esa justificación inequívoca del sentimiento que brota del aliento y sudor de aquel anónimo parado en la tribuna que jamás en su vida le pudo dar la mano a su ídolo de niñez, mucho menos al que hoy defiende la gualdinegra, pero aun así lo sigue a todas partes.

Un homenaje humilde a cada uno de todos los jugadores que vistieron la camiseta (incluyendo los malos futbolistas); a cada uno de los dirigentes (incluyendo también a los malos, el 80%); a todos los cuerpos técnicos; a todos aquellos que llevaron con sacrificio y pelea los colores del club en la Guerra del Chaco y le dieron nombre a la Cañada Strongest; a todo esos ángeles que “ficharon pá Cristo” y se fueron desde Viloco; a todos aquellos dirigentes de otros clubes, liga y F.B.F. que no saben cómo jodernos; pero en particular para todos aquellos hinchas anónimos que llevan nuestros colores tatuados en el corazón, con tinta oro y negro en lo más profundo de su alma.

Este libro es una “razón” y especialmente una “pasión” más para ser más stronguista, si cabe. Orgullo del pueblo.

Julio de 2012.

René Villegas y Ricardo Bajo Herrera

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

30 rayas más al Tigre

*A todos los hinchas stronguistas que van a la cancha,
porque en las malas siempre estamos
y porque las buenas siempre llegarán*

Todo comenzó en una “chupa”, para variar. ¿Por qué en nuestro país todito comienza y termina, se complica y se arregla, con unos tragos de por medio? Corría finales de 2007. Llovía tanto aquella noche, como dicen los pajeros cultores del periodismo narrativo al estilo del “Gabo”. Estábamos en el “Equi”, cantaba el “Papiiri”. O mejor: estábamos en el “Equi” porque cantaba Manuel (Monroy Chazarreta). Y digo “estábamos” porque la barra del Tigre, la gloriosa Ultra Sur 34, se hizo presente, como siempre, para alentar al “Papiiri” y pedirle a puro cántico de la curva sur sus temas más stronguistas: la saya para el “Chocolatín” Castillo, la cueca del “Chupa” Riveros y por supuesto el himno extraoficial Por suerte, soy atigrado.

Faltaban escasos meses para el centenario de The Strongest (8 de abril de 2008). Y “el Gaucho” (René Villegas, “vice” de la barra) me dice: “Vasco, tenemos que hacer algo literario con el centenario del Tigre”. Así, entre té con té y té con té, fue surgiendo la idea de este libro de cuentos stronguistas. Nos repartimos tareas y pusimos una fecha: el libro se presentaría el 8 de abril como regalo a la hinchada. Y quedamos en dedicarlo al inolvidable y siempre vivo Raúl “Chupa” Riveros.

El 8 de abril llegó pero el libro, jamás. No alcanzamos. En ese abril festejamos, nos emborrachamos, cantamos y demás ilegalidades porque no todos los meses se celebra un siglo de pasión, sentimiento, orgullo, gloria y lágrimas; de alegrías y tristezas.

Curado el ch’aqui, el proyecto volvió a la carga. Con “el Gaucho”, esta vez “sanos”, pusimos otra fecha: el 27 de septiembre, día del hincha stronguista, en homenaje al natalicio del “Chupa” se presentaría el libro de cuentos. Amén (vieja forma de decir: así será).

En tres meses los 30 escritores de este libro (más “Cachín” Antezana, que le metió la contratapa) fueron contactados y escribieron o cedieron sus relatos por amor al Tigre y a la literatura futbolera.

“El Gaucho” se encargó de la tarea humanitaria. Queríamos darle un carácter social al libro y conseguimos el apoyo de Seguros Vitalicia (los lectores van a perdonar la publicidad en un libro, pero no había otra), que desde el principio se sumó al proyecto y colaboró para donar una platita a la sala oncológica del Hospital del Niño. Gracias a los auspiciadores por regalar sonrisas, balones, poleras de The Strongest, libros de cuentos aurinegros y... plata para que los niños del Oncológico tengan mejores condiciones.

A medida que el libro avanzaba en su propósito solidario, llegaban los cuentos. Primero, los relatos de los hinchas (gracias Osvaldo, hermano del “Kala”, presidente de la gloriosa 34); luego de las “estrellas”: tres Premios Nacionales de Novela y tres del Franz Tamayo (el considerado premio nacional de cuento). Gracias a Ramón, Gonzalo, Juan Claudio, Mabel, Willy y Oscar por eso. Y gracias a “Cachín”, Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanas, por el texto de la contratapa. Es un verdadero lujo contar con “Cachín” Antezana, el intelectual más futbolero de Bolivia.

Otras voces conocidas se fueron sumando como la del “Papiiri” (imperdible y buenísimo su relato Bloqueo); la de Pedro Susz (entrañable con su Choclo con queso); la de Homero Carvalho (el beniano más stronguista del planeta), la de Alfonso Gumucio que escribió a cuatro manos con el ex presidente Carlos Mesa uno de los más bellos cuentos Descenso; la del nieto del “Chupa”, Alan Castro (con una narración conmovedora sobre su abuelo).

Gonzalo Lema nos cedió un capítulo de su novela Si te encuentras a Mari Jo, que recuerda uno de esos partidos inolvidables (contra Wilster) de los años setenta con aquel Strongest con “oficio”, el de míticos hombres como “Luchito” Galarza, Iriondo, Bastida, Pariente, “el Tano” Fontana, Liendo, “Gitano” Farías, Angulo, “el Negro” Peña, Messa, Lattini.

¿Y las chicas? Si algo que me da bronca es escuchar: el fútbol es cosa de hombres. Una vez lo dijo en tele Pastén y me emputé. Lo mencionó para criticar una mala tarde de una árbitra asistente. Y si algo me da alegría es ver chicas en las canchas de fútbol. Así que para que no nos acusaran de machistas y misóginos (rechazamos esas lacras con furia) me puse a la tarea (ardua) de buscar chicas, escritoras, futboleras y atigradas. Casi nada. ¡Y las encontramos! Primero cayó en el baile aurinegro Mabel Vargas (premio Tamayo de cuento en 2007) con Mermelada y fútbol, que te pone la piel de punta y los ojos llorosos con un relato en memoria y honor de los caídos stronguistas en el accidente aéreo de Viloco del 26 de septiembre de 1969. Los hinchas aurinegros jamás olvidaremos la cesión gratuita de dos jugadores

de Boca Juniors (Luis Fernando, “El Zorro”, Bastida y Víctor Hugo Romero, “Romerito”) tras la tragedia. Por eso el Tigre y Boca son un solo corazón, como reza uno de los “trapos” de la curva sur.

Luego fueron llegando los cuentos de Erika Bruzonic (dedicado a uno de esos hinchas que se alegra y se emborracha tras cada triunfo del Strongest), Francis Schwitzgebel-Torres, que mandó su texto desde Inglaterra, Mariana Ruíz que se inspiró desde la Lljta e Inés Gonzáles y Liliana Carrillo, del grupo literario Tragaluz. Desde el extranjero surgieron cuentos como el de Víctor Montoya y el del cruceño Miguel Lundin Peredo (desde Suecia, el cuento más “loco” de esta antología) y el de Carlos Vargas Guevara (desde México).

Así se armó una antología diversa de textos: cuentos, crónicas, testimonios, ensayos (imperdible el de mi cuate Christian Vera, porque rezuma pasión en cada línea) y hasta un poema, el de Rodny Montoya, joven y talentoso vate de El Alto, miembro del extinto grupo literario Los Nadies. Su poema al “Chupa” simplemente es bello.

Imperdibles son los relatos: Camba stronguista de Juan Claudio Lechín (la historia escrita en primera persona del “camba de oro” de la calle Beni, un potrero de Santa Cruz); Choclo con queso (un testimonio nostálgico de Pedro Susz); La esposa del jugador (un relato autobiográfico de Homero Carvalho, el escritor beniano que se enamoró de La Paz y del Tigre); Bloqueo de Manuel Monrroy, un texto cargado de humor “a lo Papiirri”; Vidas no paralelas, una enciclopedia futbolera y filial de Walter I. Vargas; El hincha, un retrato conmovedor del periodista Javier Badani, De equipo no se cambia de mi colega Franchesco Díaz Mariscal, que rinde homenaje a sus cábala stronguistas y especialmente a su abuelo, la persona que le transmitió la pasión aurinegra, ingrediente principal y esencial que recorre de una y otra manera esta antología.

Cuando ya teníamos todos los cuentos o casi todos, se celebraba la Feria del Libro de La Paz, allá por agosto de 2008. Iba con los textos debajo del brazo y me encuentro con Marcel Ramírez de la editorial Gente Común. Nada más comentarle el proyecto se sumó con entusiasmo: “Soy de Wilstermann pero en La Paz hincho por el Tigre, le metemos”. Luego, a regañadientes, incorporamos a la otra cabeza pensante de Gente Común, Ariel Mustaffá, a pesar de su militancia bolivariana. Desde ese momento quedó desafiado a sacar un libro de cuentos sobre Bolívar, los de enfrente, para ni tan siquiera tener que pronunciar el nombre de nuestro arqhistorico rival. No creo que lo hagan mejor: nacimos primero. Y también somos los primeros en

hacer un libro de cuentos dedicado al club de nuestros amores. Por cierto, el único escritor invitado declaradamente bolivariano es Paul Tellería con un cuento sobre el “ying yang de la pazeñidad”, la rivalidad eterna entre Bolívar y Strongest, los dos equipos más grandes de La Paz y ¿de Bolivia? La verdad es que ni uno ni otro existirían sin su “enemigo”. No hay cosa más linda que vivir en una ciudad con dos equipos luchando por el amor de sus gentes. Pasa en Santa Cruz, en Cochabamba, en Buenos Aires, en Lima, en Madrid, en Sevilla, en Milan, en Turín, en Manchester y en la última ciudad donde se celebra un clásico o “derby”, como dicen los ingleses.

Cuando ya teníamos la editorial (gracias Ariel y Marcel), nos pusimos a pensar en la parte gráfica. Al tiro surgió el nombre de Aldo Mercado. Su libro de diseño sobre los cien años de The Strongest (En amarillo y negro) tiene una calidad pocas veces apreciada en Bolivia y en Sudamérica. Parte de ese libro ilustra esta antología de cuentos futboleros, siempre en amarillo y negro. Su entusiasmo atigrado y su profesionalismo como artista provocaron que Aldo se involucrara más todavía y colaborara en la parte gráfica de Warikasaya... y su espectacular tapa. Gracias Aldo, por la onda y el trabajo militante y voluntario, como el de todos y todas.

Con los relatos, la editorial conseguida y el diseño encargado, pedimos una reunión con el viceministro de Desarrollo de Culturas, Pablo Groux, un stronguista de corazón. “Pablito” se puso a nuestras órdenes y se encargó de la presentación del libro.

Y por supuesto, “last but not least”, gracias de corazón a todos los miembros de la barra, la gloriosa Ultra Sur 34 que es la primera, que además de alentar incansablemente al equipo, edita un libro de cuentos, de literatura futbolera, género casi inédito en Bolivia. Es la primera vez en la historia de la literatura boliviana que se publica un libro de este género tan en boga en países como Argentina o España. Pero es la primera vez en Sudamérica (creemos) que se unen literatura y un club específico de fútbol. Y también es la primera vez (van a perdonar tanta soberbia) que un libro nace en la curva de una cancha, donde la pasión tiene una cita cada domingo. Allí, donde en las malas siempre estamos y donde sabemos que las buenas siempre llegarán.

Y ya saben, si no les gusta un cuento, pasen de página que el siguiente va a estar bueno. Palabra de Tigre.

La Paz, Septiembre de 2008.

Ricardo Bajo Herreras

A Don Raúl “Chupa” Riveros.



¡Huarikasaya Khalatakaya!

EL TIGRE VIRTUAL

Ramón Rocha Monroy

A Ramón Ernesto

Llovía y el Gordo fumaba mirando los tejados por la ventana abierta de su habitación. Después de una semana de encierro había programado salir todo el día y olvidar la computadora y la manía de fatigar las posibilidades de bajar programas, de instalarlos, de adivinar sus secretos y de hacer méritos para integrar esa cofradía de solitarios que inventaba mundos y seres virtuales, y luego surtía con ellos el mercado pirata del país; pero la lluvia le jugaba una mala pasada que ni siquiera podría aliviar cubriéndose con el impermeable “London Fog” que alguna vez había comprado en una ciudad fría y lluviosa.

Acabó por salir a chapotear por la ciudad bajo un verdadero diluvio, pero sólo caminó hasta que un taxi le echó encima una ola de aguas servidas que le mojó el cigarro encendido trabajosamente.

De todas formas, el ejercicio le había permitido recuperar el ánimo. Botó el “London Fog” que olía a demonios y agradeció la suerte de sentir su ropa interior mojada por el sudor. En esta ciudad templada, aunque lloviera la temperatura no descendía; el “London Fog” abrigaba excesivamente y se ocupaba del resto. Se refrescó resoplando en el lavamanos, se mojó el pelo, se secó enérgicamente y acabó volviendo a su eterna manía: encender la computadora.

Días antes, durante su encierro, lo había visitado varias veces Moncho, un adolescente que vivía con su mamá en el mismo edificio. El muchacho solía subir a verlo porque eso le permitía usar la computadora y bajar horas y horas de música en mp3 que luego copiaba en un I Pod. El Gordo sentía el afecto del muchacho y su interés por los secretos del ciberespacio que se traducía en conversaciones interminables sobre sitios y claves secretas para bajar programas sin costo o para piratear música y películas en Internet.

Moncho vestía puras remeras deportivas, camisetas de clubes y buenos tenis. Al verlo, el Gordo interrumpía sus largas sesiones frente a la computadora, buscaba una pelota de fútbol y allí mismo, entre cuatro paredes, ensayaban fintas del calcio, estrategias del soccer, amagues y caños, cachañas que hicieron famoso a Garrincha, técnicas y suertes del fútbol de todos los

tiempos acompañados de comentarios sobre el último gol de Ronaldinho, el puño de Dios de Maradona, el premio de la FIFA a Kaká o las precisiones de Beckham.

Moncho era imparable con la pelota y festejaba con carcajadas los caños y sombreritos que burlaban la corpulencia del Gordo, que acababa sin resuello mientras Moncho le decía chacra, chambón, maula y otros epítetos familiares.

Ahora que estaba solo frente al monitor de la computadora, el Gordo recordó otras imágenes de Moncho que se le habían quedado grabadas en la memoria cuando lo sorprendió haciendo fintas frente al espejo. Recordaba muy bien que, luego de observarlo, se paró y le dijo:

—A mí me puedes hacer caños y sombreritos, pero capaz que haya un jugador que pueda controlar todas tus movidas.

Moncho lo miró con suficiencia; según él, nadie en el mundo podría quitarle una pelota.

—Hay uno que no te dejaría pasar una sola —insistió el Gordo—. ¿Sabes quién? Tu imagen en el espejo.

El Gordo volvió a la compu, pero siguió viendo los movimientos del muchacho ensayando inútilmente uno y otro amague frente al espejo, pero no conseguía engañar a su propia imagen que adivinaba sus movimientos y los bloqueaba sin esfuerzo.

Esa imagen volvió a la cabeza del Gordo hasta convertirse en una obsesión. Entonces comenzó a buscar partidos de fútbol y a seleccionar las destrezas de los mejores jugadores. Allí estaba Ronaldinho burlando a cuatro zagueros y hundiendo la pelota en las redes con su infaltable sonrisa; allí aparecían Pelé y Maradona, Cafú, Zidane, Platini e incluso Di Stefano en sus mejores años. El Gordo estudiaba las mejores jugadas, las sincronizaba, eliminaba los errores y lo convertía todo en fórmulas virtuales. El trabajo le tomó varios días en los cuales fumó una montaña de puchos y bebió litros y litros de café, a puerta cerrada, oculto a las visitas de sus clientes, incluyendo las de Moncho, que curiosamente se perdió por aquellos días.

Cuando creyó terminado el trabajo, él mismo tocó la puerta del departamento de Moncho, habló con la mamá del muchacho, dejó el encargo urgente de que lo buscara y esperó con impaciencia. Cuando el muchacho subió a verlo, se sentó a la compu y le mostró, de inmediato, el trabajo que

había hecho. Moncho se maravilló al ver a ese jugador virtual que había tomado su apariencia y era perfecto, indetenible, brillante en la ejecución impecable de sus disparos que siempre se convertían en goles. Jugó con esa criatura día y noche, porque el Gordo se perdió en una francachela que acabaría por arrojarlo al hospital, con las úlceras reventadas como claveles, y acabó por dominar los movimientos del campeón.

Días después, pidió una plaza en el club local, se sometió a una prueba y los dirigentes lo matricularon de inmediato, frotándose las manos porque habían encontrado un arma letal y secreta que mostrarían al público ese domingo, frente al equipo favorito, sabiendo que estaban a punto de irse al descenso.

Aquel domingo, las tribunas estaban poco menos que desiertas porque la hinchada ya no tenía fe en el equipo local y temía el descenso. El campeón había llegado con su propia barra que atronaba en la curva sur. Todo indicaba que el campeón iba a ganar y que el equipo local se despeñaría irremisiblemente hacia las divisiones inferiores. Los altavoces anunciaron a Moncho, un jugador desconocido, una incógnita para todos, incluido para el técnico del campeón, que lo miró con desdeñosa curiosidad.

Comenzó el partido, llegaron las primeras escaramuzas, pero cuando Moncho tomó el balón, ya no lo soltó más; ni siquiera combinaba con sus compañeros porque temía que erraran los pases; confiaba en sí mismo a tal punto que no soltaba el balón hasta que lo estrellaba en las redes. Para sorpresa del público, el equipo local ganó por 5 a 0 y el Moncho fue sacado en hombros. Luego se enteraría de que el Gordo había seguido el partido en el televisor del hospital y que por poco le revientan nuevamente las úlceras por los gritos desahogados que dio festejando cada gol de su joven amigo.

El equipo técnico decidió vigilar la nutrición y las horas libres del muchacho, y destacó médicos, dietistas, kinesiólogos y estrategias para cuidarlo y vigilarlo. De ese modo, el equipo local fue ascendiendo en la tabla usando la misma receta: colocar a Moncho en la línea de ataque, cederle el balón y esperar el gol seguro. Los zagueros rivales solían recurrir al foul, pero Moncho saltaba como tigre, hurtaba el cuerpo como un pez y se colaba al arco metiendo goles y goles.

Los técnicos del campeón estaban consternados, pues lo que no llegaba siquiera a una vaga amenaza se convirtió en el riesgo inminente de perder el campeonato. Celebraron reuniones, analizaron los partidos, detuvieron cada jugada de Moncho para explicarse el grado de perfección de esos movimientos.

Se acercaba la final del campeonato y les urgía controlar a Moncho. ¿Cómo podían hacerlo? Con un buen zaguero que lo neutralizara. Pero, ¿dónde encontrarlo? Analizaron la lista de jugadores propios y no encontraron uno que pudiera neutralizar a Moncho. El director técnico repetía que Moncho era un jugador perfecto, que sus jugadas tenían la perfección de, la perfección de, la perfección de una computadora. De allí salió la idea de buscar un hacker y plantearle el problema.

Hechas las consultas, no había persona más indicada que el Gordo. Lo conocían muy bien en el medio: prácticamente no salía de su encierro, donde vivía ingresando a archivos encriptados bajando y modificando programas y copiándolos en discos que iban a parar al mercado pirata. Un hincha del equipo local consiguió la dirección del Gordo y el cuerpo técnico fue a entrevistarlo para plantearle el problema.

El Gordo no podía creer lo que le pedían. Había vuelto al estudio de las jugadas de Moncho en los últimos partidos tan sólo para reconocer los movimientos maestros que él había programado. ¿Y ahora le pedían un antídoto para su propio veneno? Le ofrecieron una fortuna, sin saber que al Gordo lo que menos le importaba era el dinero. Estaba a la vista que vivía como Diógenes, en un desorden inconfesable, siempre a bordo de la computadora, que era el único lujo de la cueva oscura que habitaba. Pero el Gordo aceptó el desafío por otro motivo. De pronto se acordó de la imagen de Moncho en el espejo: si lograba programar un zaguero que fuera la imagen de Moncho allende el espejo, el zaguero podría neutralizar sus movimientos.

Este trabajo no fue tan fatigoso como el original: le bastó invertir sus fórmulas cotejando uno y otro jugador para eliminar errores y listo, el trabajo estaba terminado.

Ese domingo se jugaba un partido decisivo entre el campeón y el equipo local. Éste necesitaba ganar para clasificar a un partido extra en cancha neutral, en tanto que al campeón le bastaba un empate para retener el campeonato en sus manos. Cuando salió a la cancha el equipo local, una multitud saludó a Moncho con una gran aclamación. El campeón anunció la alineación de su equipo y nadie prestó atención al nombre de un jugador desconocido que jugaría en la línea de zagueros. Se inició el partido con la táctica consabida de cederle el balón a Moncho para que éste hiciera los goles, pero entonces se le enfrentó el zaguero desconocido y lo bloqueó de tal manera que, para estupor del público, lo anuló por completo. La novedad era tan alarmante,

tan inesperada, que público y jugadores se concentraron en las jugadas del zaguero y los errores de Moncho. Así el partido iba a concluir sin goles cuando un balón venturoso ingresó al arco del campeón y el partido terminó 1 a 0, con un gol que, como es de suponer, no lo metió Moncho. El equipo local había ganado el derecho de jugar la final en un partido extra. Buen motivo de festejo, pero el director técnico y los jugadores se retiraron muy preocupados por el rendimiento de Moncho. ¿Qué había pasado? ¿No que era un jugador perfecto?

Alguien se frotaba las manos de gusto: era el Gordo, que había visto el partido festejando con una sonrisa enigmática los movimientos precisos del zaguero que acababa de crear para que anulara las jugadas perfectas de su amigo Moncho.

El partido final sería en una semana. Moncho se perdió prácticamente los siete días, concentrado en una villa olímpica donde se consagraba a sus entrenamientos. La noche de vísperas, le permitieron retornar a su casa para acompañar a su madre. El Gordo tenía un problema de conciencia: sería todo lo pirata que uno quisiera, pero tenía su lado ético, insobornable, su honestidad de artista. En ambos casos, había creado jugadores perfectos, de modo que nadie podía acusarle de engaño. Pero ¿cómo perjudicar de esa manera a su amigo Moncho?

Moncho ingresó a la habitación del Gordo en silencio; se le aproximó por la espalda y le dio un abrazo. Se lo notaba ansioso y uno diría que abatido, como si de antemano hubiera perdido el campeonato. Dijo unos cuantos monosílabos y se fue.

Aquella noche, el Gordo se amaneció frente a la computadora. Más tarde recordaría que leyó con creciente interés las palabras de un profesor argentino que asistía a un seminario lacaniano. Alguien le reprochaba el aislamiento de los lacanianos que acostumbran discutir a puerta cerrada los aspectos más oscuros de la obra de Lacan y le preguntaba para qué podía servirle Lacan al ciudadano común. El profesor opinaba que había por lo menos un aspecto en la obra de Lacan que era útil para cualquiera. Él había dedicado 30 años de su vida a estudiar este aspecto y se ofrecía a explicarlo:

—Freud quiere hallar una explicación racional para todo. Si eres estreñido, no has superado el complejo de Edipo; si eres pródigo, tienes envidia del pene de tu padre. En cambio Lacan admite que, digamos, el uno por ciento de nuestras acciones no tienen explicación racional alguna, porque uno las

comete por boludo. La teoría lacaniana de la boludez, que yo le llamo. Las palabras del argentino lo desvelaron hasta el amanecer.

En la final, los equipos ingresaron a la cancha. La multitud recibió con frialdad a Moncho; en cambio, estalló en una aclamación ensordecedora cuando apareció el zaguero misterioso. Moncho se persignó haciendo unos pases sobre el cintillo de Capitán que le había concedido el cuerpo técnico, y comenzó el partido.

De inicio, Moncho tomó el balón y avanzó hasta el arco rival hasta toparse con el zaguero misterioso, que le quitó limpiamente el balón y lo sacó al lateral. Intentó una y otra vez meter gol y no pudo porque el zaguero se le anticipó. Así el primer tiempo concluyó con un 0 a 0.

Al parecer, todo estaba perdido. Bastaría un gol del equipo rival para ganar el campeonato; en cambio, Moncho había sido anulado y no había tiempo para pensar en una táctica alterna. Con ese ánimo volvió Moncho al campo de juego, se reinició el partido y otra vez nada: el zaguero era un muro de concreto, de acero indestructible. No era que Moncho no jugara bien: era admirable su dominio del balón, pero el zaguero acababa siempre por quitárselo.

De pronto, Moncho quiso hacer un sombrero e inexplicablemente cometió un error: esta vez no hizo una jugada perfecta. Para su sorpresa, el zaguero dejó escapar el balón y Moncho pudo anotar cómodamente su primer gol. Volvió a la carga con sus jugadas más estudiadas, pero el zaguero había recobrado el control del partido. En eso Moncho debió darse cuenta del enigma, porque de pronto se obligó a cometer errores. Así comprendió que el zaguero rival era tan perfecto que la única arma para rebasarlo era cometer errores.

Moncho metió cinco goles; el público lo aclamó como campeón; en su calidad de capitán, recibió el trofeo y la medalla de oro.

En las tribunas, el Gordo se frotaba las manos y hacía coro a la barra local, que cantaba “La mar estaba serena”, con una consigna incomprensible:

— ¡Lacan estaba en lo cierto! ¡Lacan tenía la razón!

La noche de vísperas, cuando se amaneció buscando una solución al problema de Moncho, había comprendido que la única manera de burlar al zaguero era admitir la boludez en la programación perfecta de su pupilo.

CAMBA STRONGUISTA

Juan Claudio Lechín

Me vieron jugar descalzo en la calle Beni al lado del mercado y se acercaron a decirme lo bien que yo jugaba y a preguntarme mi edad con sus eses de collas y sus trajes negros y sofocantes con corbata en pleno calor. Me dijeron que eran directivos de un equipo famoso y como Pelé había llegado a un mundial con 17 años y yo tenía 14 les mentí diciéndoles que tenía casi 17.

Uno de ellos, José Ayllón, todo el tiempo hacía chistes de cambas y collas. Se quejaba del polvo y los mosquitos pero decía que soportaría todo a cambio de ver a las cruceñas caminar descalzas y erguidas como si llevaran un cántaro en la cabeza. Esa tarde me acompañó a mi casa para convencer a mis padres que me dejaran jugar profesionalmente con el equipo de mi adoración, el Strongest. En esa época casi nadie era de Blooming o de Oriente Petrolero, la mayoría del pueblo era del Strongest y todo mundo tenía la camiseta del tigre. Sólo los cambas más joichis eran del Bolívar.

Mi madre lloró porque decía que yo era demasiado pelao para irme sólo a La Paz pero mi padre dijo que era la mejor oportunidad que se me presentaba en mi vida considerando lo pobres que éramos y con lo agüillito y flojo que era yo. A que andara preñando mujeres y borracho por ahí era mejor sacrificarse un poco. Además dos días más tarde viajaría por primera vez en avión, en esas maravillas que pasaban por el pueblo haciendo bulla y llamando a los carretones y a los Willys taxistas para que se fueran al Trompillo a recoger pasajeros y maletas.

Don José Ayllón, buena gente el colla, me regaló unos kichutes o cachos con toperoles que era como le decían a los zapatos de fútbol. Eran pintudos aunque medio ordinarios porque por dentro tenían clavos que mi padre con un cuchillo y un martillo se pasó la tarde rabajándolos mientras yo soñaba que esos kichutes me hacían flotar velozmente sobre el tapiz verde de la cancha del Hernando Siles en La Paz, y yo con picardía driblaba a los rivales, me burlaba de ellos mientras caían fulminados por mi juego de cintura y con risa gritada de camba yo festejaba los goles que metía de palomita, por entre las piernas, de

chilena, todos goles de lujo que hacían vibrar el acento argentino de los locutores de radio que habían aprendido a hacer radio en Salta y Jujuy.

Con frenesí comentaban la genialidad del “camba de oro” que era yo, mi viveza, mi desparpajo juvenil frente a la seriedad de los profesionales. Y en la calle Beni al lado del mercado todos los pelaos del barrio escucharían la radio con emoción y Pitito que siempre me ninguneó y Florencio que me matoneaba porque su papá era barrientista serían expulsados del grupo porque, como a Jesús, habían maltratado a la promesa del pueblo que era yo, a la estrella gambetera del barrio que era yo, la fe del mercado central que no era otro que yo.

Y como venganza obligaban a Pitito y a Florencio a lamer el polvo del ladrillo de las aceras y ellos juraban conseguir una foto mía con el prefecto del departamento y ponerla como estampita en un altar de sus casas. Y Purita Melgar con sus piernitas de palillo pero ojos iluminados de curucusí y Trini Pinto que dice mi nombre en tono de taquirari por fin querrán huir conmigo al monte.

Ese año ganábamos el campeonato gracias al “camba de oro” y en el suramericano de fútbol campeonábamos haciendo arrodillar a los uruguayos, a los gauchos y a los negros y el público me levantaría en hombros y me pediría autógrafos y vendrían de todo lado a pedirme que juegue con sus equipos. Pero solamente aceptaría en un equipo que jugara contra Yashin, el gran arquero, el famoso la araña rusa, y al pobre yo le perforaría el arco como coladera y hasta le partiría el travesaño de un chute, como hizo el peruano Lolo Fernández, y Yashin correría a abrazarme y me diría en rusesco: “¡Oí cambita stronguista sos el más grande de todos los tiempos!”, y Eusebio quedaría opa de tanto gol mío y Beckenbauer y el Tanque Seller, mandarían cartas llenas de halagos y yo, mandaparte y lleno de pretensión, les diría que en mi barrio había montones y hasta mejores, y se correría la noticia y se vendrían los entrenadores gringos, gauchos y negros como petos refresqueros a buscar a los pelaos de la calle Beni.

Al día siguiente, 25 de septiembre, era mi cumpleaños y el mejor regalo de mi vida fue ser de la plantilla del más grande equipo del mundo, del Strongest. Temprano me fui al entrenamiento con todos mis amigos menos Pitito y Florencio el barrientista. Eustaquio Ortuño, el director técnico, me recibió y todo el equipo se acercó a saludarme no como una

mascota sino como un crack. Yo miraba a mis ídolos con admiración. Juan Iriondo fue el primero en pasarme la pelota que disparé contra el arco de Cáceres haciéndole un gol que él mismo festejó. Los argentinos Porta y Marchetti hacían abdominales y comentaron:

—El pibe se las trae.

Torrico, Vargas y Tapia jugaban cabecitas. Franco, Díaz y Arrigó pateaban y cabeceaban corners. Durán y Flores se acercaron al trote con el masajista Aguilar:

—El cambita está un poco flaco, dijo Aguilar.

—Parece que no come suficiente majadito, bromeó Durán.

—Pero pateaba como mula, aseguró Flores.

Desde la verja mis amigos me hacían señas y Trini y Purita me lanzaron besos volados cuando empezó a chilchear. Luego llovió a cántaros. Buscamos refugio y apretados debajo de un totaí todos me hicieron bromas y elogios. De pronto me sentí en otro barrio como el que tenía en la Beni, que estaba en otra hermandad, en la del Strongest. Media hora más tarde escampó y yo estaba emocionado a no más dar.

Salí debajo del árbol y corrí por la cancha mojada a buscar la primera pelota que se me cruzó. No escuché los gritos y las advertencias. Mi entusiasmo me ensordecía. Pateé la pelota pero mi pierna se quedó clavada en el piso y mis huesos sonaron al quebrarse. La bola dio unos pocos tumbos. Nada más. El cuero de las pelotas de entonces no era impermeable, absorbía el agua y se ponía pesadas y duras. Caí al piso y no grité para no parecer maricón. En el hospital me enyesaron y me prohibieron jugar en tres meses. Ahí lloré frente al médico y a mi madre. Enmuleto fui al día siguiente al aeropuerto, un 26 de septiembre de 1966. Todos me consolaron y me dijeron que cuando me restableciera me uniría al equipo:

—En un solo entrenamiento has demostrado que el equipo te necesita, me dijo Ortuño al despedirme con un abrazo.

Esa noche me enteré por radio del accidente aéreo del Strongest, me enteré que mi equipo aurinegro se había posado para siempre en las eternas nieves de Viloco. Allí están todos mis maestros y allí se quedó sembrado mi sueño de golpear a Yashin y de hacerme adorar por Eusebio,

Beckenbauer y Uwe Seller. Allí, en ese Olimpo, están ellos cuidando el fútbol de altura y miran con paciencia la vida desordenada en que nos metemos los hombres por las ambiciones y el poder. Cuando viajo a La Paz, que cada vez es más poco, los veo jugar sobre las montañas con delicadeza y potencia. Siguen siendo futbolistas asombrosos.

El tiempo cambia todo. Me casé con una cochabambina buena y trabajadora que se acabó rápido. Obviamente, mis hijos son bloominitas, de Destroyers y de Oriente y ahora, con este lío racial que no había antes, odian a los collas y, claro, al Strongest. Y los collas nos odian a nosotros los cambas aunque seamos del Strongest. Es que los políticos nos meten rencor para beneficiarse y nosotros, cojudazos, caemos en sus trampas. Muchas noches me encierro a llorar en soledad porque ya no tengo con quien compartir los amores de la cancha y mis memorias. Y ya está pasando de moda la época donde todos éramos de un solo país, teníamos un solo corazón, una sola bandera tricolor y casi todos éramos del mejor equipo del mundo. Sólo los más joichis eran del Bolívar.

RADIOGRAFÍA DE UN GOL*

Gonzalo Lema

“¡Crisóstomo, que pasen los muertos, carajo!”

Gritó Pirulo Pérez, orinando de cuclillas mientras simulaba amarrarse los botines.

Un cielo de papel picado y pequeñas pero múltiples explosiones cubría el estadio Félix Carriles. La gente brincaba abarrotada por miles en las dos únicas tribunas, agitaba banderitas, chillaba.

Pirulo orinaba limpio en medio de veinte mil espectadores. Algo había ordenado al Granuja que, sin embargo, quedó enredado en la selva de cohetes y hurras bulliciosos de las barras y de las bandas de música. Los jugadores corrían y se detenían, saltaban, simulaban cabecear pelotas invisibles, hablaban para la prensa completamente fatigados y de reojo observaban las tribunas repletas. Era el calentamiento en la cancha.

Granuja estiraba los músculos de las corvas y de la espalda, retorció su cintura en giros de derecha e izquierda. Observó orinar a Pirulo Pérez sin pensar demasiado en ello. Más al fondo, vestido íntegramente de negro, el Turco Issa trabajaba silencioso ubicando algodones blancos en una línea recta del penal a su arco.

El Nene Vargas le habló al muchacho: “Si es posible que la toques en vez de rechazar, mejor. Así controlamos el partido”.

“¡Con fuerza, carajo!”

Gritó algún otro.

Piloto Cabrera llamó con la mano al negro Mandinga Joanna hacia el círculo central y comenzó a aplaudir mirando a todos sus compañeros, dando ánimos para jugar a toda máquina.

El pitido inicial fue saludado con una gran ola de satisfacción por parte del público. La pelota corrió un medio metro hacia delante y luego retrocedió cincuenta y seis hasta el Turco. El Granuja Martínez la vio pasar por el suelo y se hizo el quite (pensó, fugazmente, en su madre).

El delantero centro atigrado también pasó por su lado, sin mirarlo.

El Turco hizo correr el balón por sobre el césped, lo tomó entre las manos ante la embestida de Farías, volvió a ubicarlo en el césped cuando éste se detuvo antes de ingresar en el área y con el pie derecho la envió hacia el Zancudo Busset, marcador izquierdo. Zancudo Busset al Roto Gangas, el mediocampista. Con toque corto y sin peligro, el balón llegó al Nene Vargas que inmediatamente brincó hacia la derecha en un amague muy suyo, luego retomó el camino y cruzó media cancha dejando el balón, a domicilio, entre los botines del Mandinga Joanna.

Angulo, el 6 de los “tigres”, cayó como una tromba encima el negro.

La tribuna rugió como un trueno.

Piloto Cabrera corrió al lugar del hecho y reclamó con fuerza:

“¡Amarilla! ¡Amarilla!” El árbitro se hizo campo en el gentío con ambas manos:

“¡Juega rojo!”

Ordenó, nada más.

“Patea tú, Granuja. Mandala hasta el avión”.

Dispuso Pirulo Pérez.

El muchacho acomodó el balón en el césped, lo sintió liviano. Unas gotas de transpiración, gruesas y saladas, se le metieron por la boca. Corrió y pateó largo. El balón se elevó cuatro, cinco metros por encima de las cabezas y llegó a la punta derecha del área. El negro Iriondo de The Strongest saltó por encima de todo el mundo y la echó fuera de la cancha con la cabeza.

El público silbó.

Franco corrió a efectuar el saque de banda, muy cerca del banderín del corner, y el público de preferencia lo animó con sus gritos.

El balón fue rechazado por Argañaraz, metiendo el pie entre varios jugadores. El rechazo fue a parar a media cancha de los rojos, y la recibió Pirulo Pérez, el último hombre.

Eran los primeros minutos de un partido muy tenso.

Granuja corrió hacia una pelota impulsada por un compañero, perseguido por Bastida. Pirulo se mostró atrás, para el desahogue, y el muchacho movió el cuerpo para el pase. Bastida corrió a la anticipación, comiendo la carnada, pero sólo la pierna del defensor fue hacia allí, porque luego giró el cuerpo y salió limpio por el otro costado.

El público regaló una ovación de gala a la maniobra.

“¡Bello, hermano! ¡Muy bien!”

Felicitó el Nene Vargas, y trasladó el balón hacia cancha enemiga.

(“¡Estoy bien, estoy contento!”)

El Roto Gangas se escondió detrás del árbitro, la pelota amarrada a su pie izquierdo. Mientras el público festejaba su humor, Fontana, un medio hecho de fierro y aserrín, se tiró en carretilla y volteó al jugador y al árbitro con la maniobra...El Roto Gangas se levantó rápido pese a todo y salió bastante victorioso de la falta.

El público ovacionó la jugada, pero luego comenzó la silbatina.

El árbitro (instrumento de campo) se incorporó y se lanzó a la carrera detrás de la jugada: “Ley de la ventaja”, chillaba.

El balón fue de Chiwa Daza al Roto Gangas y luego al Mandinga Joanna.

Angulo le cayó encima.

Piloto Cabrera corrió al árbitro:

“¡Amarilla, amarilla!”¿Qué esperamos?¿Que lo rompa en dos, carajo?

Junto con el bullicio de locos, unas naranjas cayeron sobre el gramado.

Los jugadores hablaban a gritos.

“¡6! ¡La próxima directo a las duchas!”

Dijo el árbitro y mostró la amarilla. Luego sorprendió a todos: “¡Para usted también, so cojudo!”

Y mostró el mismo cartón al Piloto: “¡Chitón, no quiero escucharlo hablar, cambia y mierda!”

El público arreció con la silbatina. Algunos jóvenes atrevidos empezaron a trepar la malla olímpica de popular, a sacudirla. Los perros de la policía también ladraban.

Sin que nadie reparara, un fino velo de lluvia caía sin mojar sobre el estadio.

“Quedate con el 9. Que patee el Roto, Granuja”.

Ordenó Pirulo Pérez.

Fontana rechazó el balón con un espléndido golpe de cabeza, la recibió Taritolay y se la dio a Angulo.

Mandinga Joanna se tiró fuerte contra su tobillo.

Nuevamente chilló la gente.

Angulo cayó y comenzó a chillar de dolor. Los auxiliares tigres se entraron a la cancha sin autorización de nadie: “¡Carajo, qué foul más bruto!” El público arrojaba naranjas y latas de cerveza sobre Angulo.

Algunas voces se oían:

“¡Fuera todos los extras! ¡Fuera!”

Ordenó el árbitro a los asistentes. Con el índice sobre la cabeza les mostró el camino.

“¡Vente con el 9! ¡Tomemos marca! ¡Cada uno con uno!”

Ordenó el Pirulo.

El 9 avanzó hacia el arco de los rojos. Era inmenso, de espaldas anchas, bañadas por una melena color oro. Pisó al Granuja y no le pidió disculpas. El muchacho reaccionó con un puntillazo bajo.

El gigante se derrumbó fingiendo ser de arena y sorprendió a todos.

El linesman alzó el banderín y el árbitro corrió hacia él para informe.

Piloto cabrera llegó jadeando a su lado.

Bastida se puso de pie con gran esfuerzo. Tenía media espalda más que Granuja, y como veinte kilos de sobra.

“¡Hijo de puta! ¡Ahora se me inflama el tendón y no juego dos meses!”

“¡Salte a descansar!”

Recomendó irónico Pirulo Pérez, desde el fondo.

El árbitro llegó a ellos corriendo, con el Piloto a su espalda.

“Los amonesto verbalmente ¡La próxima se van, cabrones!”

Bastida miraba a los rivales con muchísimo odio. Tenía los ojos muy verdes, delgados y chicos, como el perfil de un cuchillo pequeño para cortar la fruta.

“Ninguno de los dos es un angelito. Son un par de hijos de puta que no me van a dejar trabajar en paz. ¡Tengo ganas de expulsarlos!”

“¡Este cabrón me cagó el tendón! ¿Chió, que hice chió?”

“¿estabas cantando arrorró mi wawa, pelotudo? ¡Juegue!”

La silbatina arreciaba debido al tiempo perdido.

La pelota fue corta hacia Revollo que esquivó al Nene Vargas con juego de cintura. La hinchada de los tigres no paraba de golpear un par de bombos y platillos en la tribuna de preferencia. Pariente la pidió, ya cerca del área, pero se adelantó Zancudo Busset estirando la pierna izquierda y entregando, rápido, el balón al Nene.

La defensa salió corriendo buscando media cancha.

Bastida buscó la banda.

“¡Está a tu izquierda, haciéndose al pendejo!”

Orientó el Pirulo al Granuja.

La garúa casi invisible se detuvo en los altos cielos. La pelota viajó unos segundos vía aérea y Bastida buscó pararla con el pecho, empujando un tanto, con su espalda, a su marca pegajosa.

Ambos se codearon, pero fue el Nene el que se benefició con la jugada.

Piloto dio la vuelta y arqueó el cuerpo para cederla al Chiwa Daza, en la izquierda. Un atigrado se la creyó y arrojó para tapar el balón. El Piloto continuó su carrera, buscó al Mandinga Joanna a gritos, lo vio llegar de un costado, hacia su encuentro, se la aflojó y la volvió a recibir tan redonda como la había mandado, pasó la media luna y

Fontana le salió al encuentro, pero el Piloto estaba imparable y se hizo el hueco.

El público se puso de pie.

El guardameta tigre se sorprendió de verse cara a cara con el enemigo y quedó atornillado bajo el travesaño.

Piloto (típico en él) ladeó el cuerpo, mostró la cara interna del botín para cachetarla contra el primer palo, el arquero se arrojó desesperado a taparla, comprendiendo, inmediatamente, que se estaba tragando un amague.

Piloto ingresó al pórtico con balón dominado.

La tribuna estalló como una bomba.

“¡Gooooooooooooooooooooooooooooooooo!!!!!!”

* Fragmento de la novela Si tú encuentras a Mari Jo (Gente Común, 2007).

FOREVER FRIENDS

Willy Camacho S.

Llegó corriendo a la cancha, justo cuando el delegado entregaba las tarjetas del equipo a la mesa de control. Haciendo notar su arribo con agudos silbidos, gesticuló aparatosamente para indicarle al delegado que lo incluyese en la formación titular. No podía ser de otra manera, pues Lucio era el capitán del equipo. Hace más de una década que era el líder de ese grupo de albañiles que, sábado tras sábado, competían en la pequeña liga barrial; no porque fuese el mejor jugador, sino porque era el más veterano: cuarenta y seis años, de los cuales, treinta habían transcurrido entre ladrillos y cemento, y trece, jugando en el “Tigres del Ande”. “Casi no llego, che. Se ha plantado el mini, todo el desecho he venido bajando al trote”, dijo Lucio, como excusa por el atraso.

Y no era muy frecuente que diese explicaciones a sus compañeros, sobre todo desde que llegó a ser maestro; pero ese día era especial. Trece años habían pasado desde que fundara el “Tigres del Ande”, bautizado así en honor al equipo de sus amores, el poderoso The Strongest; trece años de estar mitad de tabla para abajo; pero ese día, ese 11 de noviembre, jugaban la final. “Carajo, cómo no voy a jugar, tengo que correr”, pensó, cuando el minibús en el que se dirigía a la cancha quedó plantado, con el motor humeante, sobre las escamas de piedra de la serpenteante avenida que, desde lejos, parece una gigantesca boa descendiendo a la hoyada.

Luego de vaciar del maletín de cuerina sus implementos deportivos, se cambió de indumentaria con toda la rapidez que pudo, enfundándose el uniforme aurinegro justo a tiempo para ingresar al campo de juego transformado en el capitán Lucio Chambi. Era un remedo de futbolista: la desproporción corporal —piernas demasiado delgadas en comparación con el enorme tórax y la prominente barriga— hacía pensar que le habían asignado un pantalón corto XL y una casaca small; las medias, que a fuerza de tanto enjuague habían perdido forma y color, chorreaban hasta formar arrugados bultos encima de los botines. Sin embargo, ese día iba a estrenar un cintillo que había hecho confeccionar con un bordador profesional, reemplazando el pañuelo que solía atarse al brazo como distintivo de su liderazgo. Regateo de por medio, Lucio había gastado el

equivalente a tres fardos de cerveza en el cintillo o, mejor dicho, en su bordado: un barroco diseño multicolor en el que sobresalía un tigre en postura de ataque, acompañado por el Illimani y el nombre del equipo resaltado con hilo de oro y relievado con lentejuelas; como para gritar a todos: “Yo soy el capitán... ¡y de los Tigres, carajo!”.

El equipo rival no era presa fácil. Lo conformaban jóvenes, hijos de comerciantes, universitarios algunos, bien alimentados, con el porte atlético andino. Habían llegado a esa instancia sin perder ningún punto. Sí, definitivamente, los muchachos del Forever Friends eran los favoritos para hacerse con la copa. Eso no importaba, Lucio estaba seguro de ganar. Pero claro, su seguridad sólo tenía como base el inmenso deseo y la esperanza de llegar a ser el número uno, de triunfar aunque fuese por unas horas. Treinta años de obedecer órdenes, de tragar “mierdas”, de aceptar “carajos”, de llorar “hijodeputas”, de prácticamente besar los pies al arquitecto de turno, le hacían desear imperiosamente ganar ese partido.

El árbitro sopló el silbato chino para indicar que el partido comenzaba. Monótono. Aburrido. Qué más se podía esperar de una liga barrial. Claro que los que estaban en la cancha no pensaban igual y menos cuando los muchachos del Forever Friends anotaron un gol. Festearon ruidosamente la conquista, realizando una coreografía afeminada que, seguramente, habían ensayado durante la semana, mientras sus parciales exteriorizaban su alegría y apoyo encendiendo unos cuantos petardos de tres tiros —esos que generalmente sólo sueltan dos—, agitando banderas celestes y destapando las primeras botellas de cerveza.

Lucio insultó a su arquero, a sus defensas, a sus atacantes y, aunque con menor intensidad, incluso elevó su protesta a esferas divinas, murmurando con la vista clavada en el cielo: “Qué pasa pues, Dios, ya no jodas”. El partido continuó, sin mayores emociones, hasta que, en el minuto veintidós de la segunda parte, Martín Poma —el fiel ayudante del maestro Lucio, el mejor atacante del capitán Chambi— anotó el empate. Lucio se arrojó a sus brazos, apretándolo hasta dejarlo sin aire, mientras le salpicaba de saliva el rostro, gritándole al oído: “¡Bien, carajo, bieecen. Te has ganado una caja, pendejo!”. Y en el minuto ochenta y cinco, la gloria: penal a favor de los Tigres del Ande. Sin dar oportunidad a discusión alguna, el capitán corrió pesadamente desde el centro del campo, gritando entre jadeos: “¡Yo pateo, yo pateo!”.

Alzó el balón con ambas manos, lo aprisionó como si alguien se lo fuera a quitar. “Ahora sí. Quisiera que me vea el patrón. ‘Inútil de mierda’, sabe decirme. Cuál inútil, carajo, yo hago sus casas. Yo voy a ganar la copa”, pensaba, mientras acomodaba el esférico sobre el punto blanco que la cal hacía resaltar en esa planicie polvorienta. “Diosito, dirigí mi pie. Si meto, voy a bailar con traje de lujo este año, te prometo”. Se fijó en el arquero de los celestes, un casi niño de dieciocho años. “A este chango lo voy a fusilar”, se dijo, a tiempo de esbozar una sonrisa burlona. Retrocedió unos quince metros para tomar el impulso que consideraba necesario. Miró el balón, miró al portero, besó su cintillo y corrió con todas las fuerzas que le permitían sus piernas escuálidas, cansadas de soportar ochenta y tres quilos todos los días. “Conque inútil, conque cholo cojudo, conque hijo de puta. Q’ara de mierda”, pensaba, impulsando su enérgica carrera con el rencor acumulado durante tres décadas de humillaciones cotidianas. Y fue tanto el impulso, que llegó cansado, dando un mediocre puntapié al balón, que llegó sin potencia, rodando suave, a las manos del guardameta. Nadie le reprochó nada.

Al minuto, gol del Forever Friends. Dos a uno: festejo celeste.

A Lucio no lo consolaba ni la cerveza que tenía en la mano. No hablaba con nadie, sólo tomaba. En realidad, pocos jugadores de su equipo tenían ánimos para hablar, la mayoría de ellos tomaban en silencio o, más bien, callados, pues silencio no había, ya que los del Forever Friends y sus seguidores contaminaban acústicamente el ambiente, exteriorizando su euforia a gritos y, de tanto en tanto, con canturreos ñoños como “Un, dos, tres, somos campeones otra vez...” o, peor aún, “Celeste, si quieres celeste que te cueste...”.

Con el transcurrir del tiempo y de las cervezas, los labios comenzaron a aflojarse. “Bien burro eres, Lucio, cómo has de fallar tan de cerca. Yo hubiera chuteado”, le espetó alguien a quemarropa. Lucio se hundió más en la depresión, pero casi de inmediato, tomó el vaso con firmeza, lo bebió de un solo trago y se paró. Todos pensaron que iba a propinarle una golphiza al insolente, pues en su rostro había una expresión de ira contenida, denotada, sobre todo, por las venas dilatadas que se ramificaban en su frente; sin embargo, pasó de largo. Se acercó al lugar donde los muchachos campeones festejaban y rugió: “Changos de mierda, fuera de aquí. A festejar a otro lado, pendejos”. Un silencio sepulcral siguió a las palabras de Lucio; luego, carcajadas y burlas, originadas por el certero

balonazo que uno de los Forever hizo impactar contra la nariz del maestro capitán. La trifulca se armó: puñetes, patadas, mordiscos, rasguños, botellazos, sangre, dientes...

Los albañiles son rudos, no hay nada que hacer; arrollaron a los Forever Friends en pocos minutos. “Hemos ganado, carajo, hemos ganado”, gritaba Lucio, golpeándose el pecho en medio de un ataque de euforia testosterónica, a todas luces contagioso, pues el resto de los Tigres del Ande emulaban el proceder de su capitán. Recién entonces empezaron a tomar bulliciosamente. Ya no hablaban del partido, sino de la pelea: “Yo le he bajado la jeta al arquero”, “Yo le he pateado las bolas al que ha metido el gol”, “Dos botellazos he dado a no sé quién”, y así, cada uno contaba su pequeña hazaña, magnificando su participación en los hechos, reclamando su porción de gloria. “Hemos ganado, en algo por lo menos”, pensaba Lucio con orgullo supremo, acariciando los relieves de su cintillo aurinegro. De trofeo, les quedaba el balón que, luego de golpear al capitán, quedó botando cerca del tumulto y, tras la huida de su propietario, abandonado en el campo de batalla. “Esta es nuestra copa”, decía Lucio, riéndose a carcajadas, mientras levantaba la pelota del Forever Friends.

Poco a poco, los Tigres del Ande se fueron retirando del lugar. El último en irse fue Lucio. Con el maletín en una mano y el balón-trofeo en la otra, caminó unas cuantas cuadras, completamente extraviado en sus pensamientos: “A ver, que me diga ‘inútil’ de nuevo, a ver. Que me diga ‘indio de mierda’, a ver. Le voy a pegar, sin dientes le voy a dejar al arquitecto. Si será arquitecto, tamaño burro. Yo trabajo, él gana. Él se equivoca, yo cago. Pero que no me joda, ¡yo soy tigre, carajo!”. Caminaba por la acera, que de todos modos le resultaba estrecha, pues se esforzaba por mantenerse en medio de ella, como equilibrista de circo.

“Celeste, yo me limpio el culo con celeste...”, cantaba Lucio, balbuceando la parodia, mientras se acomodaba bajo el pequeño toldo de lata de una tienda, suficiente protección —según su razonamiento alcohólico— contra el frío andino. Lentamente, fue disminuyendo el volumen del canturreo —que alternaba con imprecaciones contra “el arquitecto”, el Forever, el Bolívar o macanas similares— hasta quedar profundamente dormido, aunque, eso sí, aferrado a su “trofeo”.

Soñó muchas cosas. Se vio en el partido, fallando el penal. Se vio en la construcción, agachando la cabeza mientras el arquitecto le mentaba a

la madre y a la raza. Se vio en su casita, comiendo con sus cuatro hijos. Se vio en el Siles, gritando un gol del Tigre. Se vio en su cama, amansando a su mujer. Sintió alegría, sintió placer, sintió rabia, sintió hambre, sintió pena, sintió dolor, sintió dolor, sintió dolor... Abrió los ojos y alcanzó a ver la mano que retiraba el puñal de su estomago. Cayó de bruces contra el cemento helado. Su sangre brotaba a borbotones, formando un charco rojo alrededor de su cuerpo. Agonizante, sólo tuvo fuerzas para mover los ojos y buscar con la mirada su “trofeo”. Lo divisó, metros más arriba, siendo arrastrado por los suaves toques que un par de pies le propinaban. Levantó la vista tanto como pudo y llegó a distinguir la delgada figura del agresor, principalmente su espalda, cubierta por una vistosa polera celeste que llevaba estampado el número doce y “Forever Friends”.

vamos a la cancha!



catcá

MERMELADA Y GOL

Mabel Vargas Mendoza

Esa tarde dije buenos días a todos los que estaban reunidos a tomar el té. Pocos notaron mi demora y los más sonrieron como si nada hubiera pasado. Me senté junto a papá quien se apresuró a darme un pedazo de pan con esa mermelada de frutilla cuyo sabor jamás olvidaré. Nunca, porque a pesar de ser la mermelada más exquisita, más ultrarequetedeliciosa del mundo, tiene un sabor a nublado, a gris, a cama fría, a marraqueta, a silencio, a duelo, a muerte. Desde ese día empecé a odiar-temer. Desde ese día esa rara mezcla de sensaciones se pegó a mi cuerpo con más claridad.

Serían como las cuatro, o las dos, quizás, más o menos. La verdad es que no importa tanto este dato como lo que sucedió después. Calientita con un abrigo azul con cuello negro y canesú, veía por la ventana el pequeño jardín que teníamos en la casa. Mi mirada no podría llegar más allá, salvo por el ruido de motores de un avión carnicero que pasaba todos los días repitiendo su repertorio. Ensimismada como estaba, agarrando mis rodillas entre mis manos y mi cuello, escuché decir en la radio: ¡Extra, extra, extra!

Todos gritaron ¡silencio!, como si el silencio se gritara. Una voz dijo con angustia: “el avión que traía a los jugadores se ha estrellado”. Así como si nada, el comunicado se perdió en el vacío de la transmisión. No sé cuántos minutos pasaron. No sé qué minuto se perdió. Ninguno de nosotros pudo reaccionar: mi padre que estaba pintando un retrato y mi madre que le daba las combinaciones de color; mi abuelo que medio se alegraba y medio se apenaba y mi abuela que le daba pellizcos en sus nalgas; mi hermana, con sus grandes trenzas de sogá, jugando a ser la madrina de la gorda y yo metida bajo la mesa, llorando de terror.

Viloco es un cementerio anónimo; por eso lo odié y lo temí durante décadas de vida. Desde esa tarde, la naturaleza, mi naturaleza, se me hizo extraña y empecé a rechazar los días nublados, todos los panes con mermelada de frutilla. Desde esa tarde tenía a mi equipo campeón con uno de los Iriondo a la cabeza; un equipo muerto que hizo renacer en mi corazón a un Galarza, a un Angulo, a un Zorro Bastida, a un Martínez, a un Castillo y tantos otros que me pusieron en el stadium.

Desde hoy, también una lejana tarde nublada, puedo decir que, aunque la mermelada ya no es dulce, no hay nada, nada, nada, mejor que un gol. Un gol del Tigre Campeón.

EL DIOS TIGRE

Oscar Díaz Arnau

*A Raúl “Chupa” Rivero, emblema de todos,
pero especialmente de Roberta,
y de Pachi, claro.*

Y cuando el “Chupa” estaba durmiendo —porque ella sabía los horarios de su sueño— entonces no le quedaba más remedio que rezarle a Dios.

EL PIERROT

Erika Bruzonic

*Dicen que se fue
Dicen que está acá
Dicen que se ha muerto
Dicen que volverá
Jaime Roos (Aquello)*

Miguel Monzón, alias “el Pierrot”, abrió los ojos con una idea de incredulidad dentro de su cabeza que, entre paréntesis, se le estaba partiendo en cien millones de pedacitos, cada uno dueño de un dolor autónomo, soberano, torturante: seguía vivo.

Sacó la lengua, pasándola por los labios resecos, partidos y casi sangrantes. Le dolieron. Su nariz registró el olor acre del alcohol regurgitado y, bruscamente, cerró la boca; hedía a diablos. Sobre sus dientes, la lengua le avisó de una corteza áspera y agria que los cubría; sintió sus encías forradas de una capa pastosa y le costó tragar la saliva amarga acumulada a los costados —un tanto biliosa— que se le atascó a media garganta, provocándole un acceso de tos con mucha flema y vómito de alcohol rancio.

No se convencía de estar con vida. Se había encerrado a beber en serio durante cuarenta y ocho horas —noche, día, noche, día— ¿qué día? ¿qué hora? Pasó una mano por sus ojos y comenzó a respirar por la boca, tapándose la nariz con la otra mano. Olía a borracho muerto. Imposible mover la cabeza, ni pensar en pararse para mear. ¿Se haría pis en la cama?

Pis, pis, pis. Algo había hecho con su propia orina —pero, ¿qué? Quería acordarse y no podía. ¡Ah, el Clásico! ¿Se habría meado en el dividí del Clásico? ¡Mierda, no! Era original; caro además. Trató de incorporarse en la cama y dos flechas de dolor ciego le traspasaron las sienes, los globos oculares, y se insertaron hasta en su carnet de identidad. Un manotazo al vacío para erradicar el dolor le llevó a comprobar que su aparato de dividís estaba acostado con él, en lugar de estar encima del televisor frente a él. ¿Qué carajo hacía la máquina a su lado? Ya se estaría acordando; en la ducha o en los ensayos del día siguiente, o mientras se estuviese cogiendo a alguna de las mujeres de nombres y teléfonos prolijamente anotados en su libretita azul, bien oculta bajo los cedés de Zitarrosa y de Jaime Roos.

Roos. ¿Dónde está la Gran Muñeca, que no trilla el bulevar...?, pero ahorita no tenía ganas de muñecas, grandes o trilladas; tenía que acordarse dónde había meado por última vez antes de botarse boca abajo en su cama, abrazado al plateado reproductor de compactos, para dormirse babeando sobre la almohada, roncando uniformemente.

¡Ja! Le iba a costar. ¡Huevo! Se pararía a pesar del dolor infame y la acidez desgarrante e iría al baño —en privado siempre pensaba en el baño como “el water”— a deshacerse de todo el alcohol alojado en su vejiga, para que se volviera sólo orina de color amarillo intenso como la cerveza, e igual de espumosa, dentro del inodoro. ¿Y después? Ya se le ocurriría pero —primero lo primero. Asentando los pies en el piso con suma suavidad, para que no le repercutiera el movimiento en su aturdida cabeza, caminó hacia el baño —water— agarrando la pared. Pisó las baldosas heladas y un “ay, mierda” le salió entre dientes, como una súplica. Se acordó de otro baño: alfombrado, oloroso a rico; pero supo que ahí no iría a parar el chorro. ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde, anoche? Daba igual: no se acordaba de nada.

No solamente su cabeza se le estaba deshaciendo por dentro. En ese instante sentía, desde el cuello hasta las rodillas, un dolor vago e irreconocible que lo distraía del menester urgente que era mear.

Una vez sacudida la última gota del extremo de su encogido pene — ¡puta que chiquito se volvía con el frío!— continuó parado delante del inodoro, bostezando. Le costó evacuar como de costumbre, así que Miguel se agarró con toda la mano derecha, hurgando su miembro hasta calentarlo un poco, únicamente queriendo aliviar sus riñones. Después se olió la mano: no olía a coño, lo que quería decir que no se había acostado con una mujer. Sin embargo, sabía instintivamente que algo tenía que ver su momentáneamente flácido miembro en el cuento que su memoria le negaba.

El dolor agudo que no reconocía se le trasladó a la mano y la miró. Se fijó en el último nudillo, el del meñique: tenía un color negro aborgoñado. “Típico” pensó, “me he sacado la mierda”, y trató de convencerse a modo de consuelo, de que todos los dolores de la resaca eran hasta saludables; daban fe de que, al menos, había bebido. A los cuarenta y seis, las sacadas de mierda dolían muchísimo más que a los veinticinco, eso seguro.

Llegó hasta la mesita del teléfono — ¡puta que era sesentero, tenía “mesita de teléfono!”— y apretó el botón de la máquina de mensajes.

Cuatro llamadas, casi todas cobrándole: “Ya pues, hermano, hace dos meses que estoy esperando que me devuelvas mi plata...”; una de Milenka. Milenka, Milenka... Halló el coraje para acercarse a su mueble de cedés; manoteó debajo de los de Alfredo Zitarrosa y halló su índice personal de un harén forjado a punta de años de repetir a cada una de las mujeres que estaban inscritas entre las dos tapas azules, que era ella la que él amaba.

“Siete cero cinco, celular”; dijo para sus adentros. Miguel no tenía por qué memorizar ningún número de teléfono. Allí estaban anotados, de línea fija y celulares, sólo números porque no era tan hijo de puta como para poner calificaciones a cada una de las hembras con las que se acostaba de la a hasta la zeta. Así que llamaba Milenka. Bueno, tendría que esperar a que a él se le pasara la bruta resaca – ¿cuál resaca?– ch’aki, en buen pacheño, qué era eso de “resaca”. Además, la tal Milenka era miraflores y tenía nombre de peluquera. ¿Por qué carajo le daría su número de teléfono? El era de Sopocachi; no, no, no –no contiene, cero al cociente. Esas cosas no cambian en cuarenta y cinco años ni en cien—. No la llamaría ni hoy, ni mañana, ni pasado.

Eruuctando bilis se fue hacia la cocina. Abrió el refrigerador, hallando nada comestible y nada de beber. Se fijó en el basurero y vio seis botellas vacías hasta el culo: dos de vodka y cuatro de whisky. Una ligera patada al artefacto indicó que también había latas alojadas en el fondo; ¿de qué? Miguel no tenía idea. Red Bull no sería. Ojeó los mesones y vio cuatro vasos sucios, ninguno con manchas de lápiz labial; o sea, había sido farra de hombres. ¡Ah, sí! Era por el triunfo del Tigre, aunque ese dividí del Clásico era un cruce nomás: partido memorable, sí, pero del siglo XX. No importaba, para Miguel Monzón, ser hincha de The Strongest era como creer en Dios; podía mirar y remirar partidos antiguos y farrearse igualito que si fueran “de adeveras”.

Regresó a la sala-comedor para hacer un recuento de los daños; siempre había alguno: quemada de tapiz por cigarrillo, mancha de vino tinto en la alfombra, un día hace muchos años, blanca; arañazo en el parquet, vasos rotos. Esta vez no encontró más que el cenicero lleno de colillas y restos de lo que él daba en llamar “manzanilla” cuando en realidad era, ni más ni menos, marihuana. Hasta ese día no entendía ni iba a entender la causa de la paranoia que le obligaba a disfrazar uno de sus hábitos más arraigados con el nombre de una planta de flores blancas, buena nada más que para desinflamar la congestión de la sinusitis, ¡qué huevada!

Otra vez en la cocina, revisó el horno. Dentro reposaba una olla verde envuelta en un repasador anudado en la parte superior. La mujer que iba a diario a cocinar su almuerzo le había dejado algo para ese domingo. Procurando no agacharse sacó la olla, desató el repasador y quitó la tapa: lentejas con arroz. Miguel se pasó la mano por la cara de arriba a abajo; se le estaba revolviendo el estómago. ¿Lentejas después de una borrachera de dos días? Ni que fuera cojudo.

Me voy, me voy, me vivo yendo; esta noche me hizo vista el tiempo, en las copas me dieron changüí... El cedé de Roos era demasiado para su dolorida cabeza; no lo apagó sin embargo. Dejó el sonido muy bajo y sudando un poco frío, tiritando también, se acercó al teléfono y marcó el número de la pizzería más cercana. Mientras esperaba la llegada de su pedido, trató de recordar —una vez más— qué era lo que había hecho la noche anterior, de la previa a esa no se acordaba ni quería. Su maltrecho cerebro le avisaba que sería para su bien que recordara sus palabras, el lugar donde había estado además de su casa, si había o no cantado; en fin.

El sonido del timbre le hizo cerrar los ojos con fuerza. Otro dolor más intenso le atenazó el ojo izquierdo. Se llevó la mano a la cara y el tacto le avisó de un bulto entre la ceja y la mejilla. ¿Se habría caído de ojo?

Abrió la puerta muy lentamente porque un mareo, aunque ligero, le estaba atacando hasta hacerle temblar las rodillas. El repartidor lo miró y sonrió, lo reconocía.

— ¡Hola, Pierrot! saludó como si fueran amigos de a diario. El repartidor había visto al Pierrot en persona una única vez, en un concierto en el Municipal, por el aniversario de La Paz. No fallaba: cada 16 de julio el Pierrot daba uno o dos recitales en el teatro y cantaba su clásico repertorio de homenaje a la ciudad y, en cada concierto, preguntaba “¿cuántos de ustedes son del Tigre?”.

Así que aquí vivía. ¡Pobre! Parecía que un tren le hubiera pasado por encima. Hasta sus característicos rizos, tan apretados que daban la impresión de ser de peluquería, aparecían deslucidos como un casco sin brillo, y comenzaban a grisar en las sienas y en la frente.

— ¿Me das tu autógrafo, Pierrot? Aquí, sobre la tapa de la caja.

Con destreza, el repartidor arrancó la tapa de la caja de pizza y le entregó un bolígrafo azul masticado en un extremo. Miguel garabateó su

firma, haciéndola muy grande, para que no se perdiera entre el logo verde y el teléfono de la pizzería. Intentó sonreír, pero el costado derecho de su boca le dolió como un araño. Con cuidado se llevó la punta de la lengua a la comisura del labio y comprobó que estaba partida; en un segundo le iría a sangrar. Ese lado de la boca se sentía hinchado también. ¡Putas que el trago hinchaba todo! Así fuera a mear cada cinco minutos, igual retenía un montón de líquido, ¡más huevada!

Sentado sobre su cama, comenzó a engullir la pizza con chorizo, jamón, locoto y cebolla, de dos en dos pedazos, regándola con tres latas de cerveza Pacea bien fría; el hielo le aclararía las ideas. Agarró el control remoto y encendió el televisor. ¿En qué cama estaría antes de regresar a seguir la farra en su casa? Así fue como se acordó de una cosa: las sábanas eran azules. ¿Quién tenía sábanas azules en su cama? Si en ocasiones no podía acordarse de su número de carnet, ¿cómo podría acordarse de cosas después de beber botella tras botella de alcohol, matizándolas con porros, uno cada quince minutos? Ni Mandrake, decidió. Hmmm... azul.

Se han ido, soplando candilejas, esta noche no tengo ni quejas, sin embargo el que llora soy yo... No daba más. El locoto le provocaba goteo nasal y le aguaba los ojos, pero era una maravilla para recuperar la lucidez. Tiró a un lado la caja de pizza vacía y limpió con el codo y la manga del pijama los aros de cerveza que habían dejado las latas sobre su mesa de noche. Gateando dentro del edredón de color mostaza que cubría su cama, se hundió bien adentro del colchón, jalando las almohadas hasta su hueco oscuro, para dormir una siesta verraca que, tal vez, le aclarase la figura de la farra.

Soñó mucho con la vecina, esa mujer enhiesta de espaldas y dura de mollera con la que intentaba sostener una envejecida amistad romántica, defraudándola y defraudándose en el camino de más o menos once años que habían trajinado —nunca juntos del todo— casi siempre a putazos y tropezones. No terminaba de confiar en ella. Había en sus ojos grises una pequeña luz casi maldita que lo desasosegaba.

Se sintió bastante más viejo al despertarse de la siesta —fue completamente vano tratar de acordarse de la dueña de las sábanas azules o del pis... Ah, no. No, no, no. Tendría que largar el alcohol en algún punto: ya estaba imaginando cosas del pasado como si le hubiesen sucedido en los confines de su borrachera. Mirando en la tele el partido

Tigre-Wilsterman —ojalá saliera campeón el Tigre, su Tigre, vamos todavía— recordó su viaje a Santiago de Chile: allí había inventado un trago barato, propio para comunistas que todavía los había, aunque lejos de Providencia: el Pisté. Pis – té, pisco con té, que ni es lo mismo ni es igual que el singani con té o “té con té” de La Paz. Miguel pensó en la cantidad de Pistés que se había tomado en la casa de Alejandro Stuart, viejo gay, fotógrafo mimado de los comunistas. Creyó reconocer el origen de su desasosiego por el asunto del “pis”, y se rió bajito. Tenía que largar el trago.

Sí, era mejor la “manzanilla”. Al menos le permitía acordarse del todo, de cualquier cosa que hubiese hecho —como tomar té con la vecina, con quesos y pan de centeno con algo untable mezcla de caviar, hierbas, colas de cebolla y crema agria. Comer eso no le había gustado nunca, le aceleraba el vómito cuando bebía; ah, pero cuando estaba en la casa de ella, comía lo que fuera. En el fondo tenía miedo de que esa mirada sin errancias se le clavara en la cara, preguntándole sin preguntar, cómo es que era tan, tan, huevonazo.

Sin acabar de saber del todo por qué, continuó acordándose de una de las secretarías top de la Moneda: Ximena Osés, cincuentona con la que no había querido acostarse sólo porque era cinco años mayor que él. Recordó como de pasada que tampoco ella tenía sábanas azules; era más, él no conocía más que las sábanas de su cuarto de invitados: blancas. Había pasado solamente un par de días allí; a él le gustaba la noche de Santiago y “la Ximena” se acostaba muy temprano porque, como secretaria de Michelle Bachelet, trabajaba desde el alba. Para el Pierrot, decir “buenas noches” a las diez significaba privarse de la posibilidad de respirar la oscuridad y, quién sabe, atravesar esas pocas horas conociendo a alguna mujer —por favor, no cincuentona— que mereciera el homenaje de una de sus composiciones musicales, algo así como Te conocí bailando morenada.

Oigan al payaso que canta; cuántas penas en su garganta, en su mejilla un lagrimón brilla; le ha tocado pasarse la vida a solas con su corazón... ¡Este Roos! Cantando desde el estéreo como si conociera al Pierrot —pero de toda la vida. Y malditas las famosas sábanas azules, que le estaban persiguiendo en su resaca como nunca lo había perseguido mujer alguna. ¡Mierda! De alguien debían ser... azules, azules... y una voz como de raspador de zanahorias decía que QuéLimpio cobra, como empresa de limpieza doméstica, el doble por trabajar en domingo.

¿Y si ahora encendía el dividió y miraba una película? Eso le ayudaría a olvidarse de todo lo que le estaba molestando hasta hacerle sentir punzadas como de aguja fina debajo de la ceja derecha.

Ya que estaba acordándose de Santiago, quiso darle su poco de memoria a las noches de música y farra, una tras otra, pero —muy especialmente— la noche en casa de Eduardo Peralta, chileno bienamado de la gente y excelente anfitrión. Allí había conocido a una cantante con la autoestima de un jugador de Racing Club y el potencial artístico de una Shakira: Ximena Herrera. Hmmm, las sábanas de la casa de Peralta no eran azules. No, tampoco la vaina iba por ahí. Sólo se acordaba de haber cantado al tope de sus pulmones una canción por demás trillada y típica de karaoke, y de haberle rogado a la tal Ximena que durmiera con él en la misma cama “como hermanitos nomás”, porque temía que el anfitrión quisiera consumir sus artes amatorias con él porque era el invitado de honor.

¡Putra madre! Ya había comido bien, y bebido suficiente alcohol como para nivelar su temblor, pero el dolor de cuerpo no se le iba. Es más, estaba triplicando su intensidad. Era como...

Como un mazazo. Por doble partida. Su memoria, como un mazazo grande y abrupto se le estrelló en cada onza de su cerebro, pesándole como una vaca en brazos: las sábanas de la vecina eran azules. Por otro lado, sus ojos, que recorrían su reflejo parado frente al espejo de cuerpo entero del dormitorio, le avisaban de otro mazazo más literal: el que le había dejado el ojo izquierdo de un verdoso crudo, como inacabado de golpear y varios cardenales en los brazos y piernas —más que verdes, violáceos—. Sacándose el pijama, vio que el hombro derecho acusaba un golpe más fuerte que el resto, estaba negro. Cerró el ojo amoratado y, sin siquiera un asomo de advertencia, se vio en su memoria inmediata con una claridad que no hubiese querido: Ahí estaba él, agarrando su pene con la mano derecha, bailoteando alrededor de esa cama de sábanas azules deshecha, meándole a su contorno como delineando el territorio que esa mujer tan pendeja le negaba desde hacía once años. Lo marcaba como hacen los perros, orinando y gritando como un desquiciado. “Me cago en tus comunicaciones; me cago en tus argentinos”, le decía mientras derramaba en torno a esa cama que él creía demasiado nueva, un reguero de orines de un amarillo puro que refulgía a la luz de una lámpara de pie.

Oigan al payaso que canta, cuántas penas en su garganta; junto a su copa de licor, solo; esta noche no luce su ropa, sin embargo le llaman Pierrot... Asustado, Miguel Monzón se tocó los riñones y lanzó un quejido ahogado: en su humanidad que paulatinamente iniciaba la desalcoholización, sintió una vez más el puño furioso de la vecina, descargándose con fuerza. El peso de toda la artillería de esa mujer se acomodaba con precisión quirúrgica, en sus zonas más vulnerables; en los riñones, los muslos, los hombros, el plexo solar y la cara. ¡La cara! Ahora tenía el ojo izquierdo casi cerrado, el labio superior descosido en la parte derecha y, cruzándole la frente, tres largas uñas le habían cavado un surco sangrante de sien a sien.

Encogido, se acostó a gemir sus hematomas en voz alta y a dormir con el recuerdo del puño diestro de la pendeja golpeándole, sus nudillos encajándose uno a uno y estrellándose en su cuerpo hasta hacerle caer al suelo y rodar fuera del dormitorio hacia el pasillo, la puerta de calle, el ascensor y la salida; lejos de su cama, de su casa y de sus días.

Me llevo, como un capricho burdo, la esperanza escondida en el zurdo, que el diablo se apiade de mí...

EL OJO DE DIOS, EL ROSTRO DEL TIGRE

Francis Schwitzgebel Torres

*This earthly circle I know well enough,
Towards the Beyond the view has been cut off;
Fool – who directs that way his dazzled eye,
Contrives himself a double in the sky!
Let him look round him here, not stray beyond;
To a sound man this world must needs respond.
To roam into eternity is vain!
What he perceives, he can attain.
Thus let him walk along his earthlong day;
Though phantoms haunt him, let him go his way.
J.W. Goethe (Faust)*

Con buena planificación y tecnología relativamente simple, un pequeño grupo de personas bien podría repetir estos patrones –cientos de líneas simples y patrones geométricos que arañan la planicie, y más de setenta figuras animales y antropomorfas– en cualquier lugar, sin necesidad de remontarse en el aire. Las figuras pueden ser observadas desde los cerros aledaños, contrario a lo que dicen los mitos modernos, tejidos por más de un charlatán para vender millones de libros a las masas que apenas entienden lo que leen, y desean, más que nada, darse aires de eruditos por el simple hecho de ser vistos sosteniendo un libro de un autor extranjero cuyo apellido parece más un estornudo que el de un legítimo arqueólogo. María Reiche se aferró, casi hasta el momento de su muerte, a la teoría de que estas figuras operaban como un calendario antiguo, apuntando hacia constelaciones y estrellas que marcaban el inicio y cierre de los ciclos agrícolas. La epifanía, sin embargo, le llegó tarde.

Las manos de mi mentora crujían como pergamino entre las mías durante esas últimas horas; su cuerpo –tan árido como las planicies a las que había entregado su vida, en pos de descifrar, entre sus cicatrices, el secreto encomendado por antiguas gentes– temblaba aliviado, presintiendo la cercanía de la muerte. En las afueras del hospital de Lima, yo sabía que eran los vientos de Nazca los que aullaban angustiados, impotentes mientras la última y más sagrada de sus sacerdotisas se aferraba, sin mucha fuerza ya, a los tenues hilos de vida que aún corrían en ella. Fueron ellos, tal vez en un desesperado intento por retenerla, quienes le susurraron el último de los secretos, la clave que recién ella, ahora con los ojos ciegos, pudo entender.

La habitación se llenó de silencio. Salté de la incómoda silla donde pasaba mis noches acompañando a María esperando lo peor. La hallé despierta y quieta, como si con sus últimas fuerzas habría logrado exorcizar los demonios trémulos de Parkinson. Sus ojos brillaban con una terrible lucidez o insana locura. La llamé por su nombre, le ofrecí agua, llamar a la enfermera, bajarle el cielo, llamar la marea, partir la tierra, todo lo que se me ocurrió que pudiera desear una mujer al filo de la vida. Me sonrió y señaló que me acercara. Lo hice. Me pidió que me acercara más. Lo hice. No fue suficiente. Con garra férrea, poseída de una fuerza que venía más del otro lado que de este, me agarró del pelo. Sometí mi instinto de retirarme y aguardé, ratón bajo una temible zarpa felina. Ella puso sus labios resecos contra mi oído.

“Gottes Auge, das Gesicht des Tigers!”

El ojo de Dios, el rostro del Tigre. La frase estaba totalmente fuera de lugar. Y aunque habló más con aliento que con voz, pude distinguir muy bien que lo dijo, enunciando con tanta resolución que parecióme que escuchaba a la misma mujer que se burlaba constantemente de mí, cuando llegué a su puerta, hace casi media década, aferrada a mi título universitario cual fuera un escudo, y a mis esperanzas de descubrir, en mi juventud, las respuestas que me habían impulsado a estudiar arqueología andina.

Quedé así, inmóvil, incluso mucho después de que me di cuenta de que había dejado de respirar. Apenas si me moví incluso cuando entró Viktoria y destejó mi pelo de entre los dedos rígidos de María. Mi rostro se hallaba húmedo todavía. Nos abrazamos, Viktoria y yo, por la pérdida de nuestra amiga.

No asistí a su funeral ni a su entierro; tenía poca afinidad con los cadáveres. María había vuelto a donde pertenecía, a esas planicies inescrutables que recién ahora, yo sabía, leía como las cartas de un amante que prometió volver. Salí a buscarla, pero sólo me topé con la peor de las plagas: legiones de turistas ávidos por sacarse una foto al lado de la gringa loca que estudiaba las líneas de Nazca. Nada les dije de su muerte. Simplemente les di, aparentando la cortesía más genuina posible, direcciones increíblemente convolutas, hablando rápidamente y escudándome en mi exagerado y falso acento extranjero —un cruce entre Marlene Dietrich y un científico ruso con más de un tornillo suelto— para asegurarme que las indicaciones se hicieran todavía más equívocas. Cada

vez que me preguntaban algo, les sonreía estúpidamente y asentía como ganso. Ellos me devolvían la sonrisa, confundidos, presintiendo que cualquier aclaración mía simplemente terminaría por aturdirlos aún más. Retorné a la casa de María, riéndome silenciosamente, sabiendo que ella me hubiera reprendido con severidad. Sin embargo, el brillo de sus ojos delataría que la idea de rechonchos turistas norteamericanos perdidos en el desierto peruano, armados con cámaras y parasoles para protegerse del inclemente sol altiplánico, buscando a una arqueóloga muerta y enterrada días antes, le parecía perversamente delicioso.

Durante unas semanas, nada hice por entender sus últimas palabras, al menos no conscientemente. La morfina la tuvo balbuceando por días, y poco de lo que decía desde entonces tenía sentido alguno: retazos de diálogos con su madre desaparecida, versos de canciones de cuna en aymara y coloridas profanidades que mandarían al marinero más tozudo corriendo a pedir asilo a la iglesia más cercana. Viktoria, quien la conoció muchos años antes que yo, me dijo que en una ocasión la había sorprendido recitando un poema de Blake, en su inglés puntuado por las asperezas del alemán. Todos los desvaríos de una anciana moribunda más que comprensibles, son bienvenidos: nos hacen creer que se hallan en estado de gracia, que se hallan lejos de las mareas del dolor. Es su lucidez lo que tememos, no sólo por la consciencia de su propio sufrimiento, sino porque creemos que la cercanía de la muerte les permite ver —o peor, decir— cosas que preferimos desconocer.

Diría, si me lo preguntaran, que la coincidencia hizo que hallara las fotografías de las líneas. Lo diría con voz firme y resoluta, sin manos temblorosas y mirando directamente a los ojos de cualquier inquisidor, tal como lo hace toda persona que ha refinado la mentira a filo de navaja, a través de práctica constante y recitada frente al espejo, a solas, hasta llegar a creerse cada palabra, hasta reaccionar con enfado controlable y razonado cuando surgiera la mínima duda de su integridad. Es fundamental reaccionar controladamente, y, además, evitar toda divagación, cuando se es cuestionado: ayuda a continuar argumentando hasta despejar toda incertidumbre a satisfacción.

Además, era cierto. Había hallado las fotografías satelitales de María por coincidencia. Buscaba unos libros que le presté antes de que la internáramos por última vez en el hospital. Uno de ellos era *El Libro de Obras Divinas*, de Hildegarda de Bingen, una mística del siglo XII, que resulta sorprendente

por la forma en que la autora fusiona reflexiones sobre arte, ciencia y religión, a través de un lenguaje simbólico con elementos extraídos de diez visiones. Hildegarda mantenía correspondencia con las principales autoridades de su día, desde el Papa, arzobispos y reyes, hasta personas laicas, siendo respetada por sus escritos que, decía ella, provenían de una fuente divina. En la actualidad se cree que ella sufría de potentes migrañas y que éstas eran la verdadera fuente de sus visiones. De todas maneras, sus textos ofrecen una perspectiva profunda acerca del imaginario existente en torno del cuerpo y el mundo en la Edad Media y era uno de los libros favoritos de María y mía. A veces solíamos hablar durante horas acerca de algunos pasajes, especialmente los referidos a la creación del mundo, que ella describía como un círculo cuya parte superior estaba hecho de fuego luminoso y la parte inferior de fuego negro; cuatro cabezas de animales se hallaban en las cuatro esquinas de este aro hecho de fuegos. Uno de ellos era un tigre, de cuya boca emanaba una niebla que se transformaba en una infinita serie de animales lunares, uno engendrando al otro con nada más que aliento, uno conteniendo y liberando a otro. El carácter de nuestras conversaciones nada tenía que ver con fervor religioso, en absoluto. María y yo teníamos poca paciencia para cualquier devaneo pseudocientífico y así debía ser, especialmente cuando nuestras investigaciones generalmente atraían a personas más interesadas en saber si nosotras habíamos visto alguna vez a los extraterrestres que utilizaban las planicies como campos de aterrizaje. Durante mis primeros días con María, solía reírme de esas preguntas, pero el tiempo me enseñó a ignorarlas cortésmente y cambiar de tema lo más pronto posible. Tratar de responderlas durante una conferencia o mesa redonda simplemente otorgaba a estos charlatanes el viso de respetabilidad que tanto necesitaban para vender sus teorías de ciencia ficción de cuarta categoría.

Recuerdo que una vez, al abrir mi correo electrónico, una amiga me había mandado una carta cadena detestable (¿existen, acaso, de otro tipo?) que leía “La Foto Increíble: Cada 3.000 Años”. La presentación mostraba una formación celeste conocida como la Nebulosa de la Hélice y mi amiga afirmaba que con simplemente ver la foto uno podía pedir un deseo que se cumpliría, simplemente con reenviarla a siete personas. Mi amiga, que hasta ahora yo suponía era una persona crítica y racional, había titulado la foto “El Ojo de Dios”. Personalmente, me parecía otra parte de la anatomía, y muy específica de la mujer. Mostré la carta a María y ella estaba de acuerdo. Decidí reenviar la presentación a mi amiga, junto con mi deseo: “Que nadie

que ignore la diferencia entre ojo y vagina tenga la dicha de gozar de ninguno de los dos”. Además, le agregué un post data: “La nebulosa es visible todos los días. No cada 3.000 años”. Nunca más recibí otro correo suyo.

No hallé correspondencia alguna entre las últimas palabras de María y el mencionado correo electrónico. Había demasiado tiempo entre ambos hechos como para que se pudiera argumentar alguna simultaneidad significativa, un prenocimiento terrible de lo que ocurriría en el momento en que yo abriera el sobre manila y ordenase su contenido fatalmente, siguiendo una suerte de armonía preestablecida oculta que algo había despertado en mí: la muerte de María, quizá, o el rugir de los vientos de Nazca que había llegado a un crescendo ensordecedor en estas últimas semanas, un rugido que parecía venía más del mar que del cielo. Ahí estaban todas las figuras que conocía de memoria: el colibrí, el mono, la araña y los hombres. Pero había otros más, que no eran de Nazca. Algunos los había visto en ilustraciones en mis libros de texto universitarios. Otros me eran totalmente desconocidos.

Coloqué cada foto primorosamente en el suelo, sin intención de establecer orden alguno. Ahí estaban todos: desde los enigmáticos gigantes de Atacama, Cerne Abbas y Wilmington, hasta los caballos blancos de Cherhill, Westbury, Uffington y Killburn; también estaban las líneas de Sajama, y Jumana, líneas rectas que cruzaban la tierra cual estelas de miles de agujas, alineaciones y patrones que no tenían sentido por sí mismas. Arreglé las fotografías alrededor mío, como pétalos arcanos de un enorme loto de brasas blancas y llamas negras. Y yo, centrada en la corola, podía verlo todo a la vez. Temerosa, opté por conjurar el azar y desordenar más aún la disposición de las imágenes, pero mis esfuerzos tenían el efecto contrario. Mientras más barajaba, más se evidenciaban que formaban secuencias dentro de una urdimbre mayor en la cual los geoglifos tan sólo eran un elemento más, que resonaba con las formaciones telúricas naturales visibles desde el cielo, el cauce de los ríos, las grietas de las cañadas. Entendí mi lucidez como una maldición—cada configuración me parecía un nudo, cada línea una hebra vital buscando a las otras, amarrándose en una sola constelación— un rostro bestial, viviente, que no me atreví a nombrar, pues me devolvía la mirada: demasiado pavorosa para la visión de una sola persona. El cuadro total me reveló que mi azar, el azar de todos, no era más que una construcción erigida para refugiarnos de una realidad mayor, amenazante, una circunstancia acechándonos constantemente como si

fuéramos gacelas en la mira de ojos que brillaban en la oscuridad con fuegos gemelos de cruel ámbar y cálida miel.

La razón no alcanza para entender siquiera un solo amanecer o el capricho de una nube, mucho menos el sentido del mundo. Para eso tenemos el instinto, que aflora en esos instantes en que necesitamos quietud en el torbellino, brotando de ese lugar sin hueso en el mismo centro donde nace aire y sangre, para reemplazar el entendimiento con temblor, la percepción con presciencia, surgiendo para proteger el alma. Y así, me di a la fuga.

No sé cuánto tiempo busqué refugio en el desierto. Lo conocía bien, lo suficiente como para saber qué plantas me podrían sostener y el silencio me era más que bienvenido, era una venda fresca para las heridas frescas de mis ojos. Pero en las noches se llenaba de voces. La epifanía, presentía, aguardaba a cada paso y el silencio y la soledad de la tierra más remota podrían detonarla en cualquier instante, rebasando todos los cauces de lo que me quedaba de sanidad. Cada gota de sangre que brotaba diamantada de mis manos reseca dibujando un hilo vívido de escarlata pulsaba con promesa, instigando la revelación. Cada espiral dibujada por la brisa sobre la tierra se enroscaba, una serpiente-Nirvana que se erguiría, hipnótica, con espléndidas fauces doradas manando negro veneno de olvido. Por ello, opté por refugiarme en otro desierto, menos familiar para mí, luego de tantos años en las altiplanicies: la ciudad.

Era ruido y caos lo que necesitaba para reestablecer la incoherencia cotidiana tan vital para la mantener el juicio. La anonimidad urbana me dio sosiego, al menos al principio. Empero, saber que el motivo de mi fuga se hallaba próximo me llenaba de ansiedad. Crucé la frontera al país más cercano, en barco, esperando que la náusea que inevitablemente me provocaba el viajar sobre agua anulara el sentido de vértigo del germen de la visión expandida. El ritmo y enunciación del idioma, los tumultos y gentíos coloridos me hicieron sentir más extranjera que nunca. La tarea más burda —pedir un café, comprar cigarros— se volvió en un acto de sobrevivencia extrema, aquí ya no había campo para lo inefable.

Descarté de inmediato todo residuo de mi vida pasada; de ahora en adelante, mi vida, decidí, se limitaría a la superficie de los sentidos, a la piel viva del aquí y ahora. Encontré trabajo en un café concurrido, hice amigos que nunca me conocieron, hallé amantes que jamás me tocaron. El neón y el tráfico de La Paz me arrullaba por las noches y el despertador me

quebrantaba el sueño vacío cada mañana: durante años, una vida de excesos y abstinencias incongruentes.

Ocurrió en el día perfecto. Alguien, tal vez una de mis compañeras de trabajo, tal vez nadie, en realidad, había dejado un boleto inocuo en mi. Era una entrada para un partido que se habría de jugar en un par de horas más. Una celebración o algo parecido, conmemorando el centenario de alguno de los equipos locales. Nada más lejos de mi vida previa que un inofensivo partido de fútbol, pensé, y guardé el papel en el bolsillo, dispuesta a dejárselo al cocinero, que sabía lo disfrutaría más que yo. Había tomado el día libre. Lo dejé a un muy agradecido ayudante de cocina.

Al menos eso pensé haber hecho.

Salí del café, por la puerta delantera. Caminé, sin rumbo. A pesar de todos mis devaneos, finalmente llegué a donde tenía que llegar. Todavía tenía el boleto en mano. Lo entregué en la puerta. Ingresé a la arena.

Caminé por pasillos oscuros, catacumbas cargados con el aliento retenido de multitudes, el silencio más sacro para el más profano de los juegos.

El capullo presente el momento cuando se habrá de partir, cuando es demasiado tarde. Toda resistencia, sin embargo, es inútil. La savia termina por hinchar los pétalos durmientes hasta que la flor se hace inevitable.

Salí a la curva más lejana de la arena. Un asiento me esperaba. Ocupé mi lugar sin observar a mi alrededor. Todos me esperaban, hacía tiempo. De la negación absoluta del misterio, mi alma no pudo sino tocar el extremo opuesto. Y ahora, libre de esta jaula de carne, acogí la visión en mi seno.

La tierra explotó en una ola de negro y dorado, un tejido infinito sin otro fin más que sí mismo. Vi un mundo de tigres —no, en realidad, vi un mundo, un tigre, un solo rugido hecho del viento de mil pulmones— un rugido que el cielo supo responder, un ser de exquisito instinto. La bestia que me acechaba, me di cuenta, no era otra que la que llevaba dentro. El éxtasis no conoce de tiempos, ni diferencia lo insano de lo místico; los absolutos son potencias. Aquí me hallaba en el centro del mundo y por encima de él, bailando entre las hebras del cosmos, tejiendo el final y el principio de mi peregrinaje. Todas las maravillas nacieron del mismo espíritu, comprendí, mientras me elevaba por encima de mi efímera jaula de carne, no en veneración piadosa de los cielos, sino para su envidia.



la Chela, el cholo, la chola, las cholitas...
la Chupa, el Chupa, la michada, el negro,
las negras, las rubias... bien frías!

TIGRE PARA EL TANGO

Alan Castro

A la memoria de mi abuelo

Nadie le sacaba de la cabeza que era un tigre para el tango. Y no había por qué sacarle nada; pero la duda no me permitía verlo, auténticamente verlo, sin tramar sin motivo su presencia imposible, ni tacharlo de loco de remate. Mi titubeo se alimentaba de dos fuentes: el tango y el tigre. Muchos lo habían visto bailar (me incluyo entre ellos), pero un experto en tal danza hubiera pensado que se estaba haciendo la burla. Por otro lado me parecía imposible creer que un tigre baila mal. Tampoco tenía muchos argumentos para pedirle una aclaración personalmente, porque él hubiera resuelto el asunto repitiendo que es un tigre para el tango y yo me hubiera sentido un imbécil. Si bien podríamos poner en duda la habilidad de los felinos para coordinar sus movimientos al ritmo de un bandoneón, también intuimos, no sé cómo, que los tigres bailan bien. Y así él se mandaba la parte; porque hasta los más incrédulos se quedaban con el pico cerrado ante su fantástica afirmación. Algunos comentaban que hay certezas desmarcadas de la razón. No se puede probar la habilidad de los tigres para el tango, pero sabemos que algo tiene de irrefutable. Los arrimados a postulados científicos aseveraban que las acciones de los animales silvestres están determinadas por los silbidos del viento y sus repercusiones en los campos, y que sus sentidos son inseparables del ritmo biológico de la tierra; por tanto un tango escuchado insistentemente en la selva, si bien provocaría cierta perturbación con sus primeras notas, finalmente terminaría revelando que las aptitudes de sobrevivencia más exitosas sólo pueden darse cuando el ritmo que rodea al ser engrana con los sutiles estímulos eléctricos que, internamente, desencadenan el movimiento del cuerpo. En todo caso, toda discusión en torno a este personaje no era una búsqueda de argumentos para enfrentarse con él, ni alentar a que ofrezca explicaciones; queríamos, más bien, librarnos de esta ridícula –pero creciente– perturbación o, por lo menos, avizorar la razón que nos impedía rechazar por completo una afirmación tan categórica y a partir de ahí ya se verá.

–En primer lugar –dijo el barbudo Pancho–, debemos aceptar que estamos hablando macanas, y ya es el colmo de la ociosidad reunirse exclusivamente para conversar acerca del Tigre para el tango. Además es

un tema interminable y estamos condenados al fracaso si pensamos llegar a una conclusión satisfactoria.

– ¡Sí! –respondí, animado–. Es infinito. Por eso hablaremos nomás. ¿O quieres romper la sagrada regla del devenir?

–No me saltes con sermones, ¿ya? Uno se cansa. Eso es todo.

–¿Cómo va a ser todo, si ni siquiera hemos empezado la conversación? Es flojera nomás. Yo diría que estás cansado de escapar del tema, y buscas solucionarlo tachándolo de inútil e irresoluble. De otra manera no estarías aquí, sentado con nosotros, sabiendo bien a lo que hemos venido. Así que te vamos a ayudar a sacudirte la fiaca, pero no trates de contagiarla al resto, porque nos vas a asustar.

–Es que hay algo, más allá del tema tratado, que me preocupa. Ha cobrado tanta importancia... Me siento a veces avergonzado por tratarlo más de lo que tratamos la pobreza del país o la tristeza del mundo. Sin embargo me concierne de manera particular, y mi alegría estaría en riesgo si me dejo vencer por penas mayores.

–Buen punto –sonrió el Perro Soler–, porque la alegría radiante del Tigre para el tango es el rasgo definitivo para consagrar la verosimilitud de sus expresiones. No quiero idealizarlo, pero su buen humor es notable.

–La disposición es el humor que falta para animar la charla.

Un bigotudo con corbata gato, camisa blanca y peinado lamido trajo dos cervezas.

–La disposición de las botellas –bromeó el mozo, poniéndolas sobre la mesa –. Luego se fue haciendo un gesto con su dedo índice, sin dejar de mirarnos, y agitándolo como diciendo: “sé de lo que están hablando, muchachones”.

– ¿Comenzamos por el humor, entonces? –dijo el Perro Soler, aquietando las risas y atrayendo la atención–. El humor es un líquido. Nos lo acaba de recordar el amigo que puso estas botellas sobre la mesa. Y no estoy hablando de alcoholes, sino de química biológica en general.

–Claro. Con eso de que se asientan los humores cuando tus pies se hinchan... retención de líquido... –acoté.

–Sí. No hay que dejar asentarlos. –Empezó a llenar los vasos–. El humor necesita movimiento, al igual que la danza, para ser buen humor.

—Es decir que debería ser buen nadador el buen bailarín. Como eso de nado sincronizado —empezó a entusiasmarse el Pancho.

—Tan bueno que su cuerpo ya sea como una partícula más del fluido.

—Yo sé que cruzaba el estrecho de Tiquina cuando le daba la gana. Pero el lago... ¿acaso no es más bien estancado? No va a ningún lado, está ahí nomás. El nadador sería más bien una mínima gota de esa masa acuosa, que entra y sale cuando le da la gana porque no se siente un habitante del lago, sino un pasajero consuetudinario —opiné.

El Perro se quedó pensativo. Pancho sorbió su cerveza y palpó sus bolsillos nerviosamente.

— ¿Tendré cigarros? —murmuró.

—Me hiciste preguntar algo —dijo de pronto el Perro Soler—. ¿Es posible bañarse dos veces en el mismo lago? Porque si el lago permanece y el hombre es pasajero, no será que el lago se pregunta: ¿Es posible bañar dos veces al mismo hombre?

—El Lago no se pregunta cosas —saltó de pronto, saliendo de su mutismo, el Tito Santiago—. Responde nomás.

— ¿Y qué responde a esto? —sonreí.

—Que no se va a quedar callado —sonrió—. Pero hablando en serio, aclaremos la pregunta.

—A ver... ¿En que se diferencia el líquido del fluido?

—El líquido es estado líquido, el fluido es verbo en pretérito perfecto, un tiempo indicativo del presente. Pero el Lago ya ha respondido que no se pregunta cosas. Es decir que un buen nadador, si ha cruzado como se debe el estrecho de Tiquina, y se ha confundido con el lago mismo, como decía el Perro, solamente sabe responder.

—Entonces sí, es nadador. Ninguno se anima a preguntarle nada porque parece que estuviera respondiendo a nuestra pregunta todo el día, y quedaríamos como unos tontonazos si le exigimos explicaciones o verdades —inferí.

—Muy bien. Es nadador. ¿Y ahora? Estas filosofeadas me caen pesadas. No quiero menospreciar ningún vericuerdo de este camino, pero a modo de participar en él propongo que hablemos de su ropero —se acaloró el Pancho, esgrimiendo un cigarro recién encendido que le otorgaba no sé qué confianza.

– ¿Cómo así te acordaste de su ropero mientras hablábamos del Lago y la natación?

–Porque su ropero se llama Arca de Noé. El diluvio, el agua, etc. Así se llama su armario. Y, como es normal, sólo sus familiares más cercanos le han echado un vistazo.

– ¿Cómo sabes que se llama Arca de Noé?

–Porque tengo un texto sobre el tema, escrito por su nieto. Es una especie de apología a su abuelo para no sé qué homenaje público. Supuestamente tenía que ser publicado en una revista o un libro de memorias del club deportivo al que pertenece. Es un miembro destacado de tal club. Ganó algunas medallas en natación y ciclismo, pero no lo respetaban tanto por eso, sino porque gritaba a todo pulmón. En serio... Aunque les parezca raro. Es reconocido por su grito. Incluso había gente que iba a su casa sólo para pedirle que lo haga.

–Un vozarrón inolvidable –dijo el Tito.

–No es que quiera eliminar mi facultad para asombrarme –dijo el Perro Soler–, pero todos conocemos eso. Sabemos que era un hincha de largo aliento. Admito que es inusual el reconocimiento público de un hombre por su grito. Todavía no se me ocurre ningún ejemplo en la Historia Universal con tal característica. Pero esa cualidad tenía un fundamento más íntimo que, tal vez, encontremos en su ropero.

– ¿Ése es el texto? –le pregunté al Pancho, extendiendo mi mano para tomarlo–. Lo voy a leer.

Si hay algo que me fascinó de mi abuelo fue su manera de guardar las cosas. Siempre que tenía en sus manos algún objeto que le atraía se lo llevaba a su cuarto y lo metía en su ropero. Y ése ropero tenía un nombre: el Arca de Noé. Cuando yo era niño el contenido de ese ropero adquiría dimensiones fabulosas. Era un mundo oculto, habitado por las imágenes que almacenaba mi abuelo, y que en mi imaginación adquirirían una vida con la que podía tejer innumerables historias. Recuerdo alguna vez haber visto dentro de este ropero algún objeto mío, que había dejado por descuido en algún lugar de la casa. Era un juguete, un jeep negro de 20 centímetros, con franjas doradas. Lo quise sacar, pero por un motivo que no recuerdo, lo dejé ahí. Esa misma noche mi abuelo supo que alguien había estado hurgando sus cosas, y se hizo al resentido conmigo. Cada cosa tenía su lugar, y adentro reinaba un orden que mi abuelo conocía al pelo.

Su criterio de selección me pareció arbitrario. No entendía qué cosas entraban en su ropero y qué cosas no. Encontrabas una servilleta de papel, peluches, cajas de fósforos, tajadores raros, puntabolas, pelotas, fotos, cordones, herramientas, periódicos, artefactos electrónicos, ropa nueva, envases de todo tamaño, incluso una radio sin estrenar. La mayoría de los objetos eran amarillo y negro, los colores de su club; sin embargo intuí un lazo menos obvio en esa antología de cachivaches. Hace unos años me di cuenta que todos eran recuerdos, y no tuve otra salida que ponerme melancólico.

Tengo la certeza de que los pequeños gestos de un ser humano dan la clave para acceder a su personalidad. Mi abuelo tenía una memoria privilegiada. Toda su vida está resumida allí, en las cosas que, convertidas en sentimientos, guardaba con un cariño inmenso. Así lo recuerdo yo. Pero siempre sentí la urgencia de relacionar mi percepción con su faceta más compartida con las multitudes, la del famoso grito; porque siempre he creído que ningún gesto está separado de otro, y que todo obedece a una motivación fundamental. Mi abuelo defendía todos sus recuerdos para seguir con la construcción de su vida. Y luego salía a gritar por los colores de su Club. Desde hace tiempo que mi abuelo, transformado en sentimiento, habita otra Arca de Noé, más amplia. Y ahora, como sola voz haciendo su camino entre el bullicio, hace retumbar los oídos para que el eco nos pinte las cosas guardadas en la oscuridad de nuestro ropero.

—Las apoloías suelen ser melosas, y esta no es la excepción —dijo el Perro, sumamente serio—. Su cursilería se hace más evidente en el último párrafo, pero curiosamente es el que más claramente señala lo que estamos buscando: Las cosas convertidas en sentimientos y el vozarrón uniendo el secreto orden de los cachivaches del ropero.

— ¿Pero qué tiene que ver con ser un Tigre para el tango? —pregunté, con miedo de que la conversación se disperse demasiado.

—Permíteme, por favor... —dijo el Perro, mirando al Pancho, que se preparaba para tomar la palabra—. La visión pública se ilumina con la visión íntima, con la visita a su armario. La oración “mi abuelo defendía todos sus recuerdos para seguir con la construcción de su vida”, aunque de corte romancón, nos da la pauta para comprender lo poco que sigue, y nos señala no sólo la transmisión infinita (micro y macro, del cachivache a las multitudes) de un sentimiento, sino, según intuyo, la necesidad innegable de esta conversación.

– ¿Cómo es eso último? –me puse preguntón.

–No te apresures –me sugirió el Pancho, repentinamente reflejado en mí.

–A ver... ¿Qué son los recuerdos? –se preguntó a sí mismo el Perro Soler, para que todos lo escuchemos–. Son sentimientos, según la apología leída; pero además son cosas, cachivaches guardados en el ropero por razones, a simple vista, incomprensibles. Ese jeep mencionado, más allá de que sea dorado y negro, los colores de su club (vestidos casi exclusivamente los días del grito), era un juguete olvidado en la casa por el nieto, tirado por ahí seguramente. El nieto lo olvidó, se aburría seguramente de jugar con él; y el abuelo reconoció ese gesto, ese aburrimiento con posterior fuga (seguramente porque sintió lo mismo alguna vez) y se lo guardó no sólo para no olvidarlo, sino para incorporarlo y quererlo junto a otros gestos guardados en la tal Arca de Noé. La radio nueva y la ropa nueva, sin estrenar, no pueden ser otra cosa que regalos jamás usados; pero los tenía ahí, como materia concreta de un sentimiento obsequiado por quién sabe quién.

–Y eso del Arca de Noé, del mito bíblico... –comenzó a cranear el Tito Santiago–. Es como si guardara los sentimientos para que se reproduzcan, para evitar su muerte a la hora del embotamiento total. ¡Para que no se hundan en el Lago!

–Claro. Los tesoros que ilusos extranjeros buscan en el fondo del Lago están en el ropero del Tigre para el tango –se me dio por bromear–. Lo malo es que sólo encuentran el negro y nunca El Dorado.

Las risas, aunque tímidas, se dejaron escuchar.

– ¿Ves? Igual se acabó uniendo el ropero, la natación y el Lago. Mi intervención no fue tan al pedo –observó el Pancho, apagando su cigarro en el cenicero, y simulando una mirada de suficiencia comiquísima.

– ¿El buen nadador es, entonces, su ropero? –nos sorprendió el mozo con sus bigotes, que había estado parado detrás de nosotros y traía dos cervezas más.

–Ese grado de abstracción ya está medio chistosito, pero diría que todos los sentimientos guardados en el Arca de Noé son como las partículas del nadador: tensan y mueven juntos el cuerpo total de quien sabe cruzar el estrecho de Tiquina –dijo el Perro Soler, mientras el mozo acomodaba las cervezas cuidadosamente en la mesa, sin dejar de mirarlo y sin que se le mueva un pelo de su bigote.

—Entonces es como un gran baile ahí adentro —dijo el mozo, y comenzó a agitarse estrepitosamente, moviendo sus manos como un gitano implorando algo al cielo y levantando los pies como un ruso poco entrenado en la danza de los cosacos. No pudimos contener ni la risa ni el aplauso.

— ¿Por qué no hizo eso desde un comienzo? —le pregunté, entre farfullas heredadas de la risa, y con la intuición de que algo había quedado resuelto.

—El camino hay que recorrerlo, mi hermano —me dijo el Pancho, sin dejar de mirar al mozo, que ya se retiraba dando pasos hacia atrás, sin dejar de mirarnos ni de hacer monerías al son de las palmadas en su charola.

— ¡Un Pingüino para la Tarantela! ¿no? —exclamó el Tito Santiago, sabiendo bien que su afirmación no despertaría opositores.

—Bueno. Creo que la sospechosa cabalidad del tango ha sido resuelta —se puso serio el Perro—. Ahora queda lo del tigre. No crean que no he escuchado que le ha dicho pingüino al mozo, un animal dado a una danza innombrable, pero con un parentesco encomiable con la tarantela.

—Entonces, ¿por qué se resolvió el tango y no el tigre? —preguntamos al unísono el Pancho y yo.

—Porque el tango no importa. Lo que bailaba el mozo no era tarantela, pero nadie se atrevió a negarlo, porque nuestro limitado idioma no puede nombrar las danzas de todos los seres del mundo. Todos los que vieron bailar tango al Tigre para el tango concuerdan que si bien eso no era tango, irremediamente era tango.

—De acuerdo. Pero el Pingüino era pingüino por su camisita y su trajecito. Por tanto, podemos inferir que el Tigre es tigre por estar vestido de amarillo y negro, con lo que el tigre también quedaría resuelto —me animé a polemizar.

—Sí hermano —continuó el Perro Soler—. Pero el tigre y el pingüino son animales diferentes. En cambio la tarantela y el tango, aunque nos dan alguna pauta, son esencialmente lo mismo, y no tienen la misma fuerza transmisora que los animales detrás de su coreografía. Además que el Tigre para el tango, que yo sepa, bailaba con la ropa que le daba la gana, y usaba el amarillo y negro casi exclusivamente para gritar.

Me quedé mudo, pensando que esta conversación no terminaría jamás.

—Muy bien —interceptó el Tito—; pero esa pequeña pauta que nos da la danza, cualquiera de las dos, es porque importa nomás, y me ofende que las menosprecies.

—Sí, tal vez decir que “no importa” fue una torpeza mía; pero la parentela de la tarantela (anoten la rima) y el tango ayuda a iluminar al Tigre, y no viceversa. Eso quise decir. Y disculpá, Tito, si te he ofendido.

—El mozo parecía bailar tarantela —opiné— porque golpeaba su charola como una pandereta y daba patadas breves al aire. Sin el sonido de los azotes a la charola su danza hubiera sido un espectáculo que sólo hubiera desatado risas, pero no aplausos.

— ¡Exacto! —se paró de su asiento el Perro, con una mirada que me hizo recuerdo a las exageraciones enajenadas de algunos actores de teatro—. ¡Ahí está! Los golpes a su bandeja nos contagiaron el impulso de aplaudir, porque nosotros no tenemos charolas, ¿se dan cuenta? El pingüino nos contagió un sonido, un ritmo para poner nombre a su baile, y nosotros aplaudimos; es decir: nos conmovimos, nos movimos con él, alrededor suyo. Por un momento el pingüino nos unió a todos, nos contagió no sé qué espíritu festivo, lúdico, y despertó el mismo baile en cada uno. Y lo mismo sucede con el Tigre para el tango, aunque aquí no importa el aplauso, sino el grito.

— ¿Acaso gritaba mientras bailaba tango? —se puso cargoso el Pancho.

—Por eso decía que el tango no es lo principal. El carácter del tango está en la seducción, y con eso tiene que ver la certidumbre del Tigre para el tango. El mozo, por ejemplo, nos sedujo con su charola. El Tigre seduce con su grito, porque ese rugido sale de él con la certidumbre de ser secundado, de ser repetido innumerables veces, en otras voces, en todas las voces. Al recolectar chucherías en su ropero está guardando los deseos y las ansias dionisiacas de un montón de gente. Además se alimenta de esos murmullos para construir su vida, como dijo su nieto, para el continuo empuje de su grito. El grito congrega a todas las vocecillas guardadas en el ropero. Los colores de su club son el amarillo y el negro, su evento favorito el fútbol. Primero contagia a los jugadores, en la boca del túnel, antes de entrar a la cancha, para que bailen al mismo ritmo. Lo que hacía era contagiar un deseo que los unía a todos, que los hacía Equipo más allá de los gustos de cada uno, o de que uno sea un Pájaro, el otro un Chanco, el otro un Zorro, un Mono, un Sapo, un Chocolatín, lo que se te ocurra. El famoso grito era el silencioso orden del Arca de Noé.

—Nunca había pensado en la importancia de los apodos en el fútbol...
—susurré.

—Luego se va a la barra y pega el mismo grito, respondido por miles de entusiastas seguidores del Club. Él era todos ellos, todos nosotros cuando lo miramos bailar: un amigo. Por eso nunca podíamos negar que era un Tigre para el tango, porque incluso el referente de esas palabras (tango y tigre) había desaparecido y se abría el compartimiento de un sentimiento innombrable, pero despierto en todos nosotros.

— ¿Y por qué el Tigre dijo también que es un Cholo para el Amor? — preguntó inopinadamente el Pancho, sacando un cigarro, de lo más fresco.

El Perro Soler se sentó. Todos en la mesa tomamos nuestros vasos, sorbimos un trago y nos miramos. Intuí, por no sé que complicidad brillando en lo negro de nuestros ojos, que nuestra amistad ya era inquebrantable.



1969

26 de Septiembre

Armando Angélico
Olegario Cáceres
José Tapia
Oscar Flores
Juan Lebrón
Miguel Ángel Perea
José Albino Díaz
Oscar Guzmán
Gerardo Alcazar
Walter Marchetti
Bernabé Andújar
Raúl Farfán
Ernesto Villegas
Oswaldo Franco
Eduardo Agustín Arrigo
Dolores Torrico
Fernando Durán
Eustaquio Otero
Felipe Aguilar
José Aylón

LA ESPOSA DEL JUGADOR

Homero Carvalho Oliva

Nací un 24 de agosto de 1957, en un pequeño pueblo de la amazonia beniana que lleva un hermoso nombre de mujer: Ana Santa, Santa Ana, a orillas del río Yacuma. Durante mi infancia, el mundo solamente existía en las hojas del mapamundi que extasiado solía observar en la biblioteca de mi padre; en esos años tempranos sus palabras bastaban para saber que vivíamos en un departamento llamado Beni, en un país que alguien había bautizado como Bolivia en honor a su señor que llevaba el sonoro nombre de Simón (suena a campanada matinal) Bolívar y dizque nos había liberado de los españoles; en esa época el mar era una mancha celeste en los mapas de las enciclopedias, algo extraño, un sueño. Para nosotros el agua, el río, eran la vida y por su corriente transcurrían los días. Más allá del horizonte de los llanos verde esmeralda, estaban los dragones. (Música de fondo: chobena interpretada por una tamborita con flauta de hueso).

Mis padres se separaron y cada uno rehizo su vida. Mi madre se casó con un militar de ejército y allá por el año 1961, cuando yo tenía cuatro años, me fui a vivir con ella y mis hermanas a la ciudad de La Paz, llegamos en un avión de los que transportaban carne, unos vejestorios de la segunda guerra mundial que para nosotros eran un prodigio de la tecnología. Nunca jamás he podido ni podré olvidar la sensación de asombro y sobrecogimiento que significó mirar la montaña helada que se repite tres veces en su grandeza y la importancia de su imponente presencia durante mi vida. El paisaje agreste del altiplano y el aire frío de la puna se quedarían para siempre en mi corazón, no como la imagen de la desolación sino como la sensación de pisar un territorio mágico que albergaría mi pequeña humanidad; en un par de años me convertí en uno de los pocos cambas que amaban la ciudad del Illimani. (Algarabía de diablos, morenos y todos danzando al son de las tradicionales bandas de “latapukus”).

Claro que en esa época yo no sabía ni lo que era Amazonas ni lo que era el Ande, la diferencia para mí estaba entre el calor y el frío, entre la vegetación y lo árido, entre lo cambia y lo colla. Recuerdo que primero nos alojamos en un hotel llamado “Gran Hotel”, en la Plaza Pérez

Velasco, al lado habían disqueras que todo el día tocaban canciones de Leo Dan. Luego nos fuimos a la punta del cerro y terminamos viviendo en un conventillo, en el barrio de Miraflores, en la avenida Saavedra, más allá del Estado Mayor, donde estaba destinado el marido de mi madre. Me crié en el patio, junto a los hijos de los vecinos y, un buen día, llegó una pareja de jóvenes inquilinos, ambos hablaban diferente, como si estuvieran cantando, pronto nos enteramos que eran del Chaco. Él venía a jugar fútbol y ella era su esposa. Estaban recién casados. La recuerdo linda, recuerdo que sonreía hasta con los ojos achinados y que gustaba de acariciarme la cabeza, recuerdo imágenes pero no a ella. Quizá sea así como quiero recordarla. (Leo Dan cantaba La conocí un domingo).

Un domingo, la muchacha, de cuyo nombre tampoco puedo acordarme y quisiera hacerlo para agradecerle por el mundo que puso ante mí. Se acercó a mi madre y le pidió permiso para llevarme al “stadium” a ver jugar a su esposo. Mi progenitora accedió gustosa y luego de recomendarle mil veces que no me vaya a descuidar y de abrigarme hasta el jopo me dejó ir. En el estadio, que luego supe se llamaba Hernando Siles, la muchacha me obsequió helados de canela, sándwiches de chola, algodones azucarados, manzanas acarameladas, chicles, tantas cosas que esa primera vez no supe del partido y del equipo del marido. Llegué con dolor de estómago y la muchacha prometió que la próxima vez no me daría tanto dulce. Fueron muchas veces. No sé si fue a la segunda o a la tercera vez que me llevó al estadio que supe el nombre del equipo de mi hada madrina dominguera, pero cuando me enteré no lo olvidé jamás. Como era tartamudo me costó pronunciar la palabreja, pero la paciencia de mi benefactora y mi deseo de agradecerla hicieron el milagro y empecé a vivir al Strongest, al Tigre, al equipo aurinegro, al equipo del pueblo, al equipo de la gente. (Bandas de música interpretando himnos nacionales y boleros de caballería).

En esos años el mundo era muy joven y el estadio de Miraflores era para mí la imagen misma del paraíso. Así me lo imaginaba yo, con mucha gente feliz, en jolgorio permanente, con muchos dulces y sodas y con grandes jugadores a quienes imitar en el patio del conventillo. No sé cuando fue que la muchacha desapareció de mi vida, pero yo me quedé de stronguista y no lo digo por alabarme. Y aunque no soy fanático siempre que puedo veo algún partido del Tigre en la televisión aunque ya no sepa quién es el capitán. No importa, soy stronguista y qué.

En La Paz estude en el colegio Don Bosco. En mi curso había tres equipos de fútbol, el primero era la selección, los mejores del curso; en el segundo estaban los que les ponían empeño y en el tercer equipo estábamos los que teníamos que jugar para que no nos aplacen, yo era el capitán porque era el peor de todos. Resulta que tuve poliomielitis de niño y tengo una pierna defectuosa, soy “patichi”, así que nunca pude jugar un buen partido. Pero eso nunca me impidió jugar, a la mala, un partido en la calle defendiendo los colores aurrinegros frente a los bolivariantas. ¡Los porrazos que me habré dado en nombre del Strongest! (Los años inolvidables del rock, Pink Floyd, Deep Purple, la canción Chico puntual)

Durante los años setenta nos fuimos, con mi familia, a vivir a San Pedro, a la calle Almirante Grau, allá hice amistad con una tropa de tipos sensacionales, fanáticos del fútbol y buena gente. Pitín Gómez, Pachuli Valda, Guido Criales y Nawa Delgado. El papá de Pachuli, era el célebre Freddy Valda, uno de los mejores entrenadores de fútbol – sino el mejor de los nacionales– que ha tenido la selección de Bolivia. Don Freddy también dirigió al Tigre y con mis nuevos amigos volví al estadio Hernando Siles a ver jugar al Strongest y a comer sándwiches de chola y a probar mis primeras cervezas. Pasaron los años, mis amigos de San Pedro y yo pasamos el medio siglo de vida, yo vivo en Santa Cruz y ellos en La Paz, nos juntamos a la muerte de un obispo, pero siempre que lo hacemos recordamos que alguna vez fuimos jugadores de fútbol en el garaje de la casa de Pitín y en las canchita del Méndez Arcos que era un internado para niños huérfanos y en la Juvenca donde recibí una goleadora memorable. A estas alturas ya no importa quien tuvo la culpa de la derrota, importan los goles y la risa viene amable con los recuerdos. Sin embargo, sigo preguntándome ¿qué habrá sido de la esposa del jugador?



CHOCLO CON QUESO

Pedro Susz K.

Cierto día de esos, domingo claro, aprendí que la camiseta amada también puede ser “k’enchá”. Aquel domingo lloviznaba; el frío te partía los dientes, pero ni a bala podíamos dejar de estar: el Tigre dirimía el campeonato con el viejo Chaco Petrolero (Q.E.P.D). “Chaquito” le decían sus tres hinchas en serio, los otros eran empleados de YPF, o sea “fans” de pega.

En esa remota edad, no recuerdo el año apenas la tembladera del comienzo y los escalofríos del final, el comercio de abalorios futboleros se reducía a las muy modestas banderitas de papel. Portar una camisola del equipo ya eran palabras mayores. Para comprarse alguna era preciso ir a una casa de deportes, con un buen fajo de billetes a mano.

Me costó algunos meses sin salteña en el recreo del “cole”, ni matinal de domingo en el “Miraflores”, juntar el fajo en cuestión. Nómina de sacrificios a los que debe sumarse el haberme perdido por lo menos tres episodios de la serie de El Zorro, porque en ese tiempo las “pelis” se pasaban por capítulos, astuta estrategia que nos mandaba a casa con el “continuará” clavado en la boca del estómago, prendidos a la ansiedad de que la semana terminara al vuelo para repetir el ceremonial.

El hecho es que orgulloso de mi camiseta, lo de polera se importó después, me acomodé en el lugar de siempre, muy consciente de la envidia que provocaba y listo para celebrar.

A la altura del choclo con queso, o sea cuando el de negro terminó con los primeros 45 minutos de padecimiento, las cosas ya pintaban color hormiga para nosotros, convirtiendo en papilla el favoritismo unánime. Y empeoraron en los restantes 45. Para hacerla corta: “Chaquito” dio la vuelta y nosotros pasamos del temblor al “ajayu” hecho cubitos.

Mientras nos marchábamos cabizbajos, de soslayo creí advertir una mirada de reproche en el tío que algunos años antes me había iniciado en el culto aurinegro y, con un sentimiento de culpa revuelto con bronca, me pregunté si mi camiseta no era la culpable de todo. ¿Sería que por haberme atrevido a usar un atuendo reservado para los 16 de abajo nomás

(en aquella época el reglamento autorizaba cinco cambios, creo), la profanación resultaba castigada con el desconsuelo?

Después, desde el lugar de siempre, grité vueltas olímpicas, gocé como enano cuando “los del frente” –“Papurri” dixit- se fueron a la B, y me tragué desazones chicas, medianas y grandes. En todos estos años certifiqué mi pertenencia luciendo gorros, viseras, almohadones, cintas, chalinas, cinturones, insignias, muñequeras, pitos, trompetas, banderitas, de papel y las modernizadas; pero nunca más me puse la camiseta. Por si las moscas.

VIDAS NO PARALELAS

Walter I. Vargas

A Laura Krayasic le había costado un par de intentos tener hijos. Y cuando a una mujer le cuesta tenerlos, a la felicidad habitual se suma cierto alivio. En el caso de Laura, esta reticencia de la naturaleza, esta maldad impuesta sobre la más bonita tarea del ser humano fue corregida además de manera brillante dándole un premio doble: mellizos. Y cuando esto ocurre, parece como que una revancha de la bondad cosmológica, de voluntad de persistencia, triunfara con risas. Por un tiempo había sido motivo de la consideración amorosa de sus amigas y una vez que tuvo éxito, la olvidaron previsiblemente. Ahora era otra colega madre con la que había que competir. Hermanadas en la desgracia y fieras en la prosperidad. Y Laura era competidora seria.

Los mellizos Palacios (al principio Laura había pensado seriamente en darles su apellido, no tanto por terminar de enterrar su amor con Héctor Palacios, como porque Krayasic sonaba más artístico, más identificable en este país de Pérez, Vargas y Sánchez, pero fue más fuerte la presión paterna), los mellizos Palacios, decía, vinieron al mundo con ciertas pretensiones desde el principio. Su madre había sido pianista que había conseguido estudiar en Buenos Aires, y por un tiempo supo disimular su medianía que tiraba a la franca imperfección con la falta de artistas que sufrían algunas salas e instituciones. El Ministerio de Educación la citaba cada año para el Día del niño y le encargaba se ocupara de la ceremonia en que la Subsecretaria educativa representaba de mala gana a su jefe, el Ministro, prometiendo nuevas aulas o ítems entre himnos y danzas. Había otros días especiales: el del trabajador, la Navidad, las efemérides de La Paz y de la patria. Nunca dejó de hacerlo, y desde que había tenido a los mellizos, se las arregló para tenerlos presentes siempre: “los herederos de mi legado artístico y cultural” se decía muy íntimamente, casi avergonzada ante sí misma por la pequeña inmodestia, mientras veía los dos pares de pies de sus niños balanceándose en las sillas delanteras del auditorio. Parte del destino (inevitable o autoconsumado, a ella poco le importaba) era la maravilla de tener en el mundo, listos para la carrera, a dos artistas natos. Llegado el caso, podrían hasta reemplazarse.

¿Pero cómo saber qué serían finalmente ellos, cuál era su virtud técnica y de inspiración? Las dudas, las indecisiones la mortificaban seriamente, porque de ello dependía la felicidad de dos artistas. Así que, un tiempo después de que empezaran a caminar, desplegó ante los ojos interrogantes de los niños un guitarrín, lápices, un ábaco y alguna otra chuchería. Y ante su pasmo, por toda reacción se disputaron el violín de juguete con los pies y el ganador finalmente le dio un puntapié imperfecto que dio con él bajo la cama. Laura no estaba dispuesta a entretenerse con símbolos y en cambio se dedicó a reprender duramente esta falta de respeto por la música que habían demostrado los niños. Habría sido tomar demasiado en serio los manotazos de dos “animalitos” que recién empezaban a ser moldeados.

Pero para su preocupación, empezaron a confirmar su inclinación. Aparte de a los dibujos animados, sus retoños quedaban invariablemente paralizados en cuanto el televisor les mostraba alguna escena futbolera. Fue en ese momento que Laura entrevió como una epifanía del infierno la certidumbre de lo que había engendrado: dos futbolistas sudorosos correteando siempre y eternamente tras una pelota. Y revivió además con gran pesar a Palacios y los tres años que habían convivido, siempre preocupado por el juego de camisetas y los resultados del campeonato de Sopocachi.

Para ella no había gloria posible fuera de la del arte. La idea de la fama y la popularidad deportiva le eran ajenas. No era que los futbolistas ganaban más que los virtuosos del violín. La diferencia era que los futbolistas ganaban. En su juventud, averiada por el desamor y la falta de éxito, Laura no había pensado en ese detalle, pero ahora que había madurado empezó lentamente a resignarse. Volvió también a pensar en Palacios, que no había dejado de visitar a sus hijos durante diez años de manera regular y siempre responsablemente, dejando cantidades de dinero variables pero siempre útiles: “para los chicos”, decía escueta y muy pudorosamente, como si éstos lo miraran en esa su escenificación repetida de la dificultad de construir una familia. Y un día agregó algo más: “Para los chicos....y para vos”, mirándola como las primeras veces que empezaban a seducirse, a sabiendas de que finalmente se entregarían mutuamente.

Como Palacios era entusiasta, tenía esa facultad de transmitir optimismo, y pronto ambos supieron pensar al unísono acerca del destino de grandes futbolistas de sus dos hijos. Finalmente Laura supo manejar

mejor las cosas que la primera vez y antes de reconciliarse puso como condición de su nuevo enamoramiento la formalización de la relación.

Porque ellos, los chicos, hacían abrigar objetivamente esa previsión. No faltaron nunca a las selecciones de sus cursos y en la secundaria sólo la menor presencia física los mantenía en el banco mientras estuvieron en los dos cursos inferiores. Ya en las puertas de ser bachilleres, dominaron de lejos esa selección que en el intercolegial salió campeona casi invicto (había perdido un partido la semana en que uno de los mellizos estuvo ausente por enfermedad). No había duda: se trataba de dos talentos envidiables. Los dos jugaban igual, pegados a la línea. La magia del “Chichi” Romero para llevarla con la cara exterior del zapato izquierdo y la agilidad para levantar el centro al lado de la línea de un Silvio Rojas. Los dos eran titulares clavados, el uno de once y el otro de cuatro. Un tándem inapreciable, un alimón con el cuero, un concierto a cuatro pies. Qué más se podía decir de ese par de talentos.

– Son la alegría del fútbol- le decían como fórmula los amigos, mientras Héctor estaba al borde de la cancha. Escondía con seguridad su satisfacción, porque cada jugada de los chicos le confirmaba que no necesitaría gestionar su porvenir futbolístico como otros padres. Debía más bien preocuparse de asegurar que las ganancias no les fueran arrebatadas en ese mundo a veces despiadado y siempre fugaz del fútbol. Si hacía bien las cosas, no habría problema. Así que pidió a un abogado asegurar la propiedad del pase de los dos muchachos. Esto fue cuando un dirigente del Tigre, sí, el viejo y querido Tigre (Palacios, casi huelga decir a estas alturas, era Tigre), un dirigente atigrado encargado de recoger chicos para las inferiores le propuso incorporarlos a la segunda.

Ese año anduvieron como el equipo: bien. Y al siguiente se repitió la copa nacional. Ellos ya habían alternado en la primera y habían pasado a ser titulares. Pero entonces se presentó un problema: el fútbol vivía una revolución. Se había pasado bruscamente de la era del wing a la del carrilero... No es necesario insistir en que las urgencias del mundo moderno habían arribado a las playas del rey de los deportes, obligando a los técnicos a prescindir de lo que, con ánimo nostálgico, todavía llamaban wing izquierdo. Ahora bastaba con que el cuatro subiera, y el famoso once de mejores tiempos había sido transformado en uno más de la masa de volantes del fútbol amarrete de hoy.

Ante el aprieto, para el primer partido de la copa Libertadores, en Río, de visitantes, Gabriel quedó de titular y Carlos en el banco:

–Los vamos a alternar-, les dijo Rodríguez, un técnico que estaba acostumbrado a comunicar las malas nuevas de la suplencia a cientos de jugadores. Nunca se sabrá qué le hizo elegir ese día, y quizá hablar de elección sea impropio, pues se puede decir sin temor a duda que eran intercambiables. Tanto por la naturaleza como por la formación posterior, Juan Carlos podía haber jugado ese partido. Visto desde el punto de vista del técnico, se lo puede justificar porque, después de todo, para el adiestrador la razón de su trabajo es la funcionalidad de los jugadores, no su individualidad. Algo del amigo y padre que es todo técnico para los jugadores jóvenes le hizo agregar:

– En La Paz juegan los dos-

Esa tarde carioca fue inolvidable. Gabriel Palacios se metió en el corazón nacional de golpe y para siempre con un golazo de superdotado y otra multitud de servicios. Los brasileños no podían creer que no fuera negro. Cierto que no se había podido ganar, pero el empate los ayudaba a esperar a Flamengo en La Paz con tranquilidad. Y en La Paz jugaron los dos.

Lo que entonces ocurrió no es más que uno más de los anticlímax a los que nos tiene acostumbrado el fútbol nacional. Nadie atribuyó la derrota a Juan Carlos sino a la disposición táctica, demasiado entregada a resolver rápidamente el partido y dejando desacompañado el retorno cuando el arquero brasileño lanzaba pelotazos rápidos al medio campo para los contraataques cariocas que finalmente liquidaron el partido con sonoro y rotundo dos a cero. Algunos analistas tradicionales se quejaron de no haber puesto un verdadero hombre de marca a la izquierda. En general los mellizos salieron bien parados de la debacle que les costó la eliminación.

Pero los brasileños no habían olvidado la tarde deslumbrante del boliviano Palacios en el Maracanã, y pronto dos emisarios del Botafogo estaban en La Paz para charlar con los padres. A préstamo por el siguiente año con opción de compra, como solían ser los contratos con jóvenes de futuro en aquel tiempo. El único problema es que el chico Palacios (poco a poco dejaba de ser el mellizo Palacios) ya estaba en los planes de la selección.

—Tengo este otro— quiso decir Héctor Palacios, mostrando las fotos del otro mellizo, pero una franca y bien blanqueada sonrisa brasileña lo disuadió de terminar su oferta. En el mundo del fútbol las oportunidades eran así de azarosas, y por parecidos que fueran, el Botafogo quería a Gabriel. Ya vendría el tiempo de Juan Carlos.

Para no desperdiciar su talento y hasta que Gabriel se fuera a su nuevo equipo en la siguiente temporada, la prensa y el padre sugirieron que Juan Carlos volantara más cerca al círculo central, y durante unos partidos hicieron eso. Pero Durán, el hombre que había sido reemplazado, marcaba más, se quedaba prudentemente cuando debía, esto es, “no tenía tanta vocación ofensiva”, así que finalmente, durante el resto del campeonato nacional, Juan Carlos se quedó en el banco. Paciencia no le faltaba, porque sus padres se encargaron de ayudarlo psicológicamente. Pero él se ayudaba además charlando con los demás suplentes (la amistad hace la circunstancia y la suya era la del banquillo, desde donde veían el fútbol de distinto modo, las piernas más grandes de los compañeros y la posibilidad siempre acariciada de entrar por cualquier motivo, hasta el de una lesión, cuyo deseo inconfesado no se expresaba ni a solas).

Quien es suplente puede animarse a tomar unos tragos incluso antes del partido, porque tiene la tranquilidad de que sólo la mala suerte lo pondrá en evidencia si debe reemplazar. Gracias al alcohol, Juan Carlos había adquirido una extraña y dulce sensación: la de mirarse en su hermano, era como uno de esos sueños donde uno se ve al frente de un río que no se puede cruzar. Se mezclaba de manera consustancial con el amor que se profesaban mutuamente y que casi los volvía uno. Pero ahora no se iban juntos, tanto porque Gabriel se iba más temprano (siempre con ese “hay que entrenar” que tanto molestaba a Juan Carlos, como si el fútbol fuera lo más importante, o más bien como si ser el protagonista central fuera lo decisivo, cuando se lo vivía mejor discutiéndolo en la mesa).

Y si estaban cerca uno del otro, era lo mismo. Y esto ocurría con frecuencia, porque Gabriel lo atraía hacia sí y siempre le guardaba una silla. Se daba cuenta, (no explícitamente, aunque se hablaban, y mucho, sobre todo delante de la gente) que algo se había roto entre ellos: la confianza que antes era avalada por un amor casi indistinguible. Habían empezado a ser diferentes. Y si a los diez años se habían negado a usar las mismas ropas, ahora las ropas distintas eran las del éxito y el fracaso, patentizadas en las distintas camisetas, la una de titular y la otra de

suplente. Lo que no sabía bien era que su hermano también vivía al verlo un regusto que era bueno visitar, como se hace a un barrio pobre donde se ha vivido alguna vez.

A fin de año se concretó el préstamo al Botafogo de Río de Janeiro. Pero al contrario de lo que se esperaba, esto no significó la titularidad para Juan Carlos. Cuando se es joven es más fácil disimular las cervezas que se han tomado en el cabaret. Juan Carlos corría igual. Pero no se daba cuenta que en el segundo tiempo se quedaba. Cuando estaban ganando, y afortunadamente al equipo le iba bien, esto no era mucho problema y era visible, pero si había que remontar un marcador en el interior, no era precisamente el motor para descargar pelotas en el área rival, y así se fueron demasiados puntos como para pelear el título. Campanucci, el nuevo técnico argentino que había sustituido al uruguayo, no vaciló en cambiarlo en el segundo tiempo. El también argentino Bevilacqua, sustraído de emergencia gracias a la solidaridad institucional de Altos Hornos Zapla de Jujuy, se las arreglaba mejor con su mayor estatura para alternar los desbordes con algunas diagonales que llegado el momento significaron victorias decisivas. Alguna vez que la titularidad por lesión coincidió con una noche tranquila de abstinencia, Juan Carlos desplegaba la antigua elegancia. “Se parece a su hermano” decían los que los conocían. Los más jóvenes pensaban que era el mayor, porque demostraba un endurecimiento del rostro.

Pero jugar ligeramente borracho era un verdadero peligro. Y el resultado, lesionado y expulsado, lo demostró. Nada más comenzado el segundo tiempo con Wilstermann, Juan Carlos no llegó a una pelota dividida, aunque él pensó que la ganaba fácil, y en cambio su cacho derecho hincó sus toperoles en el muslo de un cochala que quedó tendido, retorciéndose de dolor. Nadie entre los 500 espectadores tuvo duda de la roja, pero por si alguien la hubiera tenido por un segundo, Juan Carlos se encargó de disiparla levantándose y pisando al rival en el cuello. Cuando empezó a retirarse prudentemente, recibió en la espalda un planchazo que lo mandó por la pista atlética donde se quedó dormido un rato, para no ver la tarjeta. Entre brumas tuvo la ensoñación desagradable de que la tarjeta roja que agitaba el referí lo expulsaba de algo más amplio o trascendente que el partido que jugaban, mientras los dos equipos se agarraban a puntazos por toda la cancha.

Años después se dijo que si lo de Gabriel hubiera ocurrido en los noventa habría terminado en Europa, en el Real Madrid o en Italia, así era de primer nivel internacional su juego de fuerza y velocidad. Pero después de nueve años en Brasil, con 33 años en la espalda, volvió como la mayor gloria viviente del fútbol nacional. Ugarte había alcanzado a militar en San Lorenzo, Romero en Ferrocarril Oeste. Era realmente poco alentador que los verdaderamente grandes de nuestro fútbol hubieran alcanzado tan pobres cotas (todavía no había llegado el tiempo de los Peña y los Platini Sánchez). Así que lo de Palacios fue como una redención. Haber pasado a Botafogo ya había sido una hazaña, pero jugar las últimas tres temporadas en el Corinthians, eran palabras mayores.

Esos primeros años de ex jugador la prensa se hizo eco de los sueños de grandeza de Gabriel. Palacios quería ser técnico, Palacios era mimado por los partidos políticos para hacerles ganar la alcaldía paceña, Palacios aparecía en la televisión invitado a dirigir concursos para ganar una lavadora. Finalmente no fue alcalde, apenas concejal, pero en cualquier caso, sabía que se sentiría titular. Y el día en que fue a tomar juramento, se dio tiempo para ir a visitar a su hermano, en Achocalla. El Centro de Rehabilitación REMONTAR apenas tenía una vivienda mal construida en un inmenso terreno donado por un ex alcohólico famoso. Pero en cambio había adaptado ese terreno para una cancha donde pudo distinguir rápidamente a su hermano, batallando como siempre por la pelota.

—”Finalmente es titular”, no pudo evitar pensar Gabriel, y prefirió alejarse para no interrumpir el juego. Con los años había adquirido la suficiente sabiduría como para no quedar atolondrado ni protestar íntimamente contra la vida. “Después de todo, sólo Dios sabe cuál de los dos era el que más y mejor pateaba en la panza de mamá “, terminó de reflexionar a tiempo de subir a su auto.



DESCENSO

Alfonso Gumucio Dagrón y Carlos D. Mesa Gisbert

Mientras el Mudo Torres estaba en la fila, con su pase de abordar en la mano, sólo tenía una certeza en la cabeza: de ahí en adelante sólo les podía ir peor. Acababan de perder contra Oriente Petrolero en un amistoso en Santa Cruz, en un partido que no hacía sino confirmar que después de cada encuentro la letanía era la misma “perdido”, “perdido”, “perdido”... Ni en un amistoso, ¡Pucha!, el descenso en el campeonato paceño era una sombra que cabalgaba por su frente como un corcel chúcaro.

A Francia por el deshecho... Joaquín recordó la frase atribuida a Melgarejo. Todos los viernes había que subir caminando muy temprano desde Obrajes por la avenida Hernando Siles, pasar la doble curva de Holguín, luego otra recta desde el mirador hasta el inicio del deshecho. Salió a las 5:00 de la mañana porque con Ferdín Humboldt no había bromas, sencillamente no tenía el menor sentido del humor. Las prácticas de histología empezaban a las 6:00 y la asistencia era 100 por ciento obligatoria. Una falta equivalía a un cero en la nota final, y un retraso equivalía a una falta; no había donde perderse. Ferdín, calvo como rodilla de abuela, buscaba el momento propicio para aplazar.

El próximo partido sería clave y la clave de este desastre futbolístico era precisamente el desánimo de todos; el equipo se venía abajo. Habría que evitar el descenso por lo menos para sortear las sonrisas de los bolivaristas que esperaban tomarse la revancha desde 1965. Esta vez al aterrizar en La Paz no habría hinchas ni comité de recepción, pero quizás soldados, porque esa madrugada del 26 de septiembre las Fuerzas Armadas habían dado un golpe y la proclama resonaba en todas las radios. A medio día, antes de venir al aeropuerto, el Mudo sintió en el teléfono del hotel la voz angustiada de su primo Joaquín, quien le había dicho algo atropelladamente sobre el golpe y un atentado.

El camino desde Obrajes hacia Miraflores se hacía interminable, aunque esta época del año no era fría ni húmeda. Septiembre era un buen mes, ya no hacía frío y todavía no empezaban las lluvias. Lo único malo era que se acercaban los exámenes finales en la Facultad de Medicina y para

pasar anatomía descriptiva con el Ciego Mejía o histología con Ferdín Humboldt Barrero había que tener una mezcla de suerte y estoicismo. Suerte para no hacerse notar mucho, y estoicismo para reprimir la rabia que con frecuencia hacía pasar por la mente la palabra asesinato. No todos los catedráticos eran tan temidos; el Huracán Ramírez era incluso divertido, con esa manera coqueta de pararse con la mano en la cadera, como en un desfile de modas.

Al entrar al avión buscó su asiento, por suerte lejos de los compañeros de equipo. El Mudo no estaba de pulgas para hablar con ellos del partido o escuchar el corrido de las culpas que unos se echaban a otros por la espalda. Como en estos casos, en La Paz la adivinada soledad del aeropuerto lo mortificaba, sólo la familia para consolarlos. Miró de nuevo el número de su asiento: 12A. Junto a él iba sentado un hombre vestido de gris claro, blanco y corpulento. Lo midió con la vista cuando éste se levantó para dejarlo ocupar su asiento junto a la ventana.

La verdad es que la embriología era tan interesante como la hembrología. Aprenderse de memoria el mapa completo del cuerpo humano en los cuatro tomos del Testut o los tres del Rouviere era una condena que pocos resistían, mientras que examinar embriones aguados lo hacía sentir a uno descubriendo algo nuevo, aunque no fuera cierto. La histología también era interesante, pero no con ese nazi de bata blanca disfrazado de profesor universitario. Joaquín miró su reloj y ya que tenía el brazo levantado aprovechó para secar el sudor de su frente. Caminaba rápido, mirando a los lados como si existiera el milagro de que pasara un colectivo, un auto cualquiera para hacerle dedo. Pero no había nada. No había nadie en las calles a esa hora gris, a no ser por los albañiles que a patita iban en busca de su jornal, para asegurar un día más la marraqueta, el plátano, la papaya Salvietti y la ilusión de haber vencido al hambre.

La azafata hizo la demostración del cinturón de seguridad y de la máscara de oxígeno junto a la fila 12 donde estaba el Mudo, quien no dejó de apreciar las líneas del esbelto cuerpo. Se dio cuenta de que su compañero de asiento lo miraba con una sonrisa sardónica, que el Mudo leyó como de complicidad: “Buenas piernas, ¿no?” – susurró a su vecino para que la azafata no lo escuchara, pero ella ya había volcado su rostro con una sonrisa de mona lisa, indefinible. El hombre de gris le extendió una manota que parecía de arquero: “Mucho gusto”, le dijo en un castellano que traía ecos del norte.

Joaquín miró de reojo la rústica puerta de madera de la casa de los Zamora, indicación de que ya estaba cerca de la subida del deshecho. Como eran las 5:30 estaba en buen tiempo, la media hora restante era para la empinada cuesta, hasta llegar al Estado Mayor del Ejército. Desde los pisos altos del nuevo edificio de la Facultad de Medicina a veces veía los ejercicios de los reclutas en los patios del cuartel, pero estos meses pasaba más tiempo en el semisótano del anfiteatro, haciendo preparaciones de músculos, nervios, vasos y tendones. La muerte estaba instalada en el anfiteatro. El silencio se rompía solamente cuando afuera, por la avenida Saavedra, pasaban vehículos. Adentro, el silencio de los cuerpos no reclamados, tiosos sobre las camillas, algunos cubiertos por una sábana, otros expuestos: Marilyn y el Viejo.

El Mudo le extendió la mano sin mucha gana de iniciar un diálogo, pero el hombre de gris quería sin duda ponerle puntos suspensivos al comentario sobre las piernas de la azafata: “Soy el Padre O’Connor, canadiense, director del Colegio St. Andrews de La Paz”. El Mudo tardó dos segundos en responder, mientras pensaba que no había razón para que a un cura no le gustaran las piernas bonitas, es más, muchos curas vivían descaradamente con sus amas de llaves, pero claro, este era canadiense, quién sabe: “Hola padre, yo soy Juvenal Torres, jugador del Strongest; los amigos me dicen el Mudo. Ya ve, para qué quiere uno enemigos”.

Marilyn era joven y rellenita, el bisturí entraba fácil porque casi no tenía grasa. Las preparaciones se hacían sin mayor dificultad. En cambio el Viejo era duro como un hueso, tenía por lo menos tres centímetros de grasa debajo de la piel, a pesar de haber muerto flaco como un fakir. Uno se acostumbraba al penetrante olor a formol del anfiteatro y a caminar entre los cuerpos inanimados que servían a los estudiantes para hacer sus prácticas. Joaquín se topó con un grupo uniformado en la entrada al desecho. “No hay paso”, le dijo un sargento. “Tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie hacia el Estado Mayor”.

El Mudo se recostó contra la ventana mientras los motores del DC6-B del Lloyd Aéreo Boliviano rugían en la cabecera de la pista de El Trompillo. Miró las hélices girar hasta desaparecer, como si fueran puro viento. Estiró las piernas, que esta vez no le habían servido de mucho. Su mejor patada del partido no fue contra la pelota sino contra la canilla de Dedé, ese brasileño endiablado que hizo un gol en el partido. No

lo hizo adrede pero dejó al equipo contrario disminuido. Y aún así, el Strongest perdió. Uno puede asimilar bien las derrotas cuando en un campeonato quedan todavía por delante varias ocasiones, pero no como ahora, al final de la cuerda con la que estaban a punto de ahorcarse. Pero era sólo un amistoso, pensó. Cuentos, era un amistoso como podía haber sido un partido puntuable, jugando así, daba lo mismo.

Las explicaciones no parecían ablandar al Sargento, pero ante la inminente posibilidad de que Joaquín se pusiera a llorar de nervios, llamó al subteniente que comandaba la tropa. Joaquín rogó sin hacer teatro, ni siquiera se preocupó de preguntar por qué no había pasado hacia Miraflores, simplemente trató de describir lo mejor posible la inflexibilidad dictatorial de Ferdín Humboldt y eso ablandó al subteniente, quizás encontró en su propia experiencia una chocolateada en manos del Capitán Arce Gómez, conocido por sus maldades: “Bueno, pase, pero le aviso que arriba no hay un alma viviente”.

El avión se elevó como si se fuera a desarmar en el intento, todo crujía como si los tornillos del fuselaje se estuvieran aflojando. Una cabellera de aire caliente parecía aferrarse a las alas. Al ir ganando altura la estructura metálica parecía ajustarse al viento y dejarse llevar entre las nubes. El Padre O’Connor miraba por la ventana sobre el hombro del Mudo y como vio que no dormía le hizo la única pregunta que no debía hacer en ese momento: “¿Perdieron?”

Evitó como pudo las curvas y cortó camino por los senderos empinados del desecho, hasta llegar arriba. De la puerta de una pequeña tienda abierta sobre la calle le llegaron los compases de una banda militar. Se detuvo unos minutos para retomar aliento mientras la voz del locutor leía el bando castrense. El General Alfredo Ovando, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, había dado un golpe contra Siles Salinas, aprovechando que el presidente se hallaba en Santa Cruz. La proclama sorprendió a Joaquín pues hablaba del “mandato revolucionario de las Fuerzas Armadas” y, aún más sorprendente, citaba entre los hombres del nuevo gobierno militar a Marcelo Quiroga Santa Cruz, José Ortiz Mercado, Mariano Baptista Gumucio, José Luis Roca, Edgar Camacho.... ¿Qué carajos está pasando?, pensó Joaquín.

Claro padre, perdimos en regla. ¿No lo ve al Eustaquio aquí atrás, aplastado en su asiento? ¿No nos ve a todos callados como si llegáramos

de un entierro? Miró al técnico con los ojos cerrados, dormía o se hacía el dormido. ¿Quién quería hablar en esas circunstancias?, nadie y menos quien había sido un emblema del equipo como arquero, si hasta había llegado a vestir la casaca nacional. Giró la cabeza y el panorama no cambiaba, hasta la cara de Marchetti, tan parecida a la de Boris Karloff, el Frankenstein que tanto le impresionaba en las películas de terror, tenía un toque de desamparo que lo conmovió.

El interminable muro de adobe del Estado Mayor no dejaba escapar ni siquiera el silencio. No había un alma en la calle, tenía razón el subteniente, y las rejas de metal de la facultad estaban cerradas. La calva lisa de Ferdín no brillaba por ninguna parte. Se aproximó a las ventanas del anfiteatro, para sentir el doble silencio. Imaginó adentro a Marilyn y al Viejo, riéndose de él, pendejo: era el único que había llegado, puntualmente. Las campanas de la iglesia de la Concepción marcaban la hora en punto cuando decidió emprender el regreso, pero entonces vio a Lima salir apresuradamente detrás de un tanque artillado, estacionado en la puerta grande del Estado Mayor.

“Mejor me hubiera ido el año pasado...” El Mudo habla sin mirar a su vecino de asiento, como si lo hiciera consigo mismo. “Me ofrecieron jugar en Libertad en Paraguay, buen pase, como para ahorrar un poco, pero al final no me animé. Aquí me respetan, bueno, me respetaban. Pero el equipo ya no es el mismo, estamos tan mal. No sé si sabe, padre, pero me parece ayer cuando Bonano, buenazo el argentino, un poco gordito pero una fiera en el área, la clavó en Quito; jugamos contra el Deportivo Quito y ni que hablar, con ese gol les ganamos. Usted no sabe lo que fue, estábamos locos. En el vestuario hasta cantamos el Himno Nacional. La Libertadores de América era un sueño y allí ganamos de visitantes. El título local lo ganamos al hilo dos años seguidos, el 63 y el 64, y luego nos hicimos dueños de la Simón Bolívar. Y así, a la Libertadores, con el primer triunfo boliviano como visitantes en ese campeonato”. En ese minuto, mientras

hablaba, recordó el partido increíble contra Boca. ¡Nada menos que Boca!, el de Roma, Marzolini, Rattín y Silvera que se perdió por un pelo, pero con el Estadio Siles lleno,...”y ahora esta mierda”, dijo en voz alta, “perdón padre, pero es que estamos bien fregados”.

Lima era un amigo de la infancia, bueno, no hay que exagerar: de esos que con el tiempo se vuelven peligrosos y es mejor mantener a buena

distancia. Nunca se le conoció ni estudios ni oficio, pero en los últimos años, cada vez que había una asonada golpista, aparecía enfundado en una casaca militar que le quedaba demasiado grande, probablemente canjeada por una botella de singani a algún suboficial. A veces, además de la casaca verde olivo, Lima aparecía con un arma que en sus manos se veía como un objeto extraño pues apenas podía sostenerla. Lima no era militar, de hecho lo habían rechazado del premilitar por tener pies planos, pero tenía vocación golpista, era como si hubiera nacido de una chola maltratada en un cuartel. Cargaba tantos resentimientos contra todos, que era difícil predecir con quien y contra quien iba a emerger la siguiente vez.

“Esta camiseta está pegada a mi piel”. El Mudo lo decía con dolor más que con orgullo, mientras le mostraba al Padre O’Connor el pecho que él asumía como obvio que reflejaba el espíritu atigrado, las barras verticales gualdinegras. “Estas barras negras son como mi prisión, padre” se dio unos golpecitos sobre el corazón. “Le juro que cuando me la saco para dormir me quedan marcadas las barras. Ya no sé si yo le debo todo al Strongest o si el Tigre me debe algoito a mí”.

Lima vio a Joaquín y cruzó la avenida hacia la facultad para darle alcance. “Ahora sí carajo, ya van a ver quien manda”, le espetó a manera de saludo, como si Joaquín tuviese algo que ver con todo esto, y como si Lima fuese el gestor del golpe. “Al conejo de castilla lo tenemos jodido en Santa Cruz, no se la soñaba”, se refería a Luis Adolfo Siles Salinas, Presidente hasta esa madrugada, derrocado ahora sin pena ni gloria. “No va a poder regresar a La Paz, te lo digo yo, hermanito”.

El Mudo se puso de rodillas sobre el asiento para mirar hacia atrás, donde estaba la mayoría del equipo. Los que vio dormían, a veces apoyados entre sí: Marchetti, Porta, Cáceres, Durán, Arrigó, Díaz, Flores, Tapia, Torrico... Franco iba adelante, como buen delantero, solitario como cuando avanzaba hacia el arco y metía goles. El técnico Eustaquio Ortuño roncaba, o disimulaba el ronquido, tres filas más atrás. Entre jugadores, técnico, dirigentes y suplentes, el Tigre llenaba un tercio de los asientos. “Ya ve padre, a nadie le importa, todos duermen como wawas y no se dan cuenta de que nos estamos yendo al tacho, ya hemos agotado las siete vidas del gato, y ni por tigres que seamos, nos van a dar otra vida”.

No había que darle cuerda a Lima, porque la tenía de sobra como esos muñequitos de lata que tocan tambor cuando se le da vueltas a la manivela que tienen en la espalda. Tamborilero de golpistas, Lima solamente existía en momentos como este y luego desaparecía por completo hasta el siguiente golpe. “Pero no sé hermano, no sé... Estos milicos no me escuchan. Les he dicho que hay que impedir que Siles Salinas regrese a La Paz hasta que tengamos todo bajo control, pero no me escuchan. Son cuadrados, no entienden de política. El único que escucha es el Lucho, ese tiene los huevos bien puestos. Ni siquiera le consulta a Ovando.”

“Primer tiempo: teníamos el dominio de la bola a pesar de que no estaban ni el Chino Ramírez ni el Perro Vargas, ¿Los dejó el avión o se durmieron? ¡qué jeta! La cosa iba bien, pero estos cambas han aprendido... ni qué hacerle, me tink’a que en pocos años van a ser rivales jodidos... perdón padre, usted sabe, futbolistas somos pues. Pero también nosotros... Díaz y Porta fueron perdiendo la marca, estaba clarito, se venía el gol de los crucos. Marchetti estaba perdido en el manejo de la zaga, quería salir jugando de atrás como si fuera Perfumo... y Franco, desconocido, esperaba y esperaba en el área, ni un centro y él ni se movía a buscar la bola. Avanzó Dedé y Tapia se quedó tieso, parecía otro, ¿acaso no había sido el mejor back del Always? Llegó el centro y Dedé solito, ni que... la metió nomás, gol y hasta luego. Pero, sabe Padre, hay pues mañas, pasa el delantero y le mentas la madre, para ablandarlo. La consigna del Ortuño era, zancadilla, aquí, zancadilla allá. A ese negro habilidoso ni agua, nos dijo, no pasa, la pelota puede ser pero él no pasa, pero ni modo, a pesar de todo, pasó. La otra es jalar la camiseta, con disimulo, sin que te vea el arbitro, corres lado a lado y lo frenas agarrando fuerte pero sin rasgar. Adelante es un lío, esperas un corner y te están empujando, puro manoseo en el área, y las palabrotas... para que le cuento, de última le tiras un pollo en la cara, pero bien preparado, desde dentro de la garganta para que sea espeso. Así no más es. Como en política, pura maña, pura gambeta, pura mamada, padre”. El cura lo miró con curiosidad sin decir palabra, se veía que el gringo no entendía de fútbol y tampoco de la política criolla.

“Lucho” no era otro que Arce Gómez, Joaquín se acordaba bien de este capitán que se divertía golpeando a los premilitares en la cantina del Colegio Militar. A él le había tocado alguna vez el tratamiento. Entraba

Arce Gómez a la cantina y todos se cuadraban; entonces se acercaba al más asustado y sin mediar palabra le metía un puñetazo en el estómago: “¿Le duele?” Era una pregunta sin respuesta correcta, porque si uno respondía inmutable “¡No duele mi capitán!” el segundo golpe no se hacía esperar: “Bueno, para que no diga que yo golpeo como señorita”. Y si uno tenía la peregrina idea de decir: “¡Duele mi Capitán!”, igual se venía otro fuerte golpe: “Para que aprenda a soportar el dolor, recluta”. Lima hablaba de ese “Lucho” con admiración. “Lucho y yo ya nos estamos ocupando de Siles para que no vuelva”, dijo Lima. “Vamos a empezar con una página en blanco, yo me encargo.” Miró una vez más hacia la puerta del Estado Mayor: “Te espero en las noticias de la noche. Andate por la sombrita y no se te ocurra viajar hoy”, dejó planear con una sonrisa pícaro, y con esas palabras dio media vuelta y se fue hacia arriba por la Saavedra en dirección al Parque Triangular.

“Cuando sonó el pitazo al final del primer tiempo parecíamos boxeadores buscando la esquina hasta el próximo round. Al entrar a los camerinos Marchetti le dio un lapo a Porta. No era necesario, peor se puso el ambiente.” El Mudo meneó la cabeza para imitar a Porta: “Si es un amistoso hermano”, decía el jugador. “¿Qué amistoso ni amistoso, carajo; huevos en amistosos y huevos en el campeonato” retrucaba Marchetti. “Somos el Tigre, no cualquier equipito de barrio, mierda”, había gritado alguien desde la ducha. “Y es cierto, padre, algo se había quebrado en ese equipo que tenía toda la historia que se podía pedir para recordar lo que estaba en juego. ¿Cómo salir de este bache?”

Joaquín emprendió el camino de regreso a Obrajes con una idea loca dando vueltas dentro de su cabeza como un taparanku, esa mariposa nocturna, grande y negra que algunos dicen que es de mal agüero. Trataba de leer detrás de las palabras de Lima un mensaje, pero no era claro. ¿Qué tramaba Arce Gómez, con Lima si acaso, para impedir el regreso del presidente depuesto? ¿O Lima estaba fabulando, como solía hacer, esta vez usando el nombre del asistente de órdenes de Ovando? ¿Y su despedida: “Andá por la sombrita y no se te ocurra viajar”?

El Mudo se volvió hacia su vecino de asiento y lo encontró dormido, pero siguió hablando, necesitaba hacerlo. “Al salir a la cancha para el segundo tiempo se me acercó Eustaquio para decirme que tenía todas sus esperanzas puestas en mí... como si yo fuera San Martín de Porres” y pudiera barrer con mi escobita al equipo contrario. Debió decirle eso al

Iriondo, al fin de cuentas es negrito de los Yungas pues. Lo raro era que todos teníamos una sensación de que ese partido era muy importante. Amistoso, es un amistoso...pero jugamos amargos y desesperados como si fuese el del descenso, el que nos acechaba al volver a La Paz.”

No era fácil comunicarse con Santa Cruz, los circuitos estaban saturados. Joaquín pensó que quizás era parte de la estrategia de los golpistas. Al final, cerca del medio día, logró hacer entrar la llamada y pidió la habitación del Mudo, su primo futbolista. Atropelladamente le habló del encuentro con Lima en la mañana, y le dijo que Siles, que Arce Gómez, que el avión, que el peligro... pero por una parte mezclaba tontamente todo con la calva de Ferdín y Marilyn en el anfiteatro, y por otra el Mudo no lo escuchaba porque quería contarte por qué perdieron. Al final el Mudo colgó: “Joaquín, hermanito, ya me cuentas en La Paz esta noche, no tengo tiempo, me están esperando para llevarnos al Trompillo”, y lo dejó con la última palabra en la boca, bien adentro, atravesada en la garganta.

Un sacudón despertó al Mudo. Se había quedado adormecido contra la ventana. Se le heló todo. Veía tartamudear las hélices de uno de los motores. Miró hacia atrás, parecía que nadie se hubiera percatado. Volvió la vista a la ventana y constató que uno de los dos motores de la izquierda se había parado completamente y que el otro, a su vez, empezaba a tartamudear. La voz angustiada de Joaquín volvió a resonar en su memoria. Atropelladamente le había dicho que había peligro, que no debía viajar, y algo de unos tipos de Santa Cruz ligados a Arce Gómez que no entendió. De pronto le pareció que los picos de montaña se acercaban demasiado, pero no atinó a pensar en otra cosa que en el descenso que le esperaba al equipo. Y el pitazo final. Ya no habría descuentos.

CÉSPEDES

Mariana Ruiz Romero

Es que usted no entiende, Céspedes, no entiende y dudo que lo haga alguna vez: nunca comprenderá a una mujer corriendo tras una pelota. Menos si ésta es de cuero y anda avalada por la FIFA. Claro, usted me dice que una dama de sociedad no hace esas cosas, que el fútbol es de hombres y que, además, las mujeres deberíamos estar alejadas del deporte en general, no servimos ni de espectadoras.

En eso quizás le doy la razón, al menos en la familia no oí que alguna de nosotras hubiera visto jamás un partido. Pero que le dábamos a la pelota, a escondidas, pues es casi una tradición. Fíjese que mi abuela, aparte de fumar en el baño para que no la descubrieran, se mandaba unas campanas con la bola, entre cacerolas y guisados, que nos marcaron para siempre. Nadie lo sabe, pero mi madre tuvo que divorciarse por un gol que le hizo a su marido, de chilena y con chinelas, en secreto entrenamiento que, a pesar de no haberlo visto nadie, lo humilló de por vida.

¿Y qué le puedo decir yo? Claro que se enojó cuando me vio correr descalza en aquel open-house, pero es que de mi madre lo aprendí todo; menos el poder esconder este imán que significa para nosotras una pelota. Menos mal que los tiempos han cambiado, y todavía puedo aspirar a un buen matrimonio a pesar de ciertos deslices sobre el césped. Fíjese, por lo menos puedo diseñar trajes claros que permiten correr sin perder el decoro, hasta pude meter alguna vez goles arriba de tacones altísimos... Lo que más nos temíamos, además, va en camino de resolverse. Quitarnos el sexo fue siempre la amenaza más potente, pero con las otras consiguiendo cada vez más derechos, nosotras podremos alcanzar esos placeres sin problemas, quizás alguna vez, sin coartadas. Y eso será pronto, así que no me recrimine más y vístase, Céspedes, que tengo un pastel en el horno, y en la mañana jugamos con las primas, todas ellas aurinegras.

CUANDO THOR ODIABA LOS GOLES DE THE STRONGEST

Miguel Lundin Peredo

El reportero de la sección de crónica policial del periódico La Razón caminaba lentamente por los pasillos de la escena del crimen, mientras los miembros del Equipo de Investigación Avanzada de Crímenes Paceños realizaban la rutinaria búsqueda de evidencia digital y de ADN en el lugar de los hechos. El grupo era nuevo en la policía local y se lo conocía mayormente por su abreviatura: EIACRIPAC.

Cubierto por una sábana blanca, el cadáver parecía acurrucado sólo por la fotografía de la señorita Vivian Colombo con la polera del centenario del club The Strongest. El reportero sintió un frío helado recorrer su cuerpo al tomar una foto de la víctima. A estas alturas, lo único que se sabía del muerto era que fue un deportista mediocre que había comenzado en la división juvenil del Tigre.

La policía se guardaba un dato para no despertar alarma en el mundo deportivo: días atrás había recibido una carta de un hombre desconocido que se llamaba a sí mismo “The Strongest bad football players slayer”. Entre la fea letra garabateada apenas, en una suerte de acertijo conocido como el Deadpool, se leía una lista con los nombres de varios ex-jugadores del equipo que había muerto en las últimas semanas. Todos habían sido olvidados por la historia y la prensa deportiva.

El reportero Palomino Lamas pensó que estaba jodido. Él había jugado en su adolescencia con muchos de esos que ahora eran sólo los nombres garabateados. Salí sudando de las oficinas del periódico, aferrado a una pistola que ocultaba bajo su chaqueta. Por primera vez en su vida, probó el miedo que alimenta a los paranoicos. Después de comprar comida para dos meses, se encerró en su apartamento e inventó un largo viaje en el trabajo.

Un pizarrón en su dormitorio empezó a llenarse con los nombres de cada uno de los jugadores que una vez habían sido sus viejos colegas en el mundo de la pelota y de los que ya nada quedaba. Pronto, al lado de los nombres colocó fotografías que empezaron a ordenar un mapa de la

ciudad, de acuerdo a los sitios donde aparecieron los cadáveres. El mapa crecía gracias a la información de una radio que interceptaba los mensajes encriptados de la policía local. Con el miedo aumentaba el hambre y mientras Palomino comía uno de las decenas de sándwiches de pollo que había congelado y escuchaba a Carlos Valverde en la tele; recordó sus tiempos de jugador del Strongest, cuando, inspirado en los futbolistas brasileños, se había creado un nombre artístico: todos lo conocían como Chichani y apodos, más o menos creativos, llevaban sus compañeros. Entonces lo vio claro, el único que conocía su verdadera identidad, la suya y la de sus finados compañeros, era un jugador sueco que había insistido por meses y sin suerte por entrar a The Strongest. Ese Erik Lingonfalk, o Thor como se decía, no los quería.

Fumó un poco del peyote que le vendía un indio apache radicado en La Paz y, más tranquilo por haber resuelto el enigma, echó una larga siesta. Cuando despertó vio a Erik muerto en el suelo sosteniendo en la mano la fotografía de Vivian Colombo sonriendo al lado de Maradona en un juego de Photoshop que Palomino había realizado. El asesino había caído en su trampa: la foto tenía una toxina tropical que producía un paro cardíaco mortal al entrar en contacto con la piel.

Cuando llegó la policía para recoger el cadáver del serial killer, una multitud de fans del Tigre aclamaba ya a Palomino en las puertas de su casa. Siguió días de gloria con la popularidad de actor de Hollywood y hasta un avión esgrimió durante dos días una pancarta que decía “ We love you, Palomino”.

Fumando mientras miraba el noticiero, Palomino pensó que era un héroe y consideró que no sería mala idea dedicarse a ser un vigilante e eliminar criminales con delitos de asesinato serial en sus hombros. Un nuevo mundo de oportunidades se había abierto generosamente para un ex futbolista que se volvió reportero. Tras dar una larga bocanada y aún mareado por ese humo extraño, Palomino se acostó al lado de Vivian y se soñó jugando en la final de el Mundial USA 94.

AL CHUPA RIVEROS

Rodny Montoya

El grito inevitable,
alabanza de piedra al sol,
era palabra desbocada
eternidad tallada en la piel
y un eco de montaña y gloria
que habitaba la ciudad.

Pero como en todo,
el silencio se hizo noche
sobre la espalda

(Comunión de huesos y tierra)

y el grito se posó
a la sombra de su historia
repitiéndose a sí mismo:
Warikasaya K' alatakaya
Warikasaya K' alatakaya.

Y ahora el grito
es ese temblor de brizna
antes de la batalla.

EL DESPERTAR

Germán Araúz Crespo

Sus ojos deslumbrados buscaron el fondo del paisaje. Allí las dunas de arena se difuminaban en el horizonte donde emergía un cielo azul, sin una sola nube. Parpadeó varias veces. Recordó que la noche anterior, su mirada seguía la ondulante danza de las llamas en la hoguera que había encendido en un claro del monte para alejar la curiosidad de los animales que divagan entre la vegetación, y arrullado por el canto de grillos y aves nocturnas se fue hundiendo en el sueño. Giró la cabeza, primero a la derecha, luego, a la izquierda, finalmente se incorporó para girar el cuerpo. El paisaje no cambió un ápice. El asombro precedió al terror. Se sintió perdido, desorientado. Como patada de bolivarista.

EL ORO DE LOS TIGRES

Christian Vera

*Y el oro del principio.
Oh ponientes, oh tigres, oh fulgores
Del mito y de la épica,
Oh un oro más precioso (...)
Jorge Luis Borges (El Oro de los Tigres)*

La impronta atigrada de la Garra no deviene de la larga lista de honrosos jugadores, del entramado de gloriosos y míticos equipos, menos por sus conocidos y polémicos dirigentes; la garra es una marca registrada que nace en la euforia amarillo y negro de cada uno de sus apasionados hinchas. Hinchas del ayer que nos legaron todo un saber cifrado en clave amarillo-negro. El Oro de los Tigres es su gente, mujeres y hombres, la vasta y compleja comunidad que cada Tigre conforma. El Oro de los Tigres es el K´ataakaya Warikasaya, ese trueno aymara que fisura, retumba y estremece el corazón rebelde atigrado.

Uno aprende a ser Tigre en el vertiginoso tumulto que hace más de 100 años se teje en el entorno de la cancha. Uno aprende a ser Tigre en la salvaje selva de la euforia atigrada. Uno aprende a ser Tigre en la sombra y en la gloria, con un pie asentado en un episodio de derrota y con el otro hundido en el orgullo tenaz de la garra. Y es desde las tribunas que se configura en cancha el inconfundible estilo de lo que somos. Un conglomerado enorme de luchadoras y luchadores que sin temor al tropiezo y a la derrota hacen de su inquebrantable fuerza un lenguaje. Una forma de expresar en amarillo y negro el fútbol y, sobre todo, la compleja poesía que se enreda en la vida.

Uno aprende a ser Tigre, en la multiplicidad de historias que abuelas y abuelos transmiten de oreja a oreja, de corazón a corazón. En los gestos de cada uno de los beneméritos que atados a su radio todavía escuchan los ecos de la Cañada Strongest. En las narraciones que cada quien esboza sobre su versión de lo que es el ser atigrado. En los mitos que nos refugian y nos cubren de una identidad luchadora. En el dolor de las marcas de derrotas dibujadas en nuestro estoico lomo aurinegro. En los infinitos goles gritados que fragmentan los corazones y las gargantas. En el notorio contraste que se produce frente al Celeste y Blanco Académico.

Uno aprende a ser Tigre en el misterio que se refugia detrás de cada uno de nuestros goles. En la Euforia fraterna compartida. En el cariño que cada quien le distribuye al The Strongest, al más fuerte. En la autoestima visceral que nos nace después de haber caído y tropezado. Sí, porque el The Strongest no instaure una historia que hegemonice la gloria, es también y, ante todo, una sinuosa historia compuesta por historias de derrotas, de triunfos que siempre ceden al matiz, al pero.

El hincha del Tigre tiene un destino demasiado empujado. Tal cual Sísifo carga el peso de la camiseta, en ella inscribe las marcas de su pasión, su fascinación, su im/paciencia, su fidelidad, su furia, su inocencia, su intolerancia, su autoritarismo, su absolutismo, entre otras marcas que lo distinguen a leguas como Atigrado. Y cada domingo desde muy temprano prepara su espalda para afrontar la cuesta, para afrontar las magulladuras del peso de cargar las durezas de la Euforia Stronguista. Ya en cancha Sísifo-Tigre se asoma a la cima de la cumbre. En ella, libre del peso, se entrega a la tensa levedad del juego, y en esta corta instancia o disfruta su llegada con un triunfo o sufre los avatares de la derrota; sin embargo, sea cual fuere el resultado todo concluye cuando inevitablemente Sísifo-Tigre, terminado ya el partido o la gesta, se avienta desde la cima, se arroja a la trampa de su agonía. Todo para recomenzar la faena, el próximo domingo. Ser Tigre es una forma extrema de aprender a sudar caudales tal cual como se suda en la cancha bajo el mando de la pesada e histórica polera aurinegra.

Los Tigres somos un laberinto inacabable de historias, épicas, ficciones, debacles, resurrecciones, calvarios y lágrimas. Nuestra gloria se construye sobre el escombros de cada derrota. Personajes de toda laya conforman esta nuestra familia que sabe mucho de sudor y goles, de las glorias del cielo y del calor devastador del infierno. Por eso somos amarillo y negro. Vivimos del contraste, y en el contraste. En un solo toque somos oro, carbón y fuerza, los tres lados de la inexplicable moneda atigrada.

Los 100 años no es una suma caprichosa del tiempo, por el contrario es un ámbito donde confluye una multiplicidad de líneas, de referentes, de emociones, de detalles, de datos, de anécdotas, de revanchas, de misterios y de derrotas. No es fácil abrir la memoria atigrada sin caer en el vacío que ofrece la melancolía, sin desvanecerse en el júbilo que despierta esta sensación de llevar en la sangre los huracanados vientos andinos del aurinegro.

Son 100 intensivos años de enseñanza permanente al corazón aurinegro que se alimenta diariamente en la locura asfixiante de una pasión indescriptible, estoica, que rueda sobre el impredecible destino esférico de un balón. No es fácil ser stronguista sin palpar la sal de la lágrima. Es que ser Tigre es encarar al mundo bajo una identidad móvil y en permanente construcción. Una identidad compuesta por diversas piezas dispersas en una centuria que se cohesionan en el amarillo y negro, en la sempiterna médula del GRAN Chupa Riveros. Se trata de una identidad intercalada entre la fuerza, la frontalidad, la batalla y la mixtura de versiones heroicas y antiheroicas que sólo ofrece el coraje de un Tigre Derribador. Un Tigre que se alimenta del cerco que impone su memoria pero que, al mismo tiempo, lo transgrede y lo resignifica.

Cumplimos 100 años de compromiso incondicional con esta euforia y festejamos al Oro de los Tigres. A José López Villamil, que fundó no sólo un club de fútbol, sino una máquina lúdica para abordar la inmensidad del mundo. A los primeros hinchas, una turba híbrida de doctorcitos, mineros e indígenas que iracundos golpeaban piedras para dar fuerza al equipo. A la Chainita, ave que ofrendó sus colores a la trascendencia gualdinegra. A la Vicuña, que en su aventura le enseñó a correr al Tigre. A los héroes del Chaco que eligieron bautizar al fortín como Cañada Strongest con el fin de armar un cerco al absurdo de la guerra. Al infinito duelo por las insustituibles ausencias atigradas desaparecidas en el desastre de Viloco. Festejamos al Oro de los Tigres. A la fidelidad y sabiduría de Lucho Galarza, a la fiereza impagable del Tano Fontana, al dulce juego del GRAN Chocolateño Castillo, al arácnido fútbol de Sergio Oscar Luna, a la fortaleza inquebrantable de Luis Héctor Cristaldo, a la displicencia añorada de Sandro Coelho, a la fuerza de Titán de Óscar Sánchez. El Oro de los Tigres, también, para aquellos que por caprichos del tiempo no vi: el Zorro Bastida, Jorge Latini, Max Ramírez, Osvaldo Potente, Eduardo Ángulo. Pero, El Oro de los Tigres, sobre todo, en estos 100 años de euforia es para todos los hinchas del ayer y de hoy, que alimentan día a día, hora a hora, segundo a segundo esto que hace una centuria nos habita como una estela inagotable pintada de amarillo y negro.

La camiseta es el reflejo de nuestros colores, la piel del que se la pone, un tatuaje permanente, se adueña de ti, se mimetiza... y nunca más volverás a ser el mismo.
Los modelos cambiarán, las marcas pasarán, las alternativas se mostrarán y los colores siempre seguirán siendo los mismos.



LA CAMISETA

DE EQUIPO NO SE CAMBIA

Franchesco Díaz Mariscal

A mi abuelo, Mario Mariscal Paredes.

Levantó el periódico que su abuelo había dejado encima de la cama y los ojos se le llenaron de dos colores: amarillo oro y negro. Vio las fotos de un par de danzarines que hacían acrobacias con una pelota en medio de ellos; era una coreografía casi perfecta. El de la izquierda parecía llevarse la pelota, mientras que el de celeste porfiaba por no dejarle. El que vestía la casaca aurinegra era rubio, gordo, casi podría decirse teutón; quien forcejeaba con él, pelo café y figura delgada, pero fibrosa, el típico ejemplar caucásico. Siguió con la mirada a las letras que aparecían debajo: “Jorge Lattini se lleva el balón hacia el pórtico pese a la oposición de Ricardo Troncone”. Sonrió. Esos nombres le parecieron agradables.

Desplegó la página encima de la cama. El titular a todo lo ancho decía: “El clásico fue para el Tigre”. Debajo, a un costado, se veía la foto de un equipo con las mismas casacas aurinegras. Le encantó. Empezó a mirar uno por uno a los doce que aparecían en esa imagen: diez llevaban los colores que, supuso, servían para darle el apelativo porque eran los mismos del Shere Khan de El Libro de la Selva, cuyo disco tenía guardado junto con los de su mamá. Uno, moreno y gordito, llevaba una chompa roja y pantalones cortos negros, y estaba al borde derecho de la foto. En el otro extremo, con una polera blanca de manga corta y un buzo negro, un señor delgado que tenía entre los pies un maletín pequeño, parecido al que alguna vez había visto cargar a un plomero que vino a hacer refacciones en el baño de la casa.

El de la chompa roja tenía un cinto blanco a la mitad del brazo izquierdo. Algunos de los aurinegros estaban de pie, otros reclinados, de cuclillas. Tres de estos últimos tenían una pelota entre las piernas, y un cuarto la sujetaba con ambas manos, como apoyándose en ella. Debajo de la fotografía pudo leer: “La formación inicial del cuadro de Achumani”. Comenzó a leer la noticia, que daba cuenta de un partido de fútbol disputado en el Estadio “Olímpico”, cuando su abuelo retornó al cuarto. Con ojos brillantes e inquietos le preguntó quienes eran los de la fotografía.

—Es el Strongest —respondió su abuelo, encendiendo uno de sus sempiternos cigarrillos Derby con los caballitos corriendo en la cajetilla blanca y naranja.

— ¿El qué? —volvió a preguntar.

Su abuelo sonrió y se sentó a su lado. “El Strongest”, repitió, y comenzó a explicarle sobre fútbol, los partidos clásicos y todo lo que implicaban, además de enseñarle la pronunciación correcta del nombre del club: “Di estronguest”. Quedó fascinado.

Esa tarde, cuando su abuelo iba para la pequeña empresa familiar de limpieza de ropa que tenían, se fue con él. Entró raudo a la sucursal donde todos lo conocían de memoria y empezó a hurgar en la pila de periódicos que había en un rincón. La encargada sonrió y le preguntó qué buscaba. “Fotos del Strongest”, replicó sin levantar la cabeza, mientras apartaba a un costado unas páginas donde había grandes fotos de dos jugadores haciendo malabarismos con el balón. “¿Eres del Tigre?”, volvió a preguntar ella. “¡Sí!”, contestó enfático mirándola. “Yo también”, comentó ella sonriéndole. Él volvió a lo suyo, logrando reunir unas doce fotos de distintos jugadores del plantel y dos, en blanco y negro, del equipo entero.

Sus tíos entraban en la adolescencia: 17 años el mayor, 15 el siguiente, 13 el benjamín. Uno de sus entretenimientos era el juego de fútbol con equipos confeccionados en tapacoronas de gaseosas. Él les mostró las fotos de The Strongest y les pidió que le ayudaran a hacer su propio equipo; incluso se había conseguido un montón de “tapitas” —como las llamaban en casa— de la amable señora de la tienda, en la casa contigua, quien prometió guardarle más de ahí en adelante.

Fueron días ajetreados: tijeras en mano (detestaba la que le daban, pequeña y forrada con un plástico amarillo que simulaba la silueta de un monito, y levantaba siempre la más grande, la que veía usar a su abuela para coser), cortando las fotos y los fondos, agregando los números y nombres, pegando todo —y pegándose los dedos íntegros, también— con “carpicola”, un pegamento blanco que le encantaba después irse sacando de las manos.

El hermano de su abuela, que vivía en Cochabamba y era un ex jugador de fútbol profesional, llegó por esos días de visita. La casualidad hizo

que ese domingo volviera a jugarse un clásico, esta vez en el estadio de Tembladerani, propiedad del Bolívar. El tío, que tenía un carnet que le permitía el ingreso a cualquier estadio del país, le ofreció llevarlo. Fue el principio del verdadero amor. Al llegar, le impresionó la cantidad de gente aglomerada, pugnando por ingresar. Y los vendedores de recuerdos. El tío le compró una gorra con los colores de The Strongest, que decía “Tigre Campeón”.

Una vez adentro y cuando los jugadores saltaban a la cancha, empezó a reconocerlos uno a uno, ayudado también por el tío que tenía un receptor portátil de radio en la mano. Aunque era un partido entre rivales tradicionales, le gustó que estuvieran sentados casi lado a lado los de uno y otro plantel, sin peleas ni hechos violentos.

En un par de semanas tuvo a su equipo listo. Un arquero, confeccionado con dos tapacoronas pegadas entre sí con clefa y con la parte inferior de la tapa trasera abierta como una patita que servía para que el portero se parase y contuviera los remates de los jugadores rivales, ayudado además por el corcho y la moneda de 25 centavos de Peso boliviano que tenía debajo de los papeles con su imagen, número (un uno rojo que cortó de un calendario de escritorio) y nombre: “Luis Galarza”. No encontró por ningún lado la fotografía del segundo arquero o suplente, pero no importaba; éste no se lesionaba como los de verdad y él se encargaría de que no fuera expulsado en ningún juego.

Y también hizo las imágenes de dieciséis jugadores, que logró reunir a duras penas consiguiendo incluso fotos botadas en la calle. Sus tíos le sugerían que pusiera la foto de algún jugador en blanco y negro, con la camiseta “coloreada” con marcadores, pero él quería todas las fotos en color y se empeñó por conseguirlas. Entre los jugadores, para los que había elegido las tapacoronas más redonditas, figuraban Luis Iriondo, Juan Peña, Eduardo Angulo, Jorge Lattini, Ovidio Messa, Luis Bastida y W. Cañellas.

El primer partido que jugó, contra su tío menor, fue The Strongest - Always Ready. Él hubiera querido un clásico, pero era imposible: nadie en la casa tenía ese equipo, pues los tíos eran todos stronguistas y habían preferido hacerse plantillas de Oriente Petrolero, Blooming, Guabirá, Wilstermann, Independiente Unificada, Stormers, Municipal y Always antes que de los odiados rivales. ¿El resultado? Un empate a dos goles,

más por la benevolencia del tío que por méritos propios, había que reconocerlo. Pero ya el amor por el juego estaba instalado.

Un par de años más tarde emigró a Potosí, donde vivía en casa de unos primos. Ellos no conocían el fútbol con tapitas. Apenas pudo, consiguió fotos y los envió en la práctica. Una frazada, debidamente marcada como cancha de fútbol, dos arcos —podían ser improvisados, como cuando se jugaba con pelotas de trapo o de plástico en la calle— en los respectivos extremos estrechos, una canica pequeña de vidrio y ya: se desencadenaban verdaderas batallas de once luchadores contra otros once, movidos cada plantel por un estratega que trataba siempre de ser el vencedor. Un cuadrangular jugado en La Paz en que intervinieron el Atlético de Madrid de Cano — ¿qué hacía en esta parte del globo? En esas épocas no se hablaba de la famosa “altura” y los clubes emprendían giras intercontinentales— y el Talleres de Córdoba de Guibaudo —quien años más tarde sería portero del Blooming de Santa Cruz campeón nacional— les ayudó para que sus partidos fueran “internacionales”.

De regreso en La Paz, recomenzó el cariño con el club. Cada vez que se podía iba con alguno de sus tíos a los partidos del “Tigre”, y cuando no podía estar en persona en el estadio ó se jugaba en el interior, seguía la transmisión por radio. Incluso una noche, cuando tenía como nueve años y estaba solo en casa, escuchando que las graderías mirallorinas estaban abarrotadas y que había la posibilidad de una transmisión televisiva en directo para el país, excepto La Paz por ser la sede del juego, se unió a las exhortaciones de los relatores, don Grover y don Remberto Echavarría, pidiendo en un rezo inocente pero vehemente que la señal llegase también a los televisores paceños. Cuando comenzó el partido, con un estadio absolutamente lleno y miles de personas fuera según comentaban los hermanos potosinos por radio, él ya desesperaba: sus ruegos no eran atendidos por el Señor. Lanzaba una pelota de goma contra la pared y se lanzaba, emulando a Luis Galarza, encima de la cama, convertido en el guardameta de un pórtico imaginario que estaba a los pies del catre. De pronto, de reojo, advirtió que la señal del 7 (aún no habían proliferado las estaciones teledifusoras en Bolivia: en la sede de gobierno estaban el canal estatal, más conocido por su número identificador, y el universitario, pionero en la transmisión a colores) mostraba el campo que tan bien conocía y la disputa del balón en el sector central, cerca del círculo. Dejó su propio juego, se acomodó

encima de la cama mirando a la pantalla de 14 pulgadas e íntimamente agradeció a la divinidad.

La adolescencia llegó asimismo con asistencias esporádicas, quizás porque las prioridades eran otras. Pero en todo momento trataba de estar al tanto de lo que ocurría con el Tigre: cambios en las planillas de jugadores, resultados de los juegos y renovaciones de los equipos contruidos en tapacoronas, consiguiendo las fotografías actuales. Cuando estaba en la prepromoción, uno de sus amigos de Tupiza, donde viajaba cada fin de año a pasar las vacaciones, se presentó en La Paz para asistir al primer clásico por la Copa Libertadores, el torneo más antiguo entre clubes de distintos países en Sudamérica. El amigo era hincha del rival, pero eso no importaba. Vieron el juego desde el sector de la Recta General, acompañados por el papá de su amigo, con quien éste había hecho el periplo. Al concluir la primera etapa el resultado estaba igualado, y al acabar el juego concluyó así, aunque un desatino del lungo arquero stronguista, Víctor Aragón, casi ocasiona que terminasen ganando los celestes. Su amigo le molestó durante todo el retorno hasta el hostel donde se alojaban, pero no importaba porque habría una revancha en la que él confiaba sus esperanzas y, además, había acabado sin apertura del tanteador.

El paso por la universidad terminó confirmando la ausencia en la grada, aunque trataba de ir a los clásicos —hasta que un amigo suyo misteriosamente falleció luego de asistir a uno, en que los “cholis” habían ganado— y a los pocos partidos internacionales que el club disputó mientras duró su formación profesional, que le llevó por nuevos y diferentes rumbos.

Cuando el equipo celebraba sus 90 años empezó a ejercer la práctica periodística. El salario le permitió comprarse su primera camiseta original, conmemorativa además del nonagenario. Un año antes había adquirido un par de gorras: una del poderoso y otra del rival, para su padre que fallecería antes de concluir esa gestión producto del cáncer, pero al menos sirvió para alegrarle los últimos días. La adquisición de la polera y la economía autogestionaria le ayudaron, poco a poco, a retomar el hábito de asistir a los partidos, bien acompañado de amigos de la universidad o de su hermano, casi 14 años menor que él. Por la misma época termino de afianzar el hábito: sentarse siempre en la Bandeja Alta de la Curva Sur, sin importar las condiciones climáticas, casi detrás del pórtico de ese lugar.

Incluso la única vez que adquirió un abono para las Eliminatorias —en las previas al Mundial Corea Japón 2002— privilegió el mismo sitial.

Desde esa altura tenía una perspectiva particular del campo de juego, que le permitía visualizar todo de un solo golpe de vista, incluidas las casamatas de los reemplazos, donde siempre sucedían cosas simpáticas para el recuerdo: gritos de los adiestradores, las calistenias colectivas cuando mandaban a calentar a toda la banca —por lo usual alrededor de los 35 minutos de juego—, el trabajo de los colegas denominados “Puesto dos” detrás de las casamatas y por medio de intercomunicadores que les permitían salir al éter durante las transmisiones radiales, etc. No existió un análisis previo pormenorizado de dónde sentarse: las circunstancias hicieron que ese lugar fuera integrado a los rituales típicos de cada jornada en el estadio.

A la que lleva en la parte izquierda del pecho la leyenda “90 años”, fabricada por una empresa argentina multinacional, siguieron con los años otras camisetas, siempre originales, compradas por lo usual al inicio de la temporada para identificarse más con los jugadores que saltaban a defender los colores amados en la grama. Durante varios años una empresa nacional tuvo la preferencia en la selección de los dirigentes de turno al momento de dirimir quiénes vestirían al primer plantel —como dicen los periodistas— y, por consiguiente, era sencillo acercarse a una de sus tiendas y adquirir la prenda, alguna vez doble y hasta triple porque se animaba a comprarles la réplica a su hermano y a uno de los primos.

“¿Ya te estás disfrazando?”, preguntaba con alegre sorna el abuelo cuando le veía realizar sus rituales previos a cada partido: elección de cada prenda —polera manga corta si se trataba de un juego diurno; manga larga e incluso de cuello de tortuga si era por la noche (además de la bufanda con los colores amados, que se compraba en la puerta del estadio); calcetines con el escudo de The Strongest dibujado en el borde superior; unos pantalones negros (jeans, de corderoy o de buzo deportivo, según el clima y la disposición anímica, o la trascendencia del rival, para ser más justos); calzoncillos con el color de la casaca del oponente (siempre celestes para un clásico, aunque no fuese a ir al estadio porque los locales de recaudación eran los de la orilla opuesta); la polera del equipo correspondiente a esa gestión, alguna chamarra si el caso ameritaba y la infaltable gorra aurinegra, que también renovaba cada cierto tiempo—.

Las cábalas no quedaban ahí. También incluían un buen duchazo, una comida rica en carbohidratos (fideos, casi siempre solicitaba comer fideos en día de partido) y, ya en el estadio, una tradicional “patita” –fritura rebosada de estos miembros del cerdo–, sobretodo si el equipo demoraba en abrir el tanteador ó estaba perdiendo. Se volvieron una especie de mantra silencioso y estomacal. Incluso, en juegos internacionales, prefería consumir el popular relleno antes de que se iniciase el partido, como una señal de buen augurio similar, en cierto modo, a la persignación que muchos jugadores hacen al momento de ingresar al terreno de brega. Más de una vez se puso histérico en los entretiempos porque las vendedoras de la fritura no aparecían por ningún lado o, lo que era todavía peor, habían agotado sus provisiones con la gran asistencia de espectadores. En momentos como esos, tal vez inconscientemente, volvía a acordarse del ruego inocente a la divinidad en su niñez pero, como diría Benedetti, la otitis suprema parecía haberse hecho crónica con los años.

En el periódico donde comenzó a fungir como redactor, el desaparecido matutino (vespertino en sus inicios) Última Hora, habían como en todas partes del país hinchas de su equipo y del rival; en cierto modo, como recoge cualquier reseña del fútbol boliviano, la población podía dividirse entre los simpatizantes –declarados y disimulados– de la aurinegra o la celeste. Estos últimos solían molestarle cuando le veían sentado en su cubículo con todo el “disfraz”, contando los minutos para largarse al templo miraflorentino; las pullas se incrementaban, por supuesto, cuando la campaña del equipo no era de las mejores –algo bastante recurrente, pues el último título obtenido, incluso acoplado a uno de los cánticos de la barra, era de 1993.

En una de esas discusiones con los simpatizantes del rival –tan eufóricos y fanáticos como él al defender a su divisa– acuñó la inmortal frase: “De equipo no se cambia”, réplica a las insistencias para que se pasara a la vereda opuesta o cambiase de plantel. Y fundamentaba: “Se cambia de pareja, de religión, de auto, de casa, de estilo en la vestimenta, de hábitos alimenticios si quieres... pero de equipo jamás. Uno nace Tigre y muere Tigre”. Tamaña respuesta solía, casi siempre, dejar callado al más pintiparado de los insidiosos. Y no era sólo una frase para salir del paso, sino un sentimiento que, al racionalizarlo, se dio cuenta estaba en lo más íntimo de sus entrañas y de las de todos sus familiares stronguistas.

Había muchos, como sus tíos, que por no vivir en La Paz o por los pésimos juegos —no sólo del equipo amado, sino en general de la denominada división profesional del fútbol local— ya no iban al estadio y ni siquiera escuchaban los partidos por radio. Si acaso, con suerte, se anoticiaban del resultado en los resúmenes de televisión u oteando un periódico. Los primos no terminaban de empaparse del amor futbolero o estaban asimismo fuera de la hoyada y trataban de subsanar las inasistencias en épocas de vacaciones, cuando la familia trataba de juntarse, pero eran pocos los juegos que alcanzaban a ver. Su hermano sí, había heredado casi las mismas manías: ropa específica y otras conjeturas para el buen desempeño del equipo. Incluso le reclamaba cuando por alguna circunstancia, como el frío que le arredraba entrar a la ducha para luego estar más de dos horas a la intemperie en la fría gradería o el apuro por comer lo que sea en la calle, rompía sus propias cábalas poniendo en potencial riesgo el resultado del juego.

Los dirigentes optaron por emular lo que se hace fuera del país e introdujeron la venta de abonos para toda la temporada, que él compraba casi con veneración apenas ponían a la venta. Un año de esos, como su economía era de subsistencia por la cesantía, aprovechó los contactos y se registró —por primera y única vez hasta ahora— como periodista acreditado para los partidos en La Paz. Una vez estuvo en la cancha (en un juego de Copa Libertadores en que aprovechó para pedirle una foto a uno de sus ídolos foráneos, que llegó con el equipo rival a llevarse un empate en la cada vez menos mítica altura paceña, algo que le dolió en el alma durante mucho tiempo pues sintió que había sido k'enchá para el triunfo atigrado) y casi siempre optaba por irse al palco de prensa ó a la tribuna de Preferencia, aunque esta última le resulta incómoda porque los asientos son más bajos que en su amada Curva Sur, Bandeja Alta.

En el último tiempo la dirigencia, comandada por un abogado cristiano que de fútbol sabe tanto como de física cuántica o mantenimiento de motores de submarinos, se esforzaba por sumar traspíes uno seguido de otro. La estulticia con que actúan le ha vuelto a alejar de la cancha. Incluso, aunque es el año en que el poderoso celebra su primer siglo de vida —algo que él particularmente festejó con una bebediza inolvidable—, como señales de protesta no compró el abono para la gestión, es un declarado Némesis de los figurones que están ahí sólo para salir en las fotos del Centenario (como una clara movida para reinsertarse luego en

la vida política del país, de la que provienen y a la que tornarán usando al club como un mero trampolín) e incluso ha creado un par de grupos en contra de sus desatinos e improvisaciones en una red social de la Internet.

Peromásalládeesasmeras circunstancias coyunturales y momentáneas, que a él y a miles de hinchas del glorioso The Strongest le significan molestias y secreciones hepáticas, cada día está más convencido de su afirmación cuando le sugieren que deje al club de sus amores, sobre todo los mal llamados hinchas que creen todo en la vida deben ser puros éxitos y buenos ratos. Pueden pasar malos momentos, temporadas de resultados negativos e incluso, como ocurriera tres años antes de su nacimiento, que todo el plantel desaparezca en un accidente fatal, pero sabe que él será leal hasta su muerte. El jueves 9 de abril de 2003, al día siguiente de que el club cumpliera 95 años, con algunos vapores alcohólicos que le dieron el empujón final para decidirse a hacerlo, optó por reafirmar gráficamente su postulado. Fue a las oficinas de identificación y renovó su cédula de identidad haciéndose tomar la fotografía con la polera de The Strongest. Y es que, definitivamente, de equipo no se cambia.

¡CIENTE!

si no lo sientes, no lo entiendes



BLOQUEO

Manuel Monroy Chazarreta

Tengo que ir a Oruro a dar un recital. Los orgullosos quirquinchos me esperan con sus bigotitos y su caparazón precolombino. Cerquita es... confiado estoy. Llego a la terminal de La Paz como ekeko.

– Un pasaje a Oruro, joven–, digo.

– Su riesgo será, los loqueadores todavía están, yo le vendo, pero después no reclame.

– ¿Qué cosa voy a reclamar?

– No sé... después quieren que se les paguen las heridas.

– Uyyy, qué exagerado...ya, deme mi boleto.

Subo al bus, pocos somos. Atrás una doña bien embarazada muge pasankallas; otra le cambia pañales a la wawa, oloroso está el ambiente. Quiero recostarme y el asiento se va hasta el fondo. El de atrás gruñe:

– Más cuidado, pues.

– Yaaa... ¿mi culpa es acaso?

– Siéntese bien, además soy del San José–, me dice con cara de minero a punto de dinamitarse.

Por fin sale la flota, puro chillido; está lesionada por todo lado. Una cumbia nos arruga el oído. Cuando estoy por dormitar atragantado de polvo, un chango me despierta de un jauk'aso:

– Boleto, boleto.

– Calmate, cuate.

– Yo qué sé pues–, me dice con su llaucha brotando de una caries.

En la tranca suben chorizos, choclos, empanadas. ¡Patitaaas, patitaaas. Sopa en bolsa con bombilla!, chillan una doña con su wawa de seis años en la espalda. El de San José compra de todo.

– Ya, aishtá, para que no te rrrrayes–, me lanza desde atrás una cabeza de cordero que cae en mis faldas. No me gusta, pero tengo que comer; poray se dinamitea y toditos nos jodemos. Vuelve la flota a sus lamentos, el altiplano yace congelado en su sol matutino, dormito contando olores.

De pronto frenazo, gritos:

– Ya pues, dejame pasar–, dice el chofer.

– Nada carajo, bloqueo es.

– ¿Pero porqué?

– Qué te importa, media vuelta. Viva Bolivia, día del mar...

Se arremolinan varios originarios con palos y hondas. Faltan las flechas y una de cowboys estaría viendo. Audazmente me bajo, imploro:

– Hermanos, estamos con ustedes, sólo que debemos llegar a Oruro, tierra de amor. Tengo que actuar esta noche, además embarazada hay.

Entonces viene el “más más” hecho al rosco y empieza a increparme en aymara, le contesto en japonés.

– Baca yaro, watashi wa maniero monroy des, Bolivia cara quimashta–, le digo samuraimente.

– Yaaa, la burla testas haciendo, ni aymara sabes.

– Sé: ¡K´alatakaya Warikasaaya!

Vuelve la ráfaga en aymara y sólo entiendo “q´ara de mierda”.

– Ah, ¿yo q´ara? Vos t´ara serás–, respondo.

Entonces uno saca su honda, empieza a dar vueltas y vueltas. “Y ahora ¿ken podrá defenderme?”, pienso. La honda revolea, el ñato pierde el control, empieza a elevarse. Todos vemos admirados como el men se va volando, insultando. Se va, se va, se va la vida, canta la radio... Desaparece entre las nubes.

– Este cojoro –, dice el “más más” y alza un clavo con su palo.

– Ya retrocedé, sino a tu goma me la voy a darrrrr.

Entonces la que empieza a dar a luz es la embarazada.

– ¡Ay ay, se va a salir!–, grita. Entre todos la cargamos a la casita de adobe del “más más”. Trotamos con la doña que tiene la cabeza de la wawita afuera. La wawita grita:

– ¡Viva el Tigre!

Entramos a la casa. –Varoncito es–, indica una señora de pollera que me pone mixtura, flores. Sueña una banda; sale la cerveza; el de San José ilumina con cuetillos; matan una llama.

Desde entonces radico en Alto Chualuma bajo; soy el Corregidor. Han pasado años de esa vez... Hoy día vamos a bloquear porque no tengo camisetas para mi equipo y este domingo jugamos.

MARÍA

Luis Serrano

María sabe que está sola y que puede escuchar su CD de sayas sin temor. Acomoda los audífonos en sus orejas y presiona la tecla que hace girar el disco. Entonces comienza el viaje a su lejana La Paz.

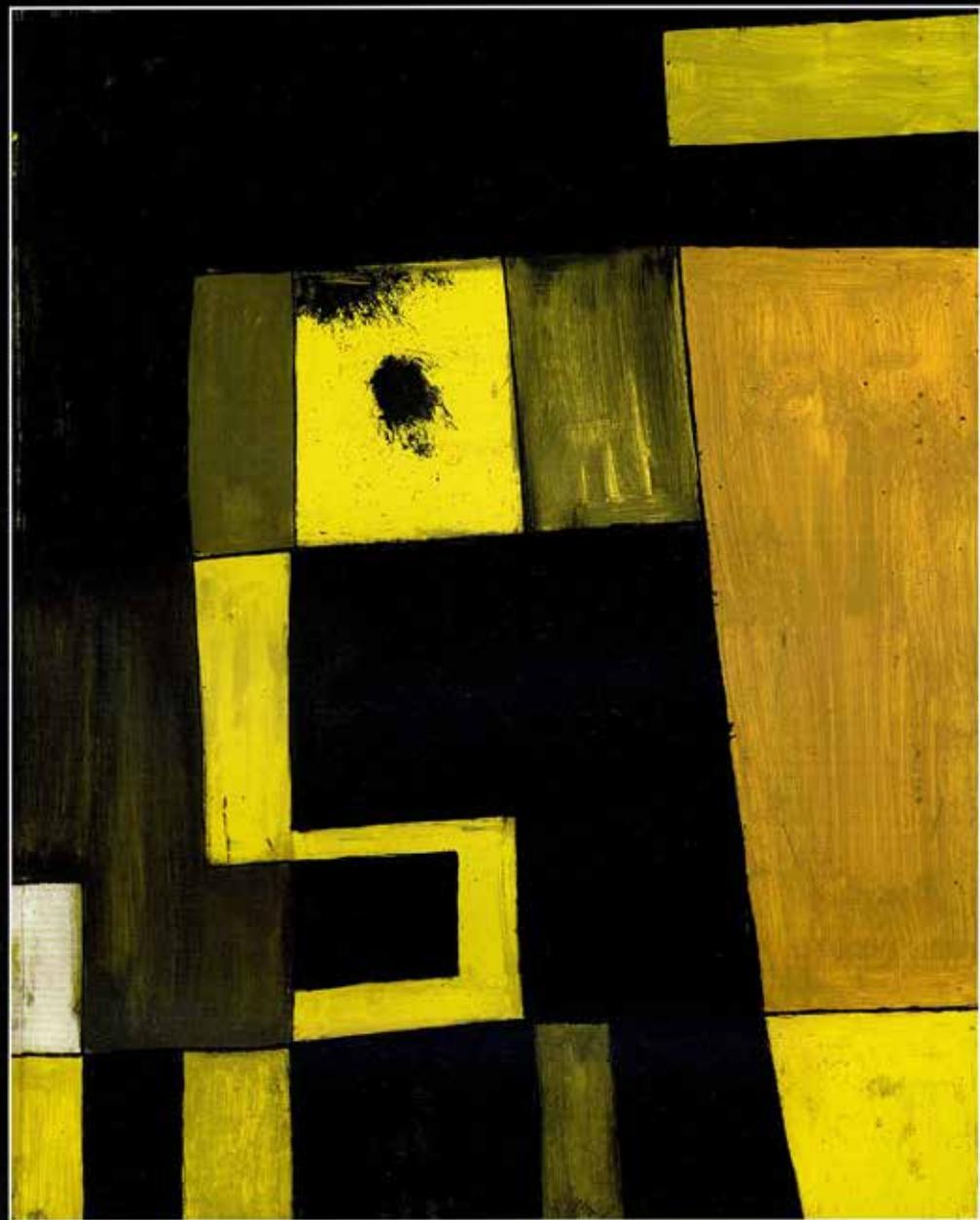
Le gusta estar dentro de esa inmensa vasija, en un lugar que le es muy familiar: algo así como un mirador natural en la zona de Achumani. Disfruta de pararse de frente al lugar más distante y lanzar su vista por el cielo y preguntarse siempre, sin encontrar respuesta: ¿Qué hará que justo encima del altiplano sea de un celeste tan aguado y cuánto más arriba mire se vuelva más azul y por qué será que las nubes vuelan a otros cielos en invierno? Ya está palpando la cáscara porosa de la mandarina, la está abriendo y está separando sus hojas, su jugo dulce le hace desear una más y esto se vuelve a repetir hasta que ha juntado unas seis cáscaras y muchas pepas. Después vuelve a entregar sus ojos a la urbe y ve como hay casas que han crecido en lugares casi verticales, igual que la paja brava, unas cuantas han surgido en los pocos terrenos planos y la mayoría se ha hecho un lugar en las pendientes de la ciudad.

Mira sobre sus hombros y a cada lado tiene cerros próximos. Cómo tendrán la piel, se dice, que están llenos de arrugas. A los pies de uno de ellos hay un estadio de fútbol, que es de su club, el The Strongest. Ahora ya sabe que eso significa “el más fuerte”. Apenas sí puede ver a los jugadores, más chiquitos que las patas de las hormigas. Pero ¿dónde estará la pelota? no la logra divisar. “Negra, zamba...” canta, “...si el Strongest ha ganado, ay vidaday, es porque sabe jugar”. Qué lindo es ir al fútbol, recuerda, y se le hace agua la boca del olor que desprenden los sartenes llenos de chorizos friéndose en aceite.

Cerca de ella están esas casas bonitas de Achumani, con techos de teja y paredes que lucen radiantes colores. “Y pensar que yo trabajaba allí, la señora era buena nomás, pero pagaba poco” reflexiona. Las sayas, en tanto, siguen haciendo bailar su espíritu.

Alguien le palmea el hombro y la saca de su sueño paceño para regresarla a su american dream. Es la gringa de todos los días.

– Mería, Mería ¿are you working Mería?



LA REVANCHA

Paul Tellería

Alejandra no sabe como pasó todo tan rápido, sólo se acuerda que se quedó inmóvil mirando al tipo de polera que cinco minutos antes estaba amarrado y ahora le despierta deseo. Gritó mucho, trató de defenderse pero ellos no la dejaron inventar alguna historia convincente. El ruido seco calló los gritos de gol en sus bocas.

Pablo nació en Miraflores, en mitad de la dictadura, un domingo de clásico en 1980. El mismo día su viejo, con el pretexto de que lo había agarrado el toque de queda, se encerró a beber en la casa de un amigo.

En el momento que Pablo llegaba al mundo, su madre maldecía al padre por no estar presente y él defendía encarnizadamente y con contundencia la supremacía celeste frente al Tigre. Afirmaba con certeza que su hijo sería profesional, académico e hinchado del Bolívar.

Una semana, en mitad del clásico de revancha, nacía Beto, hijo de padre ex futbolista de Strongest. El día que la madre pujaba para que Beto viera la luz, su padre gritaba “¡foul carajo!” y secaba con bronca el trago que tenía en su sobaquera. El padre prometió ese día que su hijo sería macho y stronguista como él.

Tarde de clásico, un domingo veinte años después, Beto tiene en la mano izquierda dos entradas para la curva, mira su polera celeste y una vez más le da bronca sentirse traicionado. Su memoria, en uno de esos caprichosos giros, lo lleva a ese domingo de sol en el patio trasero de la vieja casa de Miraflores y recuerda la traición de Pablo.

Como cada fin de semana, Beto, después de almorzar donde sus abuelos, buscaba a Pablo en la casa vecina para jugar con la pelota a los penales en el jardín.

Beto sentía que eran uña y mugre, amigos desde los cuatro años, sangre futbolera, misma pasta ganadora. Futuras estrellas del club Bolívar entrenando para ser grandes futbolistas. Esa tarde Pablo fue al arco y a Beto le tocó patear el primer tiro. Pablo agarró la pelota en seco, la tiró al piso y con la seriedad que da la madurez de los diez años le dijo:

— Ya no quiero jugar a que entrenamos; quiero jugar a ganar, no seré más bolivarista, he decidido voy a ser del Strongest como mi tío que juega de defensa en el Tigre. Él es buen tipo, no me pega como mi viejo. No me gusta el celeste, los bolivaristas son borrachos y no quiero entrenar contigo, seré del Tigre y punto.

Beto se quedó seco. Ese día se le partió mitad del sueño, fue el primer abandono en serio de su vida. Se quedó solo en el patio, mirando la pelota en el piso y sus lágrimas llenas de bronca cayendo por su polera celeste. Pablo estaba orgulloso, por primera vez en su vida había dicho lo que quería hacer.

Beto se le lanzó encima y entre puñetazos le gritó — ¡Maricón, traicionero, eso no se hace, era un pacto de amigos! — Pablo había traicionado el pacto de los seis años, el sueño de que juntos, al terminar el colegio, se irían a probar suerte a Tembladerani para ser parte del equipo. Desde esa vez, luego de la pelea, dejaron de hablarse.

Beto, líder de la barra del Bolívar, por primera vez en su vida se quedaba en la puerta del estadio. Se sentía nuevamente traicionado, solo y sin saber por que recordando al amigo que de niño le enseñó a patear la pelota. —La elección de equipo es igual de seria que casarse, se repetía. Nunca entenderé a esa gente que anda cambiando así nomás por así de equipo. La persona que de chango incumple sus promesas no tiene palabra y de viejo no será nadie-, decía.

Pablo con los años, pesé a la amenaza, había sido fiel a su elección: era stronguista en cuerpo y alma. Esa decisión de los diez años definió su filosofía de vida: “uno tiene derecho a elegir lo que quiere ser y cuando lo quiere ser”. —La elección de equipo es como la religión algo individual que se debe hacer con conciencia no por simple herencia familiar- decía. Cada vez que algún amigo o familiar lo molestaba por su época de bolivarista respondía: — Nací sin color, me volví celeste por imposición de mis padres. Siempre me gustó el amarillo y negro. Qué cuernos, uno puede cambiar y corregir los errores de la vida-.

Por primera vez en su vida esa tarde de clásico, Pablo había decidido no ir al estadio, tenía ganas de hacer algo diferente. Las entradas se habían agotado día antes y habían anunciado que el partido sería transmitido por la tele. Pablo pensó que era buena idea ver el fútbol en casa de su chica y darle la noticia de que había conseguido trabajo como nuevo asesor

legal del Club Strongest, por fin realizaría el sueño de su vida, juntar su profesión con el Club que hace 20 años era su pasión. —Cuando ella se entere, seguro que se animará a ser mi chica en serio, ya son tres meses que salimos. Yo sé que sí no me aceptó antes fue por que no tenía nada que ofrecerle, ahora será diferente—.

Pablo creía firmemente que en el amor hay que ser como en el fútbol: — No hay que entrar con gol en contra, directo. Hay que madrugar al principio y de ahí a defender a muerte la decisión, el compromiso. Un hombre tiene dos camisetas: en el pecho la de su club de fútbol y debajo, en la piel, la mujer que elige como compañera de por vida—, afirmaba convencido en que tanto en el fútbol como en amores, las elecciones son voluntarias y para siempre.

A Pablo, le gustaba dar sorpresas, agarrar en curva a la gente en el momento menos pensado. Esta vez, a diferencia de otras, la sorpresa tenía que ser perfecta, por primera vez había renunciado a un clásico por esto y por nada sería él el sorprendido.

Pablo planeó todo con anticipación, ni bien recibió el sueldo compró el anillo y le dijo a su chica que le llegaría un paquete muy importante de su familia de Cochabamba. Por seguridad, su barrio últimamente estaba lleno de ladrones, había dado la dirección de la casa de ella para la entrega, la cual sería el domingo por la tarde. Se deleitaba al imaginar la escena: él sacando el anillo de compromiso justo el rato del pitazo final, ella sonrojándose de emoción y aceptando ser su mujer en un día de triunfo con el Strongest Campeón.

— ¿Cómo que dices que no puedes venir? si ya habíamos quedado, tengo las entradas pues, puta siempre me haces lo mismo y ahora ¿no voy a ir al clásico solo? Beto sentía que estaba atrapado. Una vez más, la mujer dueña de “sus pelotas” lo había dejado en off side, justo cuando había quedado en decirle que quería vivir con ella. Las decisiones importantes hay que gritarlas después del gol en mitad de la barra, con la euforia de los cuates de la curva.

— El Gordo Muñoz le pidió matrimonio en el entretiempo a su mujer y están felices 20 años, casados con la bendición de la barra brava. Hasta veloceste le pusieron a la mina ese día. Esta sonsa no entiende, como si nada me deja plantado, sabiendo lo que para mí significa un clásico en nuestra vida—.

Así era, cada vez que Beto sentía que iba a meter un gol, que iba a anotar tres puntos más en la tabla de la vida o lo fauleaban o le sacaban la roja.

Alejandra llegó de Santa Cruz a estudiar a La Paz y hace dos años sale con Beto aunque cada vez se le hace más difícil ocultar el romance que mantiene con un stronguista. Ella no puede imaginarse vivir en función al fútbol el resto de su vida; además los gritos en la barra no le dan de comer. Se cansó de que todo gire en torno a la pelota. —Ese cojudo es capaz de faltar a nuestra boda, si ese día hay clásico-, decía. No esperará sentada toda la vida. Si Beto sigue sonseando, se irá con el atigrado.

— No insistas Beto, me estoy cansando de hacer lo que te da la gana ¡Odio el fútbol! Nunca me gustó tu equipo, ni tú saltando en la barra. Te acompañaba al fútbol porque sólo después de un partido, ya sea por bronca o alegría, funcionabas-. Beto escucha pasmado, con una sensación de tripas aplastadas, como si lo amarrarán a un arco y tuviera que recibir hasta la muerte pelotazos en la cara. — Es que así no funciona; crees que la vida es una pelota y que hay que patearla como sonso y nada más. Andate sólo y no jodas- Dijo Ale y tiró el teléfono.

Esa tarde de clásico Carlos necesitaba plata, le debía 700 lucas al “Piñas” conocido “pusher” paceño —Chango te he dicho, ¿pa que has aceptado comprarle al debe?, le dijo su amigo. No perdona, viejo. Si no le pagas en dos días te va a limpiar-. Había que actuar, no quedaba otra y no tenía un peso. Carlos sólo necesitaba conseguir algo y venderlo ese día. Era fácil — Queste ¿acaso es tan difícil?, entro a una casa sin gente, seguro que encuentro una hoy cerca del estadio. Me saco lo que pueda y al tiro lo vendo, además soy Cochala, iré con mi polera de Wilsterman y me traerá suerte- dijo.

Alejandra dormita en su cuarto, mira la foto de su familia, recuerda a su abuela en Montero invitándole un chive frío para el calor. Se acuerda de sus caminatas por el río con el milico que murió en una pelea entre barras y que le había ofrecido sacarla de pobre y llevarla a la ciudad. — Hecho al estrella el opa, “dijque satinador” se hizo el capo y los de la barra de Blooming le metieron bien adentro el cuchillo. Todo por defender al pelao del calvas-.

Alejandra llora y suda. Hace tiempo que en La Paz no sentía calor. —Si tuviera terraza, si el fútbol no hubiera jodido mi vida, seguiría en Santa Cruz-pensó.

Carlos se acerca a la casa en silencio, sus piernas le tiemblan, sus manos sudan. Ve la ventana, tira una piedra, no hay nadie, no hay perro, salta el jardín y da la vuelta el patio. — Estas casas antiguas son frías pero ricas; aunque quisiera estar con la Nancy en Tiquipaya, fumando algoito y luego tomando agua de su ombligo- dice. Ve a una mujer por la ventana, espalda canela, tiene un lunar que parece frutilla en el riñón izquierdo y short rojo —A la mierda hasta con premio por ahí salgo-, piensa. Entra a la casa mira la tele calcula 500 pesos por ella. En un ataque de confianza prende el televisor y va a la cocina a buscar algo de tomar.

Pablo está feliz con la sorpresa planeada, llega a la casa y encuentra la puerta abierta y entra. Carlos escucha pasos en la sala, se asusta y se esconde. Alejandra despierta, se sorprende. No sabe qué hacer: si salir o hacerse la dormida, hoy no quiere ver a nadie, tiene una rabia de esas que matan.

Beto tiene bronca, le jode este su defecto de guardarse las cosas, de vivir acumulando lo que le molesta y sacarlo de golpe, en el peor lugar en el peor momento. Llega a la casa dispuesto a resolver el asunto. Encuentra la puerta abierta, entra sin avisar. —Es hora de mostrarle que tengo bolas- piensa.

En cuestión de cinco minutos se encuentran en la sala: Carlos, adicto y mal ladrón tratando de esconderse en la cocina; Ale adormilada en shorts y con saudades cruceñas; Pablo de amarillo y negro, con ramo de flores y anillo en el bolsillo; Beto con polera celeste, gorrita de arlequín oculta miradas de bronca y también con un anillo en el bolsillo. Los ojos de los cuatro se abrieron alertas y empezaron a recibir miradas como pelotazos. El silencio duró poco y fue roto por Alejandra. — ¡Qué hacen aquí en mi casa ustedes dos! ¿Y tú, de rojo, quién eres?

Beto y Pablo pusieron la misma cara de la última vez que se vieron y empezaron a hablar, mientras Carlos se quedó congelado sin decir ni hacer nada.

— ¡¿Cojudo qué haces aquí?! Esta es la casa de mi chica- gritó Pablo.

— ¿La Ale, tu chica? No puedo creer. Años después y vuelves a querer joder mi vida justo hoy día.

— La Ale es mi pareja hace dos años, huevón. Salí de aquí antes que te parta a palos. Sigues jugando bajo, qué se podía esperar de alguien como tú, sin palabra.

Alejandra reacciona de golpe, no puede creer lo que pasa. No sabe qué decir, cómo zafar de este encuentro, de la posición de pelota que en cinco minutos le toca jugar en este clásico con un ladrón de público. El plan de desmarcarse le salió mal y ahora tiene a los dos en su casa gritando. Carlos necesita fumar algo –Mucha dosis, yo sólo quiero la tele- piensa, mira a Alejandra quieta sin hacer nada y a ellos insultándose.

La tele empieza a transmitir el clásico. El partido empieza, Beto y Pablo se enfrentan, doble marcación hombre a hombre, patada en la canilla y codazo en la nariz. Carlos trata de apagar la tele en mitad de la pelea y de golpe académico y atigrado, se abalanzan sobre él. Ni el Toro Sandy o el traumatólogo Martínez hubieran reducido de esa forma a un rival. Carlos con canilla “lijada” acaba amarrado y dentro el cuarto de Alejandra.

Alejandra mira en una mezcla de placer, bronca y risa. Trata de hablar de decir algo, de llorar mostrar que la escena la tiene destrozada pero, por una vez, contradictoriamente, prefiere ser pelota y ver como bolivarista y stronguista se disputan su cuerpo. Ellos nuevamente se miran, puede más la bronca de la traición que los años sin hablarse. Con extraña coordinación, celeste y atigrado agarran a Alejandra, le gritan todo lo que se grita en estas situaciones a una mujer y de un puntazo la encierran en su cuarto.

Beto y Pablo. Bolivar y Strongest, otra vez a solas, como hace 20 años, a punto de cobrarse nuevas faltas, nuevas revanchas. En el momento exacto que están a punto de resolver a golpes la situación, los detiene algo más importante – ¡Goooooooooooool, del Strongest!, grita la voz de un conocido relator de fútbol en la tele. En ese momento algo pasa, la traición de Alejandra, los odios de la infancia reavivados, quedan en un segundo plano y cobra absoluto control de sus vidas el hincha. – ¡Es el mejor clásico en años! grita el narrador. – Mierda que golazo ¿has visto?- dice Pablo. Las diferencias de faldas se quedan congeladas mientras dura el partido.

Bolivar empata a los 15 minutos. –Esta mujer nunca va a saber de fútbol, viejo. Así es hermano- No hay contrapunto, tensión de afectos. No existe mejor romance, mejor catarsis de broncas que un clásico. Lo dicen las miradas, el silencio que se produce en la casa durante el partido mientras se espera la resolución.

Las broncas van cayendo y poco a poco van mostrando la cara de verdad, la del hincha, la que recuerda la pasión. Los amigos renacen en la

traición compartida y cuestionada por la euforia futbolera. Se miran, cada uno saca de su bolsillo un anillo – ¡Yaaaaa! eran para la Ale- gritan. –Los cambiaremos por chela para el próximo clásico- repiten entre risas.

Hace calor. –Rara vez en Miraflores es así- dice la Ale. Congelada por dentro, con el pecho hecho hielo de rabia, mira la puerta del cuarto. Junto con los gritos de ambos hinchas en la sala va creciendo el color rojo en sus ojos, aquel teñido por la polera del tipo tirado en la alfombra, el de las venas inyectadas en la piel y decide actuar.

El partido está empatado 1 a 1. – Y pensar que nos perderíamos este clásico- repiten ambos antes de caer en el debate filosófico sobre la complementariedad, la reciprocidad andina y el fútbol. Celeste y gualdinegro, gritan y afirman, congelados en un instante futbolero: – El ying yang de la paccñidad es el clásico-.

El de polera roja, también futbolero yace en el piso, ella decide tener un encuentro. La mano canela levanta su polera roja. El cuerpo de Carlos despierta como en Tiquipaya al sentir la piel de Alejandra en su piel. Ella ha decidido dejar de ser pelota y esta vez ser arco. La mano canela sostiene a Carlos, que ahora es delantero quebrando la defensa del vientre de Alejandra.

El grito de gol muere en el gemido seco de Carlos. Alejandra deja su cuerpo de polera roja y recuerda la frase que le dijo el milico de Oriente: – Esto te va a servir si te faltó alguna vez-. Camina al ropero, saca el regalo del milico.

Carlos no entiende, mira su cuerpo amarrado y flácido. Alejandra busca la copia de la llave y camina hacia la sala. El ruido seco, repetido cuatro veces, se confunde con los petardos del festejo en el estadio. Beto y Pablo quedan con el rostro desinflado. El partido termina 2 a 2, los anillos ruedan por el piso. Celeste y atigrado se abrazan, se protegen con esa intimidad infantil y caen. Alejandra apaga la tele, un esperma de Wilster mete un golazo a uno de sus óvulos.

– El fútbol nunca más joderá mi vida- repite y bota la pistola aún humeante al suelo.



EL TIGRE Y LAS CACHINAS

Carlos Vargas Guevara

Entonces no existía el fútbol. Vivía en el mundo de cachinas y juguetes fabricados con retazos de tablas, tapas de botella, estambre y clavos. Los changuitos extendíamos nuestro patio a las calles que destilaban olores de tierra mojada, y en los charcos chapoteaban renacuajos negros o, si era temporada seca, la polvareda impedía reconocernos o ver más allá de cinco cuadras. Sufríamos desazón al no encontrar nunca en los arenales, la duna donde una tarde anterior Elita, Esther y yo habíamos enterrado algún cofre de tesoros. Lejos estaba de conocer al tigre.

En esa ciudad tan plana como una pampa y fría como un helado, el perímetro de mis recorridos era aún estrecho y al movilizarme en bicicleta o a pie quedaba sorprendido con pequeños descubrimientos: en la fuente situada junto al andén de la estación central del ferrocarril nadaban sin descanso, para no congelarse, peces azules y salmones dorados, cuyos diminutos espejos esparcían como linternitas débiles hilos de sol. Un día me zambullí en aquella fuente para encontrar su casita, de la misma manera vana que tuve al despanzurrar el radio para mirar a los artistas que creí cantaban allá escondidos. A pocos metros, en algunos jardines de ciertos empleados del ferrocarril, se veían manzanas verdes y ácidas colgadas de los únicos árboles frutales en todo el entorno. En esos días descubrí también el servicio de transporte en góndola por algunas zonas.

Esta ciudad árida, plana y vacía era estación obligada de los frutos de la tierra en su paso de un confín a otro: amarillos, redondos y escurrientes, alargados de cáscara áspera y semillas negras envueltas en algodones blancos, ovalados con pulpa suave como piel de mujer; llegaban también, en tinas a lomo de camiones, pejerrey y trucha de turbulentos ríos del oriente, jaulas repletas de pájaros bulliciosos, plumas insospechadas y penachos a todo color, trinos, pieles de yacarés, carne de chanco montés, preparaciones con nombres azucarados: melao, sucumbé, cuñapé, chancaca; víboras gruesas como un tronco para mayor efecto de las artimañas de los p'ajpakus en sus ventas de cremas y tizanas mágicas. Creíamos con toda el alma que el oriente era la tierra de las mil y una noches, del maná; mis padres planeaban mudarse a los llanos, pero yo

me resistía a comer yuca, prefería mi paraíso donde coleccionaba mi escarchado aliento y trozos de casiterita tomados del tren.

Eran tiempos cuando todavía las entradas del carnaval las encabezaban tropas de Pepinos vistiendo trajes brillantes y a colores tipo arlequín y máscaras de tela, causándonos chichones con las reglas que blandían y empapando a los espectadores a globazos de agua, para luego adornarlos con serpentinatas, mixtura, talco o harina.

No conocíamos la televisión. Ningún niño se sentía hijo de la televisión y no los bautizaban como a personajes de telenovela ni eran mercado jugoso para industriales de la moda. No los sentaban solos frente a la pantalla mientras los padres se iban a trabajar. Estaba lejos de crear sus adictos de 24 horas; no plantaba antenas como fierro viejo en techos y azoteas, igual que ocurriera después con las varillas de construcción, que, en distintas ciudades, al sobresalir de los techos y las columnas, parecen la imagen fantasmal del crecimiento en suspenso.

Muchos padres atribuían los defectos o enfermedades de sus hijos a la corta edad de éstos, pero creían que con el tiempo se corregirían: Todavía sonsito es, pues; ya aprenderá a caminar bien, che. No imaginaban siquiera que si el changuito caía continuamente era porque tropezaba por sus pies torcidos, o que si tenía todo el tiempo la nariz llena de mocos verdes era por alguna infección de las vías respiratorias y de ninguna manera porque no aprendiera a usar el pañuelo. Toma, qhoñasuru, y el manazo se hacía sentir en sus nuca. Por si las moscas, escondían en el hueco de alguna pared de sus casas un bello wayruro rojinegro como talismán envuelto en algodones.

Todos corríamos a la iglesia para recoger queso amarillo en lata, una bolsa de leche y otra de harina, productos del canje por estaño y que una vez cada dos meses nos enviaban los gringos a cambio de minerales en convoyes diarios que se perdían por las ferrovías hacia el océano. Sólo algunos alcanzábamos. A mí me importaba el queso. Le llamaban la alianza para el progreso y pedían que estuviéramos agradecidos al presidente más buenito de los Estados Unidos. ¿A ése? No lo puedo creer. Sí, pues. Pero ése urdió la farsa del hombre en la luna, ordenó tirar bala en Vietnam y apuntar con misiles a Cuba. Y lo del Che, hermanito, que no se te olvide pues.

Esos años pusieron comisarías en varias calles de todos los barrios, donde se solicitaba permiso a los carabineros para las reuniones y los

cultos. Se veía más soldados trotando por las calles o en traje de campaña. Asustaban a la gente: que los rojos comían niños en picante. Que los rojos querían romperle el culo a la patria. ¡Pobres rojos!, los ponían como camote o los desaparecían. La gente poco a poco temía saludarse; los periódicos hablaban de juegos y accidentes de tránsito; ya lo harían después sobre una banda de barbudos en la selva. Después de las siete de la noche, nadie debía circular por las calles, si lo pillaban a uno iba derecho a la cana. Sólo algunos, felina y valientemente, se deslizaban entre las sombras. Si queríamos viajar, la policía debía extendernos un salvoconducto -averiguación previa de motivos del viaje y datos de aquéllos a quienes visitaríamos. Los niños requeríamos autorización de la Dirección del Menor. Para ir a las minas era mucho más severo el control, me revisaban hasta los cuadernos.

Creo que fueron los Jairas con su quenista suizo y Alfredo Domínguez, el Fantasma de la Guitarra, quienes abrieron un boquete a la puerta hermética de los escenarios cultos y por ahí se metieron los hacedores del folklore urbano, pero no la música de los pueblos aymara, quechua, guaraní, guarayo, chiriguano y otros. Se iniciaron los festivales nacionales de la canción folklórica universitaria. En Radio Altiplano, Coco Manto satirizaba la política; las radioemisoras mineras desempeñaban una función organizativa. El viento se detuvo. Jorge Calvimontes denunciaría con un poema en el paraninfo universitario de Oruro cómo acribillaron los socavones y escurrió jugo de rosas regadas con copajira.

Yo no sabía de fútbol, pero durante la temporada cuando vi esos colores y la insignia de aquellos futboleros, en la peña y galería Naira de La Paz, Benjo Cruz entonaba cantos valerosos, diferentes músicos contaban los problemas que sufrían sus provincias; Nilo Soruco y Los Montoneros de Méndez hacían lo mismo en Tarija. Empezó a verse con mayor frecuencia el poncho en los círculos de jóvenes de clase media y pequeñoburgueses. No asistían al carnaval de Oruro muchas familias católicas de mi barrio.

La misma mañana que en tremenda bulla mis hermanos madrugaran para irse a jugar vestidos de verde y con banderines en las manos, me enteré que a media cuadra de mi nariz el Chanchito Pacheco, marido de la Asunta, dirigía el equipo que había fundado hacía años en el barrio. Él elegía a los jugadores, facilitaba la pelota de cuero, reparaba la cámara de aire cuando era preciso, los entrenaba, se ponía pantalones cortos y pintaba los banderines verdes con la T de Torino en letras blancas. A

las pocas horas, jugando en la calle con cachinas al ch'utti y al billar, el Conejo Ayala, boca llena de zanahorias, me propuso darme un recorte de revista a cambio de que le devolviera las cachinas que le gané. Era la foto de unos jóvenes con poleras a rayas negras y amarillas y, en el pecho, la cabeza de un tigre.

Como hasta entonces en el zoológico sólo había visto cóndores a punto del suicidio, zorros y pumas deprimidos, gatos monteses, quirquinchos en los arenales, ovejas, guanacos y vicuñas en la pampa o por los cerros, burros que llegaban a la ciudad con carga de papas, parigüanas por el lago, gansos, gallinas y patos en los gallineros, perros en las casas y calles, pero nunca un animal como aquél pintado en las poleras, claro, acepté. En el afán de convencerme me había dicho: Éste es el mejor equipo de fútbol de todo al país, ya le ganó al San José, al Blooming y al Bolívar; me mostró dos calles hacia la pampa, donde las paredes de varias casas gritaban en amarillo y negro la consigna tradicional de este equipo atigrado: Waricasaya K' alacataya. Pero no me hacía entender por qué los de mi calle jugaban en el Torino y eran hinchada del Bolívar. En ella, del Strongest, el único hincha era yo desde ese día y, por lo pronto, sólo por el tigre que llevaban en el pecho.

Años después viajábamos con mi hermana de Oruro a La Paz, debidamente autorizados por las direcciones de control político y del menor, y, al mostrarle aquel recorte, me contó que justamente durante su retorno después de jugar en el oriente, cuando otra vez los tanques habían tomado las calles, el avión en que viajaba ese atigrado equipo de fútbol tuvo fallas mecánicas y ninguno de ellos quedó vivo. Me quedé sin poder articular palabra, como si fuera el fin de mi mundo y fijé mi vista por la ventana de la flota hacia los remolinos de viento que diario bailan girando interminables en las afueras de Oruro.

EL CHANCHO COLORADO

Inés Gonzáles Salas

- ¡Chancho colorado, chancho colorado!- le gritaban los chicos del barrio y echaban a correr porque el chancho colorado, enfurecido los perseguía para hacerles sentir la fuerza atigrada.

No siempre fue el chancho colorado, probablemente antes fue un estudiante de universidad o un empleado de oficina. Eso sí, siempre fue un fanático stronguista. Sólo el Chupa Riveros gritaba mejor que él en la barra. Se conocía como nadie las historias y los entretelones de todos los jugadores y directores técnicos. Las paredes de su cuarto estaban atiborradas de recortes de periódicos, sistemáticamente puestos por fechas, años, campeonatos. Los muebles repletos de fetiches atigrados. Incluso fue él quien impuso la moda de pintarse la cara para los partidos.

Empezó a ser el chancho colorado sin que nadie se percatara y cuando se dieron cuenta, ya no había marcha atrás. Se le había ido el tiempo del sueño feliz. Ella ya no estaba para esperarla en los mástiles con los gorros atigrados recién comprados, con los boletos en la mano, estirándose como liga y con los nervios de punta por la emoción del partido, pero también de verla. Ya no estaba para tomarla de la mano y enseñarle a ver fútbol, mientras nada ocurría; para gritar juntos el gol y luego comentarlo. Ya no estaba para partir el sándwich de chola, para enfriar el cafecito, para tomarlo con el sabor de su boca. Ya no estaba para alentarlo con un beso si el Tigre iba perdiendo, o para seducirle con su mirada de tigresa y ver el cielo después de tocar la gloria con un triunfo del equipo de sus amores.

Fue entonces que empezó a quedarse solo, con el Tigre como su único amigo y compañero y como esta soledad lo dejó también sin trabajo y sin dinero, cada vez que el Strongest jugaba, él subía desde mucho antes, al mirador de Killi Killi y allí se instalaba, con su polera del tigre y su bandera amarrada al cuello. Gitaba solito el consabido ¡Warikasaya K´alatakaya! El rumor de la afición reunida en el Siles, le daba la pauta para quedarse callado y preocupado, o aplaudir, gritar y si el Tigre ganaba, salía del mirador corriendo, loco de contento, bailaba por las calles, repitiendo el marcador de la gloria, haciendo hurras y más hurras.

Quién sabe porque razón, se pintaba la cara con pintura colorada para celebrar las victorias atigradas. Cualquier cosa celeste la usaba como pañuelo y se esmeraba en exprimir bien los mocos para ensuciarla lo más posible. Insultaba y escupía a cualquiera que llevara algo color cielo y, por el contrario, lo embargaba la emoción si alguien llevaba algo negro y amarillo.

Llevaba prendidos a su chompa -cada vez más vieja- llaveritos, medallitas, aromatizadores de auto, banderitas, sombreroitos, manillas, lanas, retacitos de tela, -todo negro y amarillo. Se agazapaba contra las paredes y de pronto saltaba sobre algún distraído con un rugido y un tigretillo de peluche en la mano. Enseguida se echaba a reír y se alejaba murmurando cosas cada vez más incomprensibles.

Fue un día de julio. Alguien le dijo que el Tigre había perdido, que descendió de categoría y con carcajadas ininterrumpidas comentó que ese equipillo no valía la pena, que nunca más jugaría en el Siles. Eso no era posible, The Strongest era el primer equipo en ganar un campeonato de fútbol organizado en el país, el primer equipo en ganar el título de la Liga Profesional de Fútbol Boliviano, el primer campeón invicto de la historia del fútbol boliviano, el primer múltiple campeón del Fútbol Boliviano, el único campeón del fútbol boliviano con valla invicta, el único equipo de fútbol boliviano que se ganó el apodo de Derribador de campeones, porque en determinada época era rival invencible como local y finalmente, era el único equipo de La Paz que no descendió “jamás” a la segunda categoría. Caminó todo el día buscando en todos los basureros, algún periódico que le desmienta o le confirme la noticia. La pena lo llevó bajo el puente de la autopista, allí se quedó por horas, llorando y limpiando sus lágrimas y sus mocos con un trapo celeste.

Cuando encontraron su cuerpo, el frío había sellado su sonrisa y sus brazos pegados a su pecho abrazando un suplemento deportivo con una gran foto en la que apenas se alcanzaba a ver los rostros de Galarza e Iriondo y el titular: “Tigre campeón. The Strongest se lleva el primer título de la liga del fútbol profesional boliviano”.

CHAYÑITA DE ACERO

René “Ciruja” Villegas

Cómo no me voy acordar de ese día, hermano. La verdad, lo que yo viví ese día es algo indescriptible, no sé como te lo puedo explicar. Fue un cóctel de emociones, de sentimientos que hasta hoy no logro entender: sentir que el hincha te marca la vida, que tu corazón cambia el color de la sangre que transita por tu cuerpo y tu alma se entrega al aliento del equipo para toda la eternidad.

Mira, yo ocho años recién cumpliditos. Como todas las tardes, regresaba con mi mamá a casa después de salir del colegio. El camino era bastante largo y generalmente siempre estaba acompañado de las mismas charlas, entre preguntas sobre el colegio y palabras alentadoras para que sea alguien en la vida, que deje de una vez ese sueño de ser futbolista que a mi padre le había arruinado la vida -pese a que, gracias a eso, ellos se conocieron-. En fin, el camino seguía siendo demasiado largo; y ese día, quizás por tedio, empecé a prestar atención a todo lo que me rodeaba. Era extraño en mí, ya que sólo llegar a la casa para cambiarme y salir a jugar con mis amigos, soñando que era un gran futbolista, como mi papá me contaba que él fue.

Pero ese día todo fue distinto, hasta el aire parecía más pesado. Quizás cuando estás tan cerca de un acontecimiento decisivo, algo dentro te regala pequeñas señales.

Mientras seguíamos nuestro largo camino cotidiano, una bandada de pajaritos pasó rápidamente. Siguieron con vuelo ágil hasta detenerse unos metros delante de nosotros. Recuerdo muy bien la figura: eran nueve, a simple vista parecían gorriones, pero cuando les preste mayor atención me di cuenta de su peculiaridad, tenían los colores de mi equipo: sí, el amarillo y negro. Inmerso en una gran alegría y le dije a mamá:

- Mami, mami, mira esos pajaritos stronguistas.

- Son chayñitas, hijito -me respondió- Son uno de los símbolos del Tigre.

Y en ese mismo instante me acordé de las historias que me contaba mi papá. Sí, él siempre me hablaba de un pajarito que hay en la Paz que tiene los colores del Tigre. Cómo no acordarme, si él contaba, casi llorando, que

siempre que veía una chayñita el hacia goles en los partidos, porque mi papá jugó en el Tigre un tiempo y aunque no llegó a jugar en el primer equipo, tuvo grandes oportunidades de entrar a primera; desde que, de chiquito, un dirigente del Tigre le dijo que si algún día iba La Paz lo buscara y que él le ayudaría a jugar en el equipo y le conseguiría trabajo -porque esos tiempos los futbolistas también tenían que trabajar, no era tan fácil como ahora-. Mi viejo no esperó mucho y cuando cumplió los dieciséis años, sin pensarlo dos veces, le dijo a mi abuela:

- Mamita querida, yo sé que puedo jugar en el Tigre, es mi sueño y estoy dispuesto a dejarlo todo para irme.

- Llocalla de mierda; puedes irte de aquí pero te vas a olvidar de mí para siempre- le contestó su madre.

Fue una despedida muy dura para mi papá, pero al fin él decidió seguir su camino y se fue nomás a La Paz. Siempre recuerda que cuando llegó, lo primero que vio saliendo de la cumbre eran chayñitas, volando sobre el camino, como si éstas fueran a marcar su vida y al final hasta la mía. Pudo, después de varias dificultades, encontrarse con este señor que era dirigente del Tigre; él lo alojó y rápidamente le consiguió trabajo en una empresa minera que tenía oficinas en el centro de la ciudad.

Ser un futbolista en esa época era difícil y la presión hizo que mi padre dejara el fútbol, él se encariño tanto con el Tigre que no quiso jugar en otro equipo. Ya estaba casado con mi mamá cuando recibió la oferta de ir a trabajar a la mina, y de esa forma llegamos hasta allí.

Él siempre me decía que el Strongest se identificaba más con la chayñita que con el tigre, porque la chayñita era un pajarito típico de La Paz y que en los primeros años de la historia del equipo se había ganado el reconociendo de todos los hinchas que hasta una canción le habían hecho, pero mas que todo porque, como cuentan los abuelitos en La Paz, el fútbol del Tigre se identificaba con el vuelo de este pajarito que nacido con los colores del Strongest.

Aquel día, con mi mamá al lado, era mágico ver esos pajaritos tan cerca a la mina. Todo se detuvo y me quedé peculiarmente detenido en una de esas chaynitas que estaba posada en un árbol; todo alrededor parecía volverse en blanco y negro, sólo resaltaban sus colores. Cuando abrió sus alas se notó mucho más el amarillo que normalmente sólo resalta en su pecho porque

todo lo demás es negro. Sus ojos parecían querer decirme algo, mezcla de ira y tristeza. Yo no entendía pero momentos después sabría la razón de su pena.

Cuando me di cuenta que mi mamá me estaba hablando, tuve que pedirle que me repita lo que estaba diciendo, ya que no le había entendido.

- Es raro ver estas chayñitas por aquí -me dijo-. Ahorita, los stronguistas de la mina estarían felices si pudieran verlas, pero a la hora que van a salir, difícil que sigan aquí.

En ese momento lo único que se me pasó por la cabeza fue tratar de cazar una para regalársela a mi papá, pero el intento fue vano ya que salieron todas volando elegantemente, si así juega el equipo con razón es tan difícil ganarle.

Seguimos nuestro camino a casa que, extrañamente, cada vez se volvía mas pesado. Sentía mi corazón latir más fuerte y casi me faltaba el aire, sólo veía la mirada de tristeza de aquella chayñita; era como no hubiese querido estar en otro lugar. Entonces entendí porque soy stronguista de corazón. Como la chaynita, cada vez que estoy en la curva, sé que es ese mi lugar y ello me lleva a cantar y gritar más porque el Tigre es más que un equipo de fútbol.

Es fácil darse cuenta de porque los niños de hoy son stronguistas, y muchos de ellos sin siquiera saber la mitad de la historia que nos ha marcado. Es que el hincha del Tigre, el que simplemente sigue al equipo, no lo hace por buscar algún elemento material o circunstancial sino por un compromiso de pasión, y me puedes decir que digo lo que dicen todos, lo mismo de siempre, pero en el Tigre cosas como las que cuento llegan a ser similares al enamoramiento. Le entregas tu vida al equipo, tan sólo por la alegría de ser parte de un compromiso que se identifica contigo. Son los colores, la pasión, y hasta los hechos que nos han marcado en la historia o que nosotros hemos marcado en la historia.

Continué caminando con mamá sin poder olvidarme de la mirada de esa chayñita, cuando de un momento a otro se escuchó un ruido que nos aturdió. De golpe todo parecía un infierno, fueron unos cuantos segundos pero parecían una eternidad. Puedo asegurarte, hermano, que sentimos como se movió la tierra y con ella mi corazón ante el ruido estremecedor que provocaba el vuelo demasiado bajo de un avión que

parecía una chayñita inmensa, que había dejado su vuelo ágil en busca del suelo.

Estaba tan asustado en mi casa que lo único que se me vino a la cabeza fue esconderme en mi cama. A los minutos se escucharon gritos confusos, apenas distinguí a alguien decir: “Ha caído en la cancha”. El miedo que hacia presa de mí me entrego al sueño.

Al día siguiente me desperté cuando escuche hablar a mis padres acongojados:

- Todo el Tigre estaba en el avión, yo los he ido a ayudar.

- No te creo ¿los jugadores?

- Yo tampoco lo podía creer. Todo el equipo estaba en el avión, en La Paz ya se están movilizand.

En ese momento me puse a llorar como si alguna vez hubiera visto jugar al Tigre. Era tanto el dolor de mi papá, tan felices las historias que él contaba y tanta la alegría con las que recordaba, que no podía decir nada, sólo lloraba. Mi papá me abrazó y juntos compartimos un dolor muy intenso.

- No llores, papito, ya va pasar. En La Paz lo van arreglar-, trataba de consolarme mi papá.

Yo sentía en el fondo que todo lo sucedido el día anterior era una señal: la Chayñita de la mirada triste intentó decirme lo que iba pasar. Esa imagen del avión volando bajo que por una fracción de segundo pude apreciar, nunca se va borrar de mi mente, fue una gran chayñita que cayó bruscamente del cielo, olvidándose de su vuelo ágil.

Muchas cosas se dijeron después: desde que fue un atentado del gobierno hasta que fue un simple accidente. El país ya hablaba según lo que decían los mayores de la “tragedia de Viloco”. Para mí ese 30 de septiembre fue el día en que realmente me volví hinch del Tigre, fue el día en que jure estar siempre al lado, el día que aprendí a gritar los goles con el corazón. Ese día fue mi pacto con el equipo, de nunca más estar lejos de él.

Por eso te digo, hermano, no me preguntes por qué voy a la curva a gritar como loco. Es simple: porque la vida me hizo Tigre, pero más que ello, me enseñó a cantar como una chayñita para demostrar que mi vida esta unida al equipo por el amarillo y el negro.

DE CÓMO UNA MAÑANA ME CONVERTÍ EN TIGRE

Ricardo Bajo H.

Dice mi cuate y colega Franchesco Díaz Mariscal que uno nace y muere Tigre. No todos pueden decir lo mismo: yo me hice stronguista, así como no nací boliviano, sino me hice boliviano que tiene más mérito, como decía el gran Lucho Espinal, pues uno elige la patria donde vivir y donde luchar. Mi viaje al stronguismo fue la segunda conversión “religiosa” de mi vida. La primera me llevó de mi educación católica (once años en un colegio de curas, los Menesianos en mi Bilbao natal) hacia un ateísmo militante. La segunda fue más grata, si cabe. Me hice stronguista, para creer en el papá Tigre. En teología, la conversión es un impulso espiritual y un estado dinámico de enamoramiento. Por eso hablo de mi conversión al stronguismo porque lo que todo hincha aurinegro siente es amor. Así, mi metamorfosis a Tigre, al revés de la de Gregorio Samsa a monstruoso insecto, fue extremadamente placentera.

Hace unos meses llegó un periodista vasco (un “llajtamasi” guipuzcoano) y me dijo tras asistir a un clásico: “lo que más me ha sorprendido son las banderas (“trapos”) que cuelga la barra del Tigre en la curva sur, todas hablan de amor, corazón, pasión... en Europa todo eso suena y parece muy cursi”. Me quedé pensando. Los más rudos entre los rudos, la gloriosa Ultra Sur 34, tiene, como todos los hinchas, una doble personalidad. Por un lado somos los más fieros, los peor hablados, los más temidos pero por otro lado no existe nadie más amoroso, más tierno, más pasional, más fiel, más enamorado que en un stronguista entregado con el corazón, siempre hasta las últimas consecuencias, cueste lo que cueste. Tenemos corazón de micrero: cada pasajera con camisola del Tigre es nuestro nuevo amor.

Y se nota en las trapos (“Mi vida para amarte, mi corazón para alentarte”, “Loco por vos”, “Si no lo sientes, no lo entiendes”, “No me arrepiento de este amor”...) Y en los cánticos, por supuesto: “Eres mi pasión, eres mi vida entera, lo que yo más quiero...”, “no puedo parar esta loca pasión, Tigre yo te llevo en mi corazón...”, “te sigo a todas partes donde vas, cada vez te quiero más...”, “muchas veces lloré por vos, yo al Strongest lo quiero lo llevo dentro del corazón”.

Más tarde me enteré, leyendo y leyendo sobre mi nueva “religión”, que el sentimiento, el amor y el corazón venían de lejos pues ya en los años treinta del siglo pasado Froilán Pinilla y el gran Adrián Patiño habían compuesto (letra y música) dos temas míticos: el himno oficial (¿para cuando su resurrección?) y la eterna La chayñita donde se puede cantar: “Gualdinegro, gualdinegro de gran corazón”, “Es el sol su corazón...el himno del Strongest es un beso de amor”.

Sólo con todas esas toneladas de cariño se pueden cumplir con los sacramentos del Tigre, uno de los cuales indica que por muy dura que sea la caída o la derrota (desde Viloco hasta el último partido perdido), es obligación ética del stronguista, levantarse con orgullo y seguir la lucha o como dicen en mi patria natal: “lepoan hartu ta segi aurrera”.

Pero la instantánea conversión al stronguismo fue menos romántica. Llegué a La Paz un mayo de 1997. No recuerdo cual fue el primer partido que fui a ver (tendré que mirar el “fixture” de ese año) pero nada más vi los colores de los dos equipos de la ciudad no tuve la más mínima duda. Uno era azul cielo, luego me enteré que se decían celestes. Y el otro, amarillo y negro. Entonces me acordé de un equipo de fútbol querido y de un profesor de la universidad. El equipo se llamaba y se llama Barakaldo (actualmente en la Segunda B, grupo vasco), es aurinegro y le tengo un cariño especial pues uno de mis mejores amigos (Josebita Aldama) es fanático del equipo de esa localidad industrial cercana a Bilbao. Y luego recordé a mi profesor de semiología y su pasión por el amarillo y negro, los dos colores que más contrasten hacen juntos entre toda la gama cromática. La conversión definitiva se produjo viendo jugar al equipo: pura garra y

sentimiento. La identidad stronguista me cautivó: extracto popular, cañada Strongest, resurrección tras Viloco, orgullo, victorias épicas como en la era del “Derribador”, el bicampeonato del 2003... No jugábamos bien casi nunca pero los huevos nunca faltaban, o casi nunca. Me fui dando cuenta que ganábamos pocas veces pero cuando lo hacíamos, festejábamos como “nadies”, como nunca, como siempre. Su lema: “Warikasaya K’alatakaya”, el único en una lengua propia (aymara) de todos los clubes de Bolivia e incluso de toda Sudamérica.

Y su rica historia: nacimos primero, conquistamos el primer título de la Asociación Paceña de Fútbol de 1914, el primer campeonato profesional de 1977... Me costó seis años saborear las mieles de una gran victoria. Era

2003 y dimos la vuelta dos veces, bicampeones, en un año para el recuerdo, para bien y para mal. Ese año, a finales, me hice boliviano (oficialmente me dieron la doble nacionalidad). Fue también el año de Febrero y Octubre Negro, con muchos (demasiados) compatriotas entregando su vida por la patria, otra vez, por todos nosotros. Pero también fue el año del “Negro” Clausen, del gran Lucho Cristaldo, de Sandro Coelho, de Alex da Rosa, del “Chavo” Villalba, de Limberg Méndez, del chango Melgar (¿se acuerdan?), del “Chaqueño” Ronald Gutiérrez bailando en la curva, de Morejón subiendo la banda, del “Cucharón” Olivares, de Rubén Darío Gigena, el poeta del gol, un nueve a la antigua, del arquero, el “Loco” Soria pateando penales decisivos... y de una dirigencia que no hacía huevadas comandada por Sergio Asbún. Y por supuesto del “Chupita” Riveros, convertido, como todos, en el hincha más feliz del mundo.

Fuimos dos veces al Prado e inundamos la fuente de la plaza de la Estudiante de jolgorio aurinegro. Todo el mundo se conocía, todo el mundo cantaba, especialmente esos cánticos legendarios como “Negra, zamba”, cuando todavía no copiábamos tanto a los argentinos. Abrazos y lágrimas entre desconocidos íntimos, como una familia, como lo que somos. Entonces me pasó una de las cosas más lindas: un padre con su hijo se me acercó, ataviados de arriba a abajo de oro y negro y me dijo: “hemos llorado leyendo tu nota en el periódico sobre la conquista del título”. Van a perdonar pero me emocioné tanto que un nudo en la garganta me impedía tragar saliva y dar las gracias. Cuando a veces veo a este hincha en la preferencia me acuerdo que siempre demoramos demasiado en festejar, pero cuando lo hacemos pasan cosas mágicas. Sé que todos los hinchas tienen una de estas historias bellas en su disco duro, la mía es ésta y siempre me pone los pelos de punta, me estremece, me acongoja, me llena de felicidad. Van a perdonar pero el Tigre es así, estúpidamente tierno, cursi, lleno de un amor incomprensible y salvador.



condorcito quisiera ser...

desde el Illimani para
divisar al Strongest
fuerte que sabe ganar.

Condorcito quisiera ser,
desde el Illimani para
divisar al Strongest
fuerte que sabe jugar.

34 DE ABRIL O LA NOCHE DEL SIGLO

(Ternito negro me he de comprar, corbata amarilla...)

Oswaldo Calatayud Criales

A Emilio Calatayud Aguilar, quillacolleño y stronguista.

Ceba es el elemento base con que cargan las armas de bajo calibre; la entraña es el lugar más vulnerable por donde una persona puede fallecer; las camisas de fuerza son sólo de dos medidas y un color; los chalecos antibalas no cubren la yugular ni la tráquea; cañones Schneider de 7,5 cm fueron sustraídos en la Guerra del Chaco; The Strongest es más que el nombre de un club de fútbol.

Agrandados, fatos y difusos, se iban retirando por entre las escamadas vías de la oscura empinada, como escondiendo en sus silencios el ágape y la penumbra de ese vago artilugio. Sin un síntoma de victoria y la inutilidad única de ese cuerpo ensordecido por la noche de miércoles, por la agitada vida de las discos, de los pools y esa música indeleble que imposta el silencio de diez a tres. El cuerpo, aparentemente sin identidad y con una camisa de fuerza que era su propia piel, prorrumpía como una imagen diátona cuyo desvelo era atajado por la figura de tan insondable cadáver, presa de un pelotón de fusilamiento o de una bala perdida, sin asomar más que el desnudo torso veinteañero y el jean oscuro que palidecía más su muerte.

Restaba quizás decir que habíamos perdido los últimos tres partidos y el desasosiego corrompía nuestros ánimos, haciendo de tripas corazón, gritando el gol sin querer gritar y en esa racha negativa que no dejaba de perseguirnos a traición y sin jamás enseñarnos la cara para asestarle el golpe de gracia. Y no por eso íbamos a rajar, pues la derrota era lo de menos al izar la bandera del orgullo o esa rabieta escondida tras el muladar de cánticos de donde se desprendía cosas como el “gualdinegro es una enfermedad..., en la violencia siempre pongo huevos..., te sigo de la cuna hasta el cajón...” y estribillos así que el ventrículo izquierdo solía expulsar por la garganta directo a la cancha, al oído de los jugadores buscando -si acaso había- el imán escondido del pundonor.

Ese miércoles había amanecido sin desliz; las calles agarraban de

nuevo ese ruidito a camorra y los pasos se instalaban otra vez sobre las mismas veredas, acaso extraviados por la hora, distrayendo la vista entre dos o más colores y esperando desde el mediodía el puntapié inicial de esa “serenata” como alguien había calificado el match nocturno, ya sin nada por jugar salvo esa acérrima rivalidad perimetral al gramado verde. El ritual, de todos modos, se mantenía incalculable: cargar los trapos, sonar el bombo y los platillos, corear a nadie y hacer plantón en este inmenso hemisferio ultra sur que retomaba ese aspecto de luto y brío, dejando atrás los pasillos lúgubres sin sentido y ese aire de tensión que a veces acompasa los peldaños más próximos al vendaval verde de pasiones. Había fútbol, sí, pero la barra entonaba su propio duelo y ya nada importaba -ni la alineación, ni el juez-, sino esa arritmia intraducible que apelaba a la envidia rival y a las miles de miradas que asomaban tras el grito de guerra que nos sabía al último suspiro del Número 1, como solían llamarle.

La justa dio inicio a y treinta y cinco, pero la reyerta salvaje de cantatas se oía escribir para este cuento ya años atrás y horas antes del afán futbolero, como no queriendo dejar hablar a otras historias o tener otros narradores más que a los propios gritos emanados de los barras y sus fantasmas, ante el farrago de estornudos de la hinchada rival que -siendo mayor en número- dejaba inhóspita su tribuna y una que otra bandeja sin nombre. Cuarenta y cinco - quince - noventa era la medida breve de la pasión, descontando el agregado que es donde nos hicieron el segundo y definitivo, sin que ello signifique un echarnos atrás y dejar de alentar, ensimismados en la propia música y a expensas del acabose y el pitido final que no fueron titular el día siguiente.

Había llovido minutos después, siendo la noche negra y las gotas ínfimas el escaparate de nuestra esperanza, muy tarde por cierto, con el score encima, el regocijo enemigo y las primeras planas ya estipuladas, sin espacio para el júbilo verdadero y la enlucida cita final: “vamos a ver, vamos a ver, cómo se escapan otra vez...”

No había llegado siquiera al umbral la media noche y ya una muerte se había estampado en el asfalto de la cañada, lejos del archipiélago miraflorentino y sin ningún embate de por medio, salvo la fría enrucijada que la propia calle y sus paralelas habían fabricado para mala suerte de la víctima. Lo último había sido unos amagues en la frontera que dibuja Benett y unas cuantas correteadas sobre Las Velas que precisamente era territorio enemigo: uno que otro revuelo por la Camacho y adyacentes

fruto del arrebato nuestro o del aire agrandado que sólo el exitismo exacerba en aquéllos. Nuestra pasión era un efecto colateral a la derrota, un enclave impostergable que animaba nuestra cepa y encumbraba nuestras garras; violenta o no, esa pasión se aferraba a las calles cuya implosión era ni más ni menos que la curva sur, polo opuesto de la amarga victoria... Muerto al fin, desparramado en medio de los fósiles de la noche y celado por la música tropical de los shows, no se sabía a qué hinchada pertenecía la víctima, pues le habían despojado de toda armadura –quizás por un ritual ausente– y no quedaba más que su perfil de muerto con la boleta de preferencia en el bolsillo, una “t S” tarjada en el cuello, y un derroche de energías último que lo había llevado en fúnebre duelo con su propio cuerpo a tirarse en el cruce Otero de la Vega, sin otro cortejo que el anonimato y el vacío de la serpenteante vía.

El caso no había revestido mayor opinión, salvo en algunos diarios que encuadraban a un costado del certero penal un epígrafe infundado, jugándose todos a la victoria rival sin imponer siquiera un ribete apócrifo que devengue lo sucedido rato después de la justa. El cadáver, que había sido recogido ajeno a cualquier detalle que zanje el thriller hasta aquí compuesto, fue llevado a la morgue y de ahí desapareció sin que los pocos familiares dieran luces sobre su identidad ni sobre la fanaticada que había prescrito su nombre, dicen que por temor a represalias de los barra bravas o al conjuro de la mala fe. Por este motivo la historia dejó de provocar y más de uno ya habrá olvidado los pormenores de esa enercujada y con ella al enigma de tan confabulado hecho que dejó en ciernes cualquier venganza. Podría deducirse, así por así, que no había sido un crimen premeditado, que el cuerpo semidesnudo no era razón suficiente para creer que vestía de camiseta, que el ticket encontrado no aseguraba que quienes lo asesinaron eran hinchas rivales y mucho menos que las disputas se hubiesen iniciado en el Siles, porque da la casualidad que la Cañada Strongest era el punto de la ciudad donde se suscitaban atracos a esas horas de la noche y que tampoco era raro ver cuerpos despertando su muerte temprano en las aceras de la disimulada arteria, sin una pista que melle sus vía crucis.

Como también suele ocurrir, nadie vio nada: tenderas, carceleros y patinadoras apenas habían confiado el cuerpo a la policía y uno que otro transeúnte se había alejado de la escena sin poder distinguir entre las sombras a los sospechosos que se calculaban siete, por lanzar algún

número. Nadie cubrió la noticia pues los reporteros se habían descansado con el dos cero y los forenses apenas citaban en sus informes el pormenor de esas letras calcadas en la piel difunta sin otra anomalía que el cero dos de la vaga alcoholemia. Recién al tercer día el cuerpo resucitó en los diarios, aunque éstos le atribuían una suerte de simulacro a tan fugaz incidente, pues no tenían los datos suficientes para completar sus notas y, lo que es peor, se afanaban sobremanera en insinuar la no identidad de la víctima, exacerbando los ánimos de ases y bandos por saber si uno de los suyos había sido dado de baja.

Los días pasaron lanzando más sombras sobre el asunto y un sinfín de hipótesis que poco a poco iban convirtiendo el hecho en una intriga novelesca cuyos infundados capítulos solían saciar el morbo de algunos lectores ante la decapitada memoria del resto. Lo último que se había dicho –de fuente en parte confiable– era que el susodicho respondía al nombre de Bernardino o Bernardo, eso hasta que días después, en un afán demagógico, ambas instituciones –eternas rivales– habían convocado a una misa de ocho días atribuyéndose el duelo (y en consecuencia incriminando al rival), hecho que no dejó de llamar la atención, siendo que la única forma posible de descubrir el enclave de esa identidad era escribiendo hipótesis pertinentes, conjeturas que –dejando de lado la verdad– estableciesen un contacto mínimo con la realidad que nos aquejaba esa noche de miércoles y las semanas siguientes cuando el club soñaba con un título postrero al treinta y cuatro.

Posiblemente la muerte no representaba nada en nuestra genealogía, y el hecho carecía de fundamentos como para imponernos el luto y empuñar la vendetta a ultranza, salvo que por los escalofríos y el escrúpulo noté, una vez más y por cierta infamia del destino, un concierto de códigos que infundía aquel crimen, ya sin interés en lo forense –tal vez en lo penal–, aunque célebre en el pasionero encanto de la otrora infeliz derrota de miércoles por la noche. La cosa –si merece contarse en breves palabras y como si se tratase de una encomiable alucinación– iba más o menos así:

La noche anterior al clásico había pasado bordeando la empinada calle casi sin saber del doble pronóstico de la derrota y la muerte, pues había extremado recursos en cruzar la peligrosa brecha consumida por la oscuridad y unos extraños chirridos que nacían de los zaguanes, con la música de martes extraviada en una que otra fonda y el pifiado vicio de las mujeres retomando las esquinas en diezmado taconeo, como las

rabonas en Campo Vía y el envés del calor escondido en los agujeros y el bolsillo del pulóver. Algunos rufianes con la mirada de reojo empalmando la media curva eran el único vestigio humano, atroz sin embargo para el considerable retraso que llevaba mi vuelta al Salón Museo de Achumani donde solía laburar de amanecida cuidando la eterna historia como quien cuida los tres palos. El vacío y la oscuridad hacían que el escuálido recorrido de tres a cuatro cuadras se extendiese al infinito sin dejar ver la Plaza de San Pedro más que una encajonada donde finalmente amanecía el boreal empicado de cuerpos muertos y balaceras. Lo más duro fue, quizás, que el espectro –que a esas alturas uno siente ser– había de abrirse paso a machetazos a través de caserones y kilómetros de denso follaje, con las tropas agotadas tras varios días de reyertas, muchas de ellas con los rostros desfigurados por los implacables espinos de la hondonada y la estopa del ejército guaraní.

El contraataque en la rambla norte debía cerrar de una vez el cerco a las tropas enemigas que se retiraban desordenadamente a lo largo de la Cañada, a pesar de las bajas y de la cantidad de hombres que debieron apostar por una victoria pila, truncada –en todo caso– por el espíritu del segundo cuerpo del ejército nacional. El ángulo del sol era apenas un intermedio entre el refugio de la enramada y la humedad funesta de la maraña, con el verde agolpado en los ojos y los gritos a la vanguardia de un tal teniente Bullaín, sí, alguien que se hacía llamar J.B. Bullaín quien, cuando el momento llegó, hizo que resonara en medio del macizo un eterno Warikasaya K'alatakaya para animar a sus tropas. El grito bullanguero, que había llevado a la victoria en tantas batallas deportivas, era ahora un grito de guerra reservado a los oídos valerosos de quienes defendieron el recio territorio, sembrando el pánico en la última línea de defensa de la vital picada y entonando tras la ofensiva un cántico derribador que decía Marcha adelante siempre arrogante, luchador sin par...

La victoria, sin embargo, como toda cruel incursión, debía a sus ofrendas los más altos nombres, entre ellos el propio Bullaín y cuantos murieron bañados en sangre oro y negro sobre la explanada asfáltica de la arteria paceña. Sin otra reacción que empuñar la muerte sobre sí mismo y anudando al caer la tumbada perspectiva de la casona número 1934 que fijaba el lecho final y la orilla de semejante ensueño, según dictaba la reconstrucción de los hechos algunas semanas después.

Finalmente mi veredicto fue tornándose difuso e inverosímil a

consecuencia de los reparos que el juez impelía a mis declaraciones y las realidades que parecían todavía abatir a algunos conocidos de la víctima, quienes no cesaban en decantar los designios este hecho. Escribirlo a medida que se iba escapando de mis manos –y de la de todos–, fue como purgar una espera de meses que se sucederían una y otra vez con sendas derrotas y empates a última hora, además de los hechos en aparente mora que parecían avanzar hacia atrás, como si Viloco y lo del Chaco fuesen eventos todavía por venir, pues al reiniciarse el campeonato –como otrora en el Hipódromo Nacional de la avenida Saavedra– vencimos tres a dos presagiando la irrecusable ficción... pero esa historia es otra y la fundación del club ya se había tornado en un ciclo volcado contra nosotros mismos, los fanáticos y acérrimos hinchas de El Derribador.

EL TIGRE DE ACHUMANI EN EL SUEÑO

Víctor Montoya

En el estadio olímpico Hernando Siles, donde destacan las graderías, las vallas, los arcos y las blancas líneas sobre el césped, asomó por la esquina izquierda la cabeza del tigre de Achumani, como si acechara al equipo rival agazapado en la maleza.

Cuando le clavé la mirada en sus aurinegros ojos, el tigre comenzó a moverse enseñándome los colmillos. Su musculatura vibraba a cada paso y sus rugidos hacían ecos en el aire, mientras las rayas de su pelambre, que parecían serpientes enroscadas en su cuerpo, se imponían en el campo de juego, provocándome una sensación de peligro y de belleza.

Después, gambeteando con agilidad felina, se desplazó sobre sus garras hasta arco rival, donde le madrugó al guardameta antes de disparar un cañonazo contra el espacio abierto entre el poste y el travesaño.

Lo increíble del caso es que, ante mi absorta mirada, el tigre de Achumani se deslizó y desapareció por el mismo espacio por el cual marcó el gol, seguido por los jugadores, el árbitro, los hombres de línea, el entrenador, los espectadores...

Al cabo de un tiempo, del estadio no quedó nada, salvo la poderosa voz de los hinchas: ¡Gooooool...! ¡Gooooool...! ¡Jallalla, The Strongest!



TIGRE 3

EL HINCHA

Javier Badani Ruíz

A Ernesto, un hincha que está en el cielo

Dios se inspiró en un balón de fútbol para moldear el universo. Mirá los planetas, el sol y la luna, redonditos como una Telstar de cuero del año 70. Y, ¿los senos de una mujer?, un par de Super Duplo T de la década del 50; con válvula inflable y todo. Y claro, allí están los huevos de un stronguista; divinas Questras, como las del mundial 94, con espuma blanca de polietileno y gran recuperación energética.

Demetrio “el Tigre” Cayoja habla. Daniel “el Tigre Jr” escucha. Es el rito de iniciación que Demetrio ha venido hilvanando hace cinco años para preparar a su primogénito antes de pisar la tierra santa de un atigrado: la curva Sur del estadio Hernando Siles.

Es domingo, día del clásico. Demetrio y Daniel se asemejan a una bola aurinegra rodando por la avenida Saavedra. Se hace tarde, pero aún hay tiempo para comprar una chalina amarilla con el nombre del equipo. El calor aprieta, pero igual Demetrio envuelve a su hijo como a una momia. Daniel suda e intenta seguir el apresurado paso de su progenitor.

“Diosito es stronguista, sabes Jr. De seguro no te lo enseñan en el kínder, pero yo lo he visto jugando en El Tejar; con kichute de medio uso, medias aurinegras y una casaca atigrada del año 77, la mismita que sudó Bastida. No vas a decir nada a nadie ¿ya?, pero bien faulero había sido nuestro divino creador. A los cholis, ¡zas!, y a morder la tierra nomás”.

En sus bolsillos Demetrio atesora 55 bolivianos: 20 para las entradas sobre la barra de la Ultra Sur, 5 para los artesanales asientos de plastoformo, 7 para los helados de canela, 10 para las patitas de cerdo y 12 para las pilas que darán vida a su radiotransistor Zoni. “¿Y para para el pasaje de vuelta? Ni modo, a patita será”.

Ya ha pasado el primer minuto del juego. Bolívar y The Strongest luchan en el gramado. Demetrio apresura el paso de su hijo por las graderías. De pronto, los ojos de tigre Jr. son invadidos por un océano verde y unos diminutos seres con calzoncillos que allí corretean desaforados detrás del balón que dio origen al mundo. Desde la tribuna,

miles de miradas siguen acompasados el vaivén de la pelota. De izquierda a derecha, de arriba a abajo.

“Es una Penalty con una circunferencia de 70 centímetros y 800 gramos de peso. Lo que hubiera hecho el ‘Tanque’ Díaz con esa pelada entre sus pies”.

Demetrio se acomoda en la gradería y con las nalgas abre espacio entre sus vecinos para su hijo. Luego se une a la masa: grita, aplaude, canta. Ahora se desgañita, insulta, se toma el rostro y se aprieta el pecho. “Estos pata dura, carajo”.

El tiempo se acaba, resta un minuto para el pitido final. Demetrio se come las uñas. Daniel se distrae con las peripecias de un sandwichero que intenta mantener el equilibrio de su bandeja en medio de la multitud.

Un remate atigrado rompe el letargo.

El estadio enmudece.

El balón rebota en las piernas del defensa académico.

La gente se levanta de sus asientos.

El arquero queda descolocado y el esférico...

La curva Sur tiembla. La afición enloquece. Strongest 1 Bolívar 0.

Daniel se asusta, busca a su padre. El niño está en medio de una selva de piernas ajenas y saltarinas que se adueñan de su horizonte.

Los 53 años de Demetrio se lucen unos pasos más allá. Se funden enloquecidos en un abrazo con un desconocido que no sobrepasa los 20.

“¡Gooool!, ¡gooool!; gol, gol, gol”, grita.

De pronto se derrumba. Como un ancla en la mar, su cuerpo es engullido en segundos por un estadio hambriento.

Demetrio ha desaparecido y nadie más que Jr es testigo del extraño fenómeno.

NO HABÍA SIDO CHOLI

Liliana Carrillo V.

La noche que hizo el anuncio oficial había cena en su casa. Su madre torturó todo el día a las dos empleadas de planta e incluso a la hija de una de éstas, que había sido convocada excepcionalmente para moler la llajua y acabó lustrando los pisos.

A las siete comenzó el correteo y la bulla de ollas, aspiradoras y gritos. Imposible dormir hasta las diez, como ella había planeado. Saltó de la cama y se metió a la ducha. Ya vería que haría hasta las once, cuando debía ir a la reunión de la Barra.

- ¿Estás segura? Mira que no le va a gustar a tu familia-, le advirtió preocupado el compañero que un año atrás la había convencido de chacharse a la clase de Psicología social III e ir con él estadio.

Era una noche de invierno con luna gorda y brillante que competía sólo con las luces del Siles. Mimetizada en la curva sur, asustada por los gritos de la Ultra Sur, al principio trató de descifrar qué hacían 22 boludos corriendo tras una pelota; luego se ocupó de ver las piernas de los jugadores y comparar sus dotes. Cuando empezaba a aburrirse, redescubrió el sabor de café de termo con empanadas y luego se entregó seducida ante la grasa adictiva de las patitas y al picante de la ranga que le hacía lagrimear (y eso que ella era la más llajuera de su casa).

Cuando chupaba de sus dedos la última gota de ranguita sintió que el suelo temblaba ante el grito de miles. El Tigre brillaba, los once en la cancha eran maestros y su gol tenía sabor a dulce, a café caliente, a picante y todo junto. La perfección era posible, después de todo. Entonces tomó la decisión, la más importante de su vida.

Llegó a su casa a las ocho y, como era inevitable, la recibieron los regaños de su madre. Que cómo le hacía eso, que la gente ya llegaría y ella vestida como llokalla. Se cambió rápido, polera a amarilla con rayas negras, jean ajustado y botas de altos tacones.

Cuando bajó al comedor, sólo estaban dos tías viejitas.

- ¡Ay esta chica, no hagas renegar a tu papá!-, casi le imploraron las doñas abriendo como platos los ojos, que apenas veían.

- Puta que eres cojuda-, gritó con sorna su hermano, dos años mayor que ella, campeón de bicicros, estudiante de Economía y vicepresidente de la Barra Celeste.

Cuando su madre la vio empezó a llorar: - Todo hubiese esperado de vos, pero nunca que seas traidora.

Fue nada comparado con la mirada furibunda que le echó su padre. En sus años mozos, había jugado en la Segunda del Bolívar hasta que una lesión arruinó su carrera de líbero y lo obligó a convertirse en economista y después en ministro de finanzas. Era diestro con los números pero nunca había dejado la pasión del fútbol y menos su amor celeste; por eso, a sus hijos desde que nacieron los vistió de color cielo y los llenó de uniformes, recuerdos y cuanta baratija encontrara de su equipo. A su primogénito lo convirtió sin problema pero a ella, nunca; cosa que no le importaba demasiado porque, finalmente, “las mujeres están negadas para las cosas de hombres”.

- ¿Cebra?... Estarás loca-, amenazó el padre mientras dejaba caer el cigarrillo que se apagó ante la visión oro y negra.

- Ahí está. Yo no había sido choli-, respondió serena y salió orgullosa, con polera atigrada y corazón de Tigre. Había marcado su primer gol.

LA MARCA DEL CÓNDOR

Pamela Tamayo

*Parajes que engendran quimeras
causas heroicas, vidas consumadas
(Poema a Viloco de Teo)*

Contaba la abuela que la mina abandonada, ésa que ya hasta ha perdido el nombre, estuvo alguna vez habitada por el supay. Él la había secado y mucha gente había sufrido por eso. Contaba también que, según presagiaban las awichas, un día iban a llegar unos hombres, bajando del nevado, con ropas de sol y sombra y con la señal del kuntur iban a derrotar al supay.

Todo eso dibujaba mi mente cuando de chico me dejaban solo con las wawas y debía pasar el rato hasta la hora de entrar a la casa a cumplir los rituales del hambre y del sueño.

Fue así hasta que una tarde -sin esperarlo- una estrella viajera cruzó velozmente el cielo y fue a dar a los confines de Quimsa Cruz. No era extraño ver estrellas vagando por el cielo despejado, pero aquélla -cuan fenómeno que no quisiese pasar desapercibido- dejaba una enorme estela de luz a su paso y una columna de humo se levantaba en el preciso lugar donde moría su huella.

Curiosos más que extrañados, las wawas y yo nos dirigimos hasta el lugar donde ahora nacía la humareda. Corrimos como los guanacos cuando están en tropa, aun así sólo alcanzamos a llegar a La Cancha, que era la inhóspita explanada donde acababan las faldas del nevado. El fuego que causó el humo debió estar en la cumbre del cerro, porque aquella negra columna de vapores se mostraba inabordable. Esperamos entonces que ocurriera algo, quizás un milagro, una quimera que sopesara esa incógnita, pues veíamos atentos y parados en las puntas de nuestros pies la cima del cerro, como si haciendo esa pirueta alcanzásemos a sobrevolar la cumbre, pero nada en verdad ocurría.

No sé cuánto tiempo habremos tardado en advertir la irrealidad de esa visión, pero ya veía cierta parte del pueblo ensombrecida bajo un espectro que se apoyaba en los cerros más altos como queriendo adormilarlos.

Al ver esto ordené al grupo volver a casa, se hacía tarde, pero no nos dejaría La Cancha abandonar su espacio sin advertir cómo sobre uno de esos cerros las enormes sombras se tornaban en figuras que poco a poco iban cobrando el tamaño y la forma de un mortal, con ropas de colores parecidos al oro y al negro de interior mina. Era imposible no notarlo, pues sus siluetas dibujaban una textura que los mostraba inconmensurables, además de fuertes por la estoica postura de sus brazos, “más fuertes incluso que entre todos los hombres y hasta por sobre los animales”, pensé en silencio.

Recordé a su vez las palabras de la abuela, esta vez en voz alta: “bajando del nevado, con ropas de sol y sombra”. Entonces pregunté al grupo sin apenas dirigirles la mirada:

- ¿Serán estos los hombres?, ¿Serán los gigantes que podrán derrotar al supay?

Temimos por un momento de la noche, pues sabíamos que apenas caía su largo velo, entonces el diablo se agitaba entre el oscuro paisaje. Sus miradas de pronto se concentraron en mí, el mayor del grupo, y todas me insinuaban interceder entre él y los hombres fuertes.

Con cierto miedo que descaba esconder y sólo disimulaba vagamente tras mi orgullo, di encuentro a esos gigantes para hablarles sin saber qué:

- ...

- Tú niño, dinos ¿dónde estamos? –se adelantó uno, con voz parca.
-Viloco -dije entre dientes.

- ¿Qué? No te escucho...

- ...Viloco –grité, después de una extraña duda.

- ¿Cómo llegamos a la ciudad que está a las faldas del nevado más alto
-preguntó otro.

A punto de responder, mantuve el silencio, pues razoné que si ellos eran los que la abuela de la abuela decía que eran a lo mejor podrían realizar la hazaña que contaba la historia...

- Yo no sé señor -dije esquivándole los ojos-. Nunca he ido a la ciudad, mi papá sabe, siempre viaja, pero ahurita está en la mina y no se sabe cuándo va a llegar.

Observó al resto, sin encontrar respuesta. Volvió a los suyos y comenzaron a hablar con voces de trueno, discutiendo al parecer sobre qué harían ahora que no tenían rumbo. Me llené nuevamente valor y favorecido por un viento que se arrimaba, asumí con voz gruesa:

- Pero sé de alguien que los puede ayudar.

Todos callaron, el viento sopló frío, el sol se congeló en el cielo, nada parecía avanzar. El trueno de una voz rompió el silencio.

- Entonces enseñanos a ese que nos puede ayudar –dijo uno de ellos.

Con las wawas de cortejo, ya sin dudas ni miedo, caminamos apresurados hasta la mina del supay.

- Aquí es -les dije-. Aquí está el que puede ayudarles.

No era más que una bocamina hasta que se asomó un viejo encorvado, con las manos arrugadas como chuño y la cara colorada. Saludó a los gigantes y les preguntó la razón de su insospechado arribo.

- Dicen que usted conoce el camino que va a la ciudad de La Paz –dijo uno.

- Conozco muchos caminos y sus tajos. No hay rumbo que desconozca ni por mar ni por tierra ni por aire- replicó con voz oscura.

- Queremos retomar rumbo- dijo el que parecía comandar aquella escuadra.

- Si en verdad anhelan tanto su regreso deberán realizar un prodigio para mí. Díganme, de entre las cosas que los hombres saben hacer sobre la tierra ¿cuál es la que ustedes saben hacer mejor?

- Sabemos jugar al gol- dijo un tercero animoso, sin ahondar en detalles.

- Muy bien -contestó el supay- entonces juguemos. Si ustedes me derrotan les enseñaré el camino que lleva a su ciudad; no obstante, si pierden se quedarán en estas montañas eternamente y nadie los recordará -sentenció.

No hizo falta aceptar, y ya los once que estaban al frente se pusieron en guardia esperando a sus contrincantes. Tras una cortina de humo el supay también dispuso a once hombres, tan o más grandes que los de las montañas, aunque se mostraban más ágiles que fuertes.

La luz que proyectaba el supay condujo a ambos bandos al claroscuro de La Cancha donde por primera vez habíamos visto a los gigantes que llevaban ropas de sol y sombra. Un haz de luna dio la señal y comenzó el duelo.

Los supay, avivados por su agilidad, pateaban el balón con gran maestría y desde un principio parecían estar más cerca que los más fuertes de anotar el primer punto que nalmente llegó. Los más fuertes no bajaron la cabeza y seguros de hacer un punto a su favor siguieron jugando, pero entonces vino el segundo gol de los diablos.

Cada que los jugadores de la montaña corrían un fuerte ventarrón sacudía la poca vegetación que allí se levantaba. Sus pisadas hacían al suelo temblar, las piedras se reventaban bajo sus pies y hasta las vicuñas que pastaban por allí gritaban por el alboroto del partido. Era como si la noche cobrara vida y se agitara en sus costados.

Como el supay se dio cuenta de la fuerza y coraje de estos jugadores dio orden a los diablos de no tener compasión y concibió por sus medios jugadas violentas y tramposas, dejando a sus contrincantes heridos y maltrechos.

Los jugadores más fuertes reclamaron al Supay, pero este se mostró inalterable en sus intenciones:

- Si quieren volver a dnde pertenecen deben jugar con mis reglas o permanecerán aquí por siempre –dijo a través de una sonrisa malévola.

Ante tal amenaza y viendo que no tenían más opción los más fuertes siguieron jugando. Por un momento la desesperanza hizo presa de ellos y de nosotros mismos que contemplábamos la titánica escena, salvo uno de los jugadores que intrépido entre las demás sombras logró encajar la pelota en el arco improvisado con promontorios de piedras. Así el primer embate de 45 terminó, siendo la medialuna el relojero en aquella oscura noche. Empero, como el diablo sabía más por viejo que por diablo, decidió no dejar que los jugadores descansaran, así que con el chasquido de sus huesudos dedos hizo girar el suelo de modo que los del oeste fueron este y viceversa y pactó el inicio del segundo embate.

Los más fuertes se miraron entre sí y sin siquiera poder dar un respiro tuvieron que continuar jugando para evitar que los supay anotasen, pero fue inútil y una vez encajaron un gol. El tres a uno parecía lapidario,

considerando cuánto les había costado anotar su única diana. Sólo un portento podría acontecer y aconteció: La sombra de un cóndor cruzó La Cancha como un rayo y, confundido con las sombras de los gigantes, los convirtió en unos animales que nunca habíamos visto por aquí, cobrando nuevas fuerzas. Quise ver al magnífico señor de las aves, pero al alzar la mirada un haz del sol cegó mis ojos. Vi entonces que los grandes hombres parecían dar zarpazos más que patadas a la pelota y sus gritos eran como un rugido del viento en agosto, que es cuando más fuerte sopla, levantando chispas de fuego que alimentan los enormes incendios en los pastos secos.

Así llegó el segundo gol.

El tercero vino también, rompiendo el aire casi desde la mitad de la cancha, haciendo silbar el viento, como queriendo partir el mundo en dos.

El cuarto parecía estar cantado desde antes, pues los ágiles contrincantes se quedaron estupefactos por la fuerza de los gigantes que ni siquiera no le dio oportunidad al supay de obrar algún artilugio.

Y el quinto coronó el partido ya con la luna encima.

Tembló la tierra y el cielo se encendió en llamas. El Supay estaba furioso por la derrota y una densa columna de humo se abalanzó sobre su gura, escuchándose apenas su oxidada voz:

- Desde la cumbre han de lanzarse al vacío en picada y cuando sus brazos se llenen de plumas alzarán vuelo en dirección al Illimani, cruzando encontrarán su destino.

Un enorme hueco como un cráter se abrió en la tierra, a los pies de la columna de humo y desapareció.

No hacía falta celebrarlo: Tal cual les indicó el supay, los más fuertes dejaron precipitar sus gigantes sombras en picada desde el cerro, pero nunca sus cuerpos tocaron fondo, pues en el lugar donde se supone debían desplomarse por el impacto contra las rocas, vieron levantarse en vuelo las sombras de una nube de cóndores color ceniza rumbo al horizonte cautivo del Illimani.

La señal del kuntur se vio así re ejada en las montañas sobre las que proyectaban sus marcas de sol y de sombra.

* Cuento para niñas, niños y amantes stronguistas.

EL OTRO TIGRE

Dora Cajías

“...decir tigre es decir los tigres que lo engrandaron”

Jorge Luis Borges

(La escritura del dios)

Jorge Luis Borges confesó, a lo largo de su vida y de su obra, un indescriptible fervor y una misteriosa fascinación por los tigres; no por cualquiera sino por esos tigres feroces que enfrentan a los hombres de guerra y de coraje.

Los buscó en los zoológicos, las enciclopedias y los libros de historia natural, los soñó en las márgenes del Ganges, en Sumatra o Bengala y los imaginó en tonalidades azules o como dioses de indescifrables rayas y símbolos en su cuerpo.

Pero Borges que tantos tigres conoció, nada supo de otro tigre. Uno que es, como él lo fue, antiacadémico y admirador del coraje y del honor, que tiene rostro criollo y nombre anglosajón, que es real y onírico, que es uno y todos, que se parece al tigre de fuego de Blake y a su propio dreamtiger.

Es el otro tigre, “el que no está en el verso”, el poderoso tigre de Achumani, tigre de altura, tigre centenario, fiera-hombre que con rugidos y zarpazos doblega al rival, al otro.

LOS TIGRES

Marcelo Villena Alvarado

Hay goles en la vida, anulados... Yo no sé!

(Samuel Orellana)

Por luminoso toque estremecido,
Rugiendo de mil goles la avalancha,
avanza el Tigre en medio de la cancha
del Tano al noryungueño empedernido.

Cerebral, gualdinegro, enfebrecido,
Con fino chanfle el marcador ensancha,
y al Bolívar también en la revancha,
le da con garra y marcador henchido.

Corre no obstante una gambeta extraña
que sobre el césped bullicioso amaña
un par de piojos lejos de la barra;

y allí se alzan, sobre los Rimbas cojos,
las alas, las antenas, los anteojos,
de un stronguista viendo una cigarra.

Nota del editor. De clara estirpe modernista por el ritmo y la temática, tan petrarquistas como curva sur y bullangueros, este soneto podría muy bien atribuirse a Ricardo Jaimes Freyre (1868-1939). Obnubilada por el nórdico paisaje de “Castalia Bárbara” (1899), la crítica ni siquiera ha considerado los rastros con los que estos versos iluminan la obra del poeta boliviano consagrado, al decir de Carlos Medinaceli, en la trilogía evangélica del modernismo novomundano. Para apreciarlos, convendrá saber no sólo que una copia mecanografiada se halló entre los archivos del club deportivo The Strongest catalogados poco después del centenario de su creación (1908); sino también, y sobre todo, que dicho equipo, “decano del fútbol boliviano”,

es más popularmente conocido como “El Tigre”. Por su casaca o cial que alterna franjas verticales al modo de la Juve turinesa, por supuesto, la de Gramsci, la de Togliatti –pero no negras y blancas sino negras y amarillas: como un innecesario regalo de sol donde también se vislumbra porte xeneize que hermana al Tigre y al Club Atlético Boca Juniors. De ahí que, en proximidades del estadio olímpico de La Paz, “stronguista” sea también el nombre de la mariquita que sobre fondo amarillo lleva tres puntos negros en cada élitro y uno en medio del coselete.

Que la inminencia de otro centenario (el de la publicación de Leyes de la versión castellana, 1912) sea entonces la ocasión para recordar que Jaimes Freyre, además de aficionado a las kenningar, fue también helenista y apasionado hincha atigrado. No otra la verdad que revelan esos sus otros versos dedicados a la “Venus errante”; Venus Urania y Venus Pandemos, mediterránea y de aurora boreal; gualdinegra, en suma, negra y güera, negra y tunante, como lo habrá leído el buen entendedor:

...

Tocó su nave en las riberas de nieve y bruma;
sintió su beso entre los labios la Venus blonda,
y contemplaron la bronceada faz del marino,
garzas pupilas soñadoras

Tocó su nave en las riberas que el sol abrasa,
la Venus negra fugaz beso dejó en su boca,
y se enlazaron a su cuello
brazos de ébano y de sombra.

Venus errante, tú le esperas sobre la playa.
¿Eres la ardiente bayadera voluptuosa?
¿Sabes de amores?
No vio tu rostro el marinero pero te adora.

(R. Jaimes Freyre, “Venus Errante”, en País de sueño).

No he verificado el hecho, pero se dice que “Canada Strongest” debe su nombre a los jugadores aurinegros que ahí combatieron. Obviamente, real o míticamente, la tradicional “garra del Tigre” estaría ahí no solamente simbolizada sino, sobre todo, integrada en la memoria colectiva de todos aquellos que viven por acá y que, claro, no olvidan al fútbol como parte de su manera de entender el mundo —imagino que, no muy lejos de la batalla, una banda militar, dirigida por Adrián Patiño, estaría tocando Chayñita (1930), el himno que precisamente Patiño compuso para su equipo y que seguro no dejó de interpretar mientras servía en el Chaco. Durante sus cien años, The Strongest ha escrito muchas páginas como éstas, parte, reitero, de las realidades y ficciones con las que se construye eso que llamamos cultura o sociedad. No es arbitrario que, en su Centenario y por medio de esta compilación de cuentos y relatos, otras páginas —ésas que escribe la literatura— acompañen a las otras que el club ha escrito a lo largo de su historia.

Un escritor, totalmente ajeno al fútbol, no sabía que, pese a sus distancias, escribía para The Strongest. (Es que, desde niño, este escritor ya adoraba los tigres). Cuando quiso imaginar cómo Dios había escrito su nombre en la naturaleza, sólo pudo pensar que éste se encontraba —cifrado, escondido— en la piel de los tigres. La naturaleza invencible de ese ser le garantizaba que su verdadero nombre, gracias a este tejido de trazos negros sobre un horizonte amarillo, no se perdería nunca; sabía, obviamente, que “el más fuerte” no sería jamás vencido. Lo que el escritor no sabía es que ese mensaje también podría desplazarse hacia una cancha de fútbol —sobre todo, cuando ésta se encuentra muy cerca del cielo—. (¿Será por eso, dicho sea de paso, que el rival más tenaz del Tigre es Bolívar?). Quizá. En todo caso, ya van otros cien años y, con distintos tigres, de selva o de montaña de historia, fútbol o literatura, el mensaje sigue y perdura.

Luis H. Antezana J.

